ANA ÁLVAREZ

Un refugio en Brighton



Selecta

Un refugio en Brighton

Ana Álvarez

Selecta

Para Gaby
Porque para ella sus perros son su familia

Capítulo 1

Freya dio una vuelta a la manzana buscando estacionamiento para su coche. Ya desde lejos descubrió a Robert apostado frente a su casa. De nuevo volvía a las andadas, tras un par de meses de relativa tranquilidad.

Habían sido pareja durante algo más de un año, tiempo en el que pudo apreciar su carácter controlador y celoso. Tenía celos de todo y de todos, incluidos su amigo Jock y el hijo de este, recién nacido. Cuando la relación se volvió insostenible, había roto con él, algo que le costó asimilar. No comprendía ni aceptaba la ruptura, se presentaba en su casa a menudo, la buscaba en los lugares de ocio que solía frecuentar e incluso al trabajo había acudido en alguna ocasión. Estaba sufriendo un verdadero acoso y empezaba a estar muy harta.

Había tenido un día duro, se había malogrado una venta que creía segura y que le permitiría darse unas buenas vacaciones aquel verano y eso la tenía bastante contrariada.

Trabajaba en una empresa de venta de autocaravanas y furgonetas camperizadas, nuevas y de segunda mano, en la que desempeñaba tanto funciones de atención al cliente como administrativas. Incluso realizaba algún diseño para adaptar el vehículo a las necesidades y deseos del cliente. Aparte de su sueldo percibía comisiones de las ventas y de las modificaciones. Así era como había conocido a Jock, le había vendido y adaptado una autocaravana en la que él residió durante un tiempo, comenzando una amistad que ya duraba años.

Cuando logró estacionar el coche, se dirigió a su casa, preparándose para un nuevo enfrentamiento con Robert. Ojalá solo se mostrara suplicante esta vez y no se alterara por su negativa a volver con él; porque eso era algo que no pensaba hacer, ni bajo halagos ni bajo amenazas. Se terminaron las discusiones, los interrogatorios y las prohibiciones. Se acabó la relación y no estaba dispuesta a retomarla.

Él la vio en cuanto volvió la esquina y se acercó con una sonrisa tierna y seductora. Una sonrisa que conocía bien, pero que ya no la engañaba. Sabía que podía tornarse en una mueca airada en cuestión de minutos, si no conseguía sus propósitos.

—Hola, Freya, cariño —musitó alargándole una pequeña maceta. Sabía cuánto le gustaban las plantas—. Esto es para ti. La vi en un vivero y pensé que te encantaría y en lo bien que quedaría

en tu terraza.

—¿Qué haces aquí, Robert? —preguntó adusta, e ignorando el presente.

—Creo que es evidente, ¿no? He venido a regalarte una planta.

—No quiero nada. Lo nuestro terminó, y aunque me regales el jardín botánico entero, no vamos a volver.

—No entiendo por qué. Éramos muy felices juntos.

—No es cierto, había más malos momentos que buenos. Por eso puse fin a nuestra relación.

—Estás ofuscada, claro que lo éramos. Pero si hice algo que te haya enfadado, dímelo. Estoy dispuesto a lo que sea para recuperarte.

—Ya he escuchado eso muchas veces. Y no has hecho «algo» que me haya enfadado; estábamos siempre discutiendo, me asfixiabas con tus celos, con tus imposiciones. No vamos a volver a estar juntos, hazte a la idea y deja de intentarlo.

—Hablemos…, seguro que todavía sientes algo por mí.

—Lo que sentía por ti ya no existe, mételo en tu tozuda cabeza de una vez. Fuiste tú quien lo destruyó. Lo siento, pero es la verdad. Ahora márchate y no vuelvas a molestarme, no vas a conseguir nada.

La agarró con firmeza por el brazo. Con demasiada firmeza.

—Vamos a hablar, no puedes negarme una segunda oportunidad.

—Te he dado ya muchas. Suéltame y vete, o me veré obligada a pedir una orden de alejamiento.

—¡Maldita sea! No puedes dejarme así; yo te quiero y sé que tú también.

—Adiós, Robert.

—Todo esto es culpa de tu amiguito Jock. Nunca le he gustado y no ha dejado de meterte ideas raras en la cabeza hasta que ha conseguido separarnos. Digas lo que digas, está enamorado de ti, por muy casado que esté con esa española.

La voz de Robert se alzaba por momentos, llamando la atención de los transeúntes. De un fuerte tirón se desprendió de la mano que la aferraba, abrió el portal y entró en él, dejándolo fuera. Respiró hondo al sentirse a salvo tras la puerta, porque cada vez se sentía más amenazada cuando aparecía.

—¡Freya! —exclamó a sus espaldas.

Lo ignoró, pero al llegar a su apartamento el timbre sonaba con insistencia.

Se dejó caer en el sofá, con la esperanza de que se cansara pronto y se marchara.

El móvil vibró con la llegada de un mensaje:

«No me moveré de aquí hasta que hablemos largo y tendido y me des la oportunidad que merezco».

—¡Vete al diablo! —masculló—. Ya te he dado más oportunidades de las que mereces. No quisiera tener que hacerlo, pero recurriré a la policía si sigues insistiendo en buscarme.

Se contempló el brazo, donde habían quedado marcados los dedos de Robert, y se puso un

poco de hielo. Necesitaba ponerle fin a aquel acoso, que le estaba destrozando los nervios, porque nunca sabía dónde podía encontrárselo. Conocía bien sus costumbres y se presentaba de improviso en cualquier parte para amargarle la salida o lo que estuviera haciendo.

Había dejado de frecuentar los lugares que le gustaban con la esperanza de que se cansara de insistir, pero, a medida que pasaba el tiempo, se volvía más obsesivo. Nunca le había hecho daño físico, hasta aquella tarde, su maltrato había sido psicológico: control, celos, discusiones e insistencia en que dejara de ver a Jock y a su familia, algo que no pensaba hacer. No volvería con él jamás.

Era cierto que su amigo le había aconsejado que pusiera fin a la relación, pero no había influido en una decisión que ya estaba tomada. Era ella la que no estaba dispuesta a continuarla. Al principio las desavenencias habían sido leves, pero se habían agravado a medida que transcurría el tiempo y las últimas discusiones habían sido bastante alteradas.

Se asomó a la ventana y vio a su acosador sentado en el bordillo, con la maceta a su lado, mirando con fijeza hacia su casa. Con una fijeza que daba miedo.

Llena de inquietud cerró la cortina, se dirigió a la puerta y la cerró con todas las vueltas de llave de que disponía. Debía hacer algo con Robert o acabaría con su cordura y su paz mental.

***

Freya se encontraba en el trabajo cuando le vibró el teléfono con una llamada entrante. Vio un número desconocido y desconfió, pues no era la primea vez que Robert, al que había bloqueado en todas partes, utilizaba el teléfono de algún conocido para hablar con ella. Lo ignoró.

Pero poco después el mismo número volvió a insistir, una y otra vez hasta que, exasperada, decidió responder y hacerle sentir su enfado. Estaba decidida, pondría la denuncia correspondiente, y confiaba en que su ex respetase el alejamiento impuesto por la ley. Cada vez era menos educado y comedido en sus exigencias y empezaba a estar preocupada.

—¡Qué demonios quieres? ¡Déjame en paz de una vez! —exclamó irritada.

—¿La señorita Freya Donald? —preguntó una voz desconocida, educada y en un inglés menos cerrado que el escocés.

—Sí, soy yo. Disculpe el exabrupto, estoy recibiendo llamadas molestas y he pensado que podría ser una de ellas.

—Soy abogado, y represento al difunto Charles Cooper.

Freya se sorprendió. No conocía a nadie con ese nombre.

—No sé quién es ese señor.

—Pues él debería conocerla a usted, pues la ha mencionado en su testamento.

—¿En su testamento? No lo comprendo. ¿Me ha dejado deudas? Porque, si no, no lo entiendo ¿Puedo renunciar al legado?

—Antes de hacerlo debería saber qué ha recibido en herencia. No son deudas, pero puede

renunciar igualmente, por supuesto.

—¿Qué he heredado? —preguntó llena de curiosidad—. No conozco a ese señor de nada, no comprendo que me haya incluido en sus últimas voluntades.

—La lectura se llevará a cabo pasado mañana en Brighton. Tengo entendido que usted vive en Escocia. ¿Podría personarse en nuestro bufete para asistir? Si no le es posible se le comunicará el resultado por escrito, pero sería muy aconsejable su presencia. Incluye una carta que supongo le aclarará sus dudas y debo entregarle en mano, a ser posible.

—¿Tiene esto algo que ver con Robert Trent? —inquirió suspicaz. Su ex era capaz de cualquier treta.

—Ya le he dicho que mi cliente es Charles Cooper. No conozco al señor Trent ni tiene ninguna relación con el testamento.

—Bien, acudiré a la lectura —afirmó.

Estaba llena de curiosidad y no le vendría mal hacer un viajecito y desconectar del estrés que le ocasionaba el acoso de Robert. Aún le quedaban días de vacaciones y los aprovecharía para enterarse de qué iba aquel asunto del testamento.

—Perfecto; la esperamos. Si me facilita un correo electrónico le enviaré nuestra dirección y los datos pertinentes que debe tener en cuenta.

Cortó la llamada incrédula. ¿Una herencia de un señor desconocido? Eso solo pasaba en las películas. Tendría que comentárselo a Jock; él, con su mente reflexiva y metódica, la ayudaría a asimilar la noticia y le aconsejaría qué hacer al respecto, porque no terminaba de creérselo. Aunque no le vendrían mal unos miles de libras, se mostraba suspicaz. Ningún filántropo —o chiflado— le dejaba una herencia a alguien desconocido, y ella tenía muy buena memoria y estaba segurísima de que no conocía a ningún Charles Cooper.

Al momento recibió el anunciado correo electrónico con el nombre y dirección de la firma de abogados, y lo primero que hizo fue buscarlo en las redes.

Se tranquilizó al descubrir que se trataba de un bufete serio y consolidado, que llevaba mucho tiempo ejerciendo la profesión.

Le envió un mensaje a Jock para autoinvitarse a cenar y contarle la noticia. Seguían reuniéndose los viernes por la noche, ahora siempre en casa del profesor, porque este tenía un hijo pequeño que debía acostarse temprano.

El viernes no estaría en Edimburgo, sino en Brighton, porque prolongaría su estancia unos días en la ciudad costera.

***

Aún era temprano cuando llegó a casa de sus amigos. Eva, la mujer de Jock, la recibió con el mismo cariño de siempre, llevando en brazos al pequeño Ian, de ocho meses. Le habían puesto al niño el nombre de un antepasado de su padre, que, según la pareja, había contribuido a que se

enamorasen.

En la familia de Jock circulaba la leyenda de que una casa en Inverness poseía la presencia de un fantasma benévolo, que hacía que quienes la visitaban cayeran rendidos de amor.

Freya no creía en fantasmas ni leyendas, estaba segura de que sus amigos estaban ya locos uno por el otro antes de que se acercaran a la casa, bastante alejada y deshabitada en la actualidad. Pero el pequeño era encantador, nada parecido a antepasados siniestros, y acudió temprano para verlo un rato antes de que lo acostaran.

—¿Como está el heredero? —preguntó bromeando sobre el título de conde de Lennox que ostentaba su amigo, y al que no hacía el menor caso. Pero lo deseara o no, Ian lo heredaría en el futuro—. ¡Ven con la tía Freya! Que te voy a comer a besos…

Cogió al bebé y lo acunó. Después besó sus amigos.

—¿Qué sucede para que hayas cambiado el día de la cena? —le preguntó Eva—. Mañana madrugamos todos, incluida tú, y deberemos acostarnos temprano.

Era bastante habitual que, tras la comida, se quedaran hasta tarde charlando o viendo películas, e incluso que Freya se quedase a pasar la noche y echar una mano a los agotados padres de aquel niño tan inquieto y poco dormilón.

—Espero que no tenga que ver con el malnacido de Robert. ¿Ha vuelto a molestarte? —preguntó Jock ceñudo.

—No deja de hacerlo, no pasan muchos días sin que aparezca intentando que volvamos. Pero no tiene nada que ver con él, al menos eso me han asegurado. Me voy a Brighton mañana y estaré allí unos días.

—¿Y eso?

—Porque, ¡no os lo vais a creer!, me ha llamado un abogado afirmando que he recibido una herencia de un señor desconocido. El testamento se lee en un par de días y requieren mi presencia.

—¿Una herencia?

—Sí, de un tal Charles Cooper al que no tengo el gusto de conocer. Porque tú nunca me has oído mencionarlo, ¿verdad, Jock?

—No que yo recuerde.

—¿Qué has heredado? —quiso saber Eva.

—No lo sé. El abogado me ha asegurado que no son deudas, pero no ha aclarado nada más. Al parecer, hay una carta explicativa.

—¿No será una broma?

—He buscado información sobre el bufete y parece serio. El número de teléfono que aparece en internet es el mismo desde el que recibí la llamada, y tiene una larga trayectoria. Y si se trata de una broma, al menos me permitirá salir de Edimburgo unos días y relajarme, porque Robert me tiene bastante tensa.

—Debes denunciarle, Freya.

—Lo haré si continúa con su insistencia y su acoso, pero dudo mucho que respete la orden de alejamiento. No hay forma de hacerle comprender que no éramos felices y comíamos perdices. Pero, ahora, olvidemos a ese indeseable y déjame disfrutar de este pequeñajo, que es el hombre de mi vida. ¿Verdad que sí? —preguntó haciendo una carantoña al niño, que le dedicó una luminosa sonrisa.

—De todas formas, ten cuidado con eso de la herencia —le aconsejó Eva—. Es, como mínimo, muy raro.

—No te preocupes, no soy ninguna ingenua. Y tampoco espero nada del otro mundo. Se tratará de una confusión, o en su defecto, de algún objeto que alguien, a quien haya vendido una autocaravana maravillosa, me quiera legar como agradecimiento.

—Es posible.

—Ahora, mientras papá y mamá preparan la cena, nosotros vamos a jugar un poquito —dijo tendiéndose en la gruesa alfombra con el niño, dispuesta a hacerle reír y a olvidar sus preocupaciones durante un rato.

Jock y Eva les dejaron solos y se dirigieron a la cocina.

Capítulo 2

Freya llegó a Brighton al atardecer. Se alojó en el Atlantic Seafront, un hotel situado frente a la playa, a poca distancia del centro de la ciudad y del bufete de abogados donde al día siguiente saldría de dudas respecto a la herencia que recibiría.

Se sentía liberada, lejos de Robert y de su acoso. Dio un paseo por la playa y después se sentó a cenar en un restaurante cercano al hotel. Trató de no pensar demasiado en las diferentes posibilidades del legado. Dinero le vendría muy bien, fuera cual fuera la cantidad, pues, aunque ganaba un sueldo decente, el alquiler se llevaba una buena parte del mismo. Y los viajes, otra. Pero lo más probable era que recibiese algún objeto absurdo porque era impensable que alguien, que probablemente había formado parte de su vida en algún momento, pero de forma tan superficial que no lo recordaba, le legase algo importante o de valor. Más bien se decantaba por algo sentimental.

Se durmió con esos pensamientos y la curiosidad instalada en su subconsciente. Soñó que recibía objetos extraños: máscaras africanas, mascotas exóticas o muebles horribles que debería llevarse a casa, si los aceptaba.

Acudió puntual al despacho del abogado, ataviada con la sobriedad que acostumbraba para atender a potenciales clientes. Había obviado su habitual forma desenfadada de vestir por deferencia a la seriedad de la situación.

Una recepcionista le abrió la puerta y, tras identificarse, la acompañó hasta una sala de espera en la que también aguardaba un hombre joven y atractivo, que la observó con curiosidad. Los ojos verdes le lanzaron la mirada admirativa que solían dedicarle los miembros del sexo masculino al conocerla. Era una mujer alta y delgada —demasiado delgada según su madre— con una espectacular melena roja y unos enormes ojos verdes que solían tornarse azules cuando se enfadaba.

—Buenos días —saludó, ignorando la evaluación a que era sometida.

—Buenos días —respondió él, sin presentar ningún síntoma de azoramiento por su atrevida mirada.

—¿Está aquí también por la lectura del testamento de Charles Cooper?

—Sí. Soy Dylan Cooper. ¿Conocía a mi tío abuelo?

—No tengo el gusto; al menos no lo recuerdo. Y no entiendo qué pinto aquí ni qué ha podido dejarme.

—Pronto nos enteraremos.

—¿Era un excéntrico?

—¡No! Era un hombre muy agradable y cariñoso.

—¿No coleccionaba máscaras africanas?

—No, que yo sepa.

La mujer que le había franqueado la entrada apareció en la puerta y los acompañó al despacho, donde debería llevarse a cabo la lectura del testamento. Un hombre entrado en la cincuentena los saludó con formalidad, estrechándoles las manos, y se presentó:

—Me llamo Jeffrey Manson y soy depositario del testamento del señor Charles Cooper, fallecido recientemente. Supongo que ustedes son el señor Dylan Cooper, y la señorita, Freya Donald.

Ambos asintieron.

—También se requiere la presencia del señor Jonathan Cooper.

—Es mi abuelo. Se encuentra recluido en un centro para mayores, debido a su precaria salud y sus muchos años. Yo lo represento.

—Procedo a informarles, entonces.

El corazón de Freya se saltó un latido, y aguardó expectante. Dylan estaba relajado, muy seguro de lo que iba a escuchar, pero ella era un manojo de nervios. Apretó las manos con nerviosismo una contra otra.

El hombre carraspeó y, tras mirarlos a ambos, explicó:

—Charles era viudo y sin hijos. Tampoco tenía más bienes que unas pocas miles de libras en el banco y una casa en Brighton. Lega el dinero a su hermano, Jonathan, y la casa a ustedes dos, al cincuenta por ciento.

—¿Cómo que la casa a nosotros dos? Yo vivo en ella —protestó Dylan, disgustado.

—En la planta de arriba, según tengo entendido. Su tío habitaba la de abajo. Esa es la que hereda la señorita Donald y usted conserva su vivienda, que lleva ocupando unos años.

La respiración del hombre se hizo ruidosa.

—¿Media casa? ¿Me deja en herencia media casa? —preguntó Freya atónita—. ¿Por qué, si no lo conocía?

—No es exactamente media casa, la finca está dividida en dos apartamentos, con entradas independientes. Y la explicación la encontrará en una carta que debo entregarle a continuación.

—Mi tío debía estar senil. ¡Si dice que no lo conocía!

—El señor Cooper estaba en plenas facultades mentales. En previsión de esta reacción por su parte se sometió a una evaluación psicológica antes de firmarlo. Aquí tiene el informe, si desea consultarlo. —Mostró una carpeta que alargó hacia Dylan a través de la mesa.

—Claro que deseo consultarlo —respondió cogiéndola y leyendo con detenimiento. Después volvió su mirada hace Freya—: Y usted no aceptará la herencia, ¿verdad?

Esta estaba tan asombrada que fue incapaz de responder.

—Señorita Donald —intervino el abogado—, le aconsejo que no tome ninguna decisión ahora. Tómese su tiempo, lea la carta, y después decida. La herencia no tiene ninguna carga ni deuda pendiente, todos los pagos están al día.

—Claro, claro… Así lo haré. —Ignoró la mirada adusta del hombre que poco antes la había contemplado con admiración masculina—. Permaneceré en Brighton unos días antes de regresar a Edimburgo. Meditaré con calma sobre esto y le comunicaré mi decisión antes de marcharme.

—¡Escocesa! —masculló Dylan entre dientes—. Liante y marrullera como todos ellos. Dice no conocerlo, pero a saber qué le ha hecho a un pobre anciano para que le ceda su patrimonio, en detrimento de su familia.

—Le aseguro que no lo conozco y no he hecho nada para obtener esto. Estoy tan sorprendida como usted.

—¡No me lo creo! No se saldrá con la suya, impugnaré el testamento.

—Está en su derecho —admitió el abogado—. Pero, aunque lo haga, si la señorita acepta la herencia, podrá disponer de la vivienda hasta que se resuelva el contencioso.

—¡Maldita arpía! ¡No se hará con la casa de mi tío, ya me ocuparé yo de impedirlo!

Salió del despacho furioso, dejando a Freya en un estado de confusión y desolación a la vez.

—No se lo tenga en cuenta, los Cooper son muy impulsivos y pasionales. El finado también lo era. Ha sido una sorpresa para él, pero entrará en razón. Le aseguro que Charles tenía mucho interés en que la planta baja de la casa fuera para usted, y así me lo hizo constar.

—¿Por qué?

Le tendió un sobre blanco, bastante abultado.

—Aquí encontrará la respuesta a su pregunta.

—Gracias. Le comunicaré mi decisión en unos días.

—Espero que esa decisión sea la correcta. No se deje influir por ese joven. Está ofuscado, y es normal, pero entrará en razón. Aunque impugne el testamento, no podrá hacer nada para invalidarlo, Charles lo dejó todo bien atado.

—No lo haré.

Salió del despacho temiendo encontrarse con el encolerizado Dylan Cooper, pero él había desaparecido. Respiró aliviada.

Aturdida por la noticia, dirigió sus pasos hacia la playa y se sentó en uno de los bancos del paseo marítimo a leer el contenido del sobre. El mar siempre conseguía calmarla cuando estaba agitada.

Extrajo unas cuartillas escritas con una pulcra caligrafía y sonrió. Pocas personas escribían a mano en la actualidad, y menos lo que parecía una extensa carta.

Mi querida niña:

Sé que estarás extrañada del legado que acabas de recibir, que piensas que no me conoces. Y es cierto, pero yo sí te conozco, aunque nunca nos hayamos visto. Sé de ti y de tu familia a través de tu abuela Sophie. Pero mejor empiezo por el principio.

La casa que te he legado es un piso de dos dormitorios, salón, cocina y baño, además de un patio trasero, y pertenece a mi familia desde que yo era niño. Mis padres, mi hermano Jonathan y yo vivíamos en el piso de arriba, donde ahora reside Dylan, y alquilábamos la parte de abajo a veraneantes para conseguir ingresos extra en tiempos difíciles. Tu abuela y su familia vinieron en verano durante años y nos hicimos muy amigos durante nuestra niñez y adolescencia. En realidad, para mí, Sophie fue mucho más que una amiga, fue mi gran amor platónico y juvenil. Yo sabía que ella no sentía lo mismo por mí, estaba enamoradísima de tu abuelo, del que me hablaba a menudo, y nunca le expresé mis sentimientos. Me limitaba a recibirla cada año con ilusión y amor, sin esperar nada.

Cuando se casó dejó de venir, pero no por eso perdimos el contacto, pues durante toda nuestra vida mantuvimos un intercambio continuo de cartas, mientras vivió. Por ellas sé de ti, de lo mucho que os parecéis tanto en lo físico como en carácter. Te adoraba. Cuando falleció, tu abuelo me informó de su muerte y no puedes imaginarte cuánto lo sentí y cómo la he echado de menos desde entonces.

He querido legarte la casa donde ella veraneó tantos años porque considero que le pertenece, pues cuando murió mi padre y Jonathan y yo heredamos la finca, mi hermano quiso vender su parte. Yo no podía permitirlo, soy un sentimental y amo esta casa; para mí, es mucho más que unos ladrillos, es parte de mi vida. Pero el banco no me daba todo el dinero necesario para comprarla. Y fue Sophie quien me lo prestó, a sabiendas de que me llevaría mucho tiempo poder devolvérselo. Fueron bastantes años los que tardé en saldar el préstamo monetario, aunque siempre he considerado que seguía en deuda con ella, que esta casa en parte le pertenecía. Por eso creo que debe ser para ti; se la hubiera dejado a Sophie si viviera aún, pero no es así. Acéptala, por favor, hazlo en su nombre.

Me gustaría que vinieras en vacaciones, porque no me atrevo a pedirte que te instales a vivir en ella, aunque es lo que me gustaría. Sé que tienes tu vida en Edimburgo, pero ven de vez en cuando a dar un poco de vida a esta casa que tantos recuerdos guarda de nosotros dos.

Hablando de recuerdos, en el dormitorio principal hay una trampilla que conduce a un pequeño sótano. En él, en una estantería, hay una vieja lata de galletas llena de fotografías de aquellos veranos maravillosos que compartimos. Son tuyas, si las quieres. Y si no las quieres, quémalas, que se las lleve el viento.

Dylan protestará, pero es buen chico, aunque un poco gruñón a veces. Se parece a su abuelo Jonathan y a su padre, que falleció hace años. ¡Qué le vamos a hacer! No te dejes convencer por él, acabará por ceder. He dejado todo bien atado para que no pueda quitarte la casa.

Espero que esta carta te haya explicado el motivo de mi legado. Soy un viejo sentimental…, no lo rechaces. No he tenido hijos, por lo que os considero a Dylan y a ti los nietos que no me dio la vida. Confío en que una vez superadas las diferencias que mi testamento pueda generar, os llevéis bien.

Solo te pido una cosa: si no deseas la casa para habitarla, aunque sea de forma temporal, y piensas venderla, dale prioridad a Dylan. Pero estoy seguro de que estas cuatro paredes te enamorarán tanto como a Sophie y a mí.

Con todo mi cariño, aunque no nos conozcamos en persona,
Charles

Respiró hondo y volvió a releerla dos veces más, para asimilar el contenido. Su abuela había tenido un amigo muy especial y nunca le había hablado de él, a pesar de la confianza que tenían.

Le parecía muy romántico, y por supuesto que aceptaría la herencia, si en efecto estaba libre de cargas. Y le importaba poco si Dylan Cooper no estaba de acuerdo.

Desde su privilegiado mirador hacia el mar llamó a Jock para informarle, una vez consultado en el reloj que él ya habría terminado sus clases de la mañana.

—He heredado una casa —explicó sin siquiera saludarlo, tan emocionada se encontraba.

—¿Una casa? ¿En serio? ¿En qué condiciones está? —preguntó su amigo, siempre práctico.

—Imagino que bien, pues el fallecido vivía en ella y un sobrino ocupa el piso de arriba. No sé mucho más, porque he quedado tan anonadada que ni siquiera he preguntado.

—¿Has averiguado quién es ese señor y por qué te la ha dejado? Porque es algo insólito. ¿Lo conoces?

—Yo no; es un viejo amigo de mi abuela Sophie. Al parecer ella veraneó durante años en la parte que será mía y se hicieron amigos. Él estuvo enamorado de ella. Algo muy romántico, Jock. Hay también una historia sobre un préstamo que ya te explicaré con detenimiento cuando sepa más detalles.

—Asesórate con un abogado independiente antes de aceptar nada, no vayas a encontrarte con un problema más que un beneficio. Puedo recomendarte al mío, es muy profesional.

—Ya lo he pensado y acepto tu ofrecimiento.

—Te pasaré su teléfono.

—Gracias. Ahora voy a seguir disfrutando de mi día de vacaciones, sin el temor de que Robert lo estropee.

Finalizó la llamada y, deseosa de conocer el emplazamiento de la vivienda que iba a heredar llamó al abogado para pedirle la dirección.

La casa estaba situada a quinientos metros de la playa, pero alejada del centro. Se acercó recorriendo el paseo marítimo, lleno de casetas de colores, y se detuvo en la acera a contemplarla. Parecía cuidada, la puerta y las ventanas cerradas estaban pintadas con esmero de un tono azul eléctrico, así como la cancela de entrada.

Alzó la mirada hacia el piso superior, donde una ventana abierta daba indicios de encontrarse habitada. Lamentaba el disgusto del sobrino y lo comprendía, pero no renunciaría a la herencia si todo estaba en regla.

Después de contemplarla durante un rato, se imaginó pasando en ella sus vacaciones. Aunque Edimburgo tenía también playa, el clima en Brighton era más benigno que en Escocia. Y estaba lejos de Robert, lo que sumaba una ventaja muy importante.

Complacida, se alejó, para buscar un pub donde almorzar y, después, pasar la tarde en la playa.

Capítulo 3

Dylan regresó a su vivienda furioso. No comprendía lo que había sucedido en el despacho del abogado. Llevaba compartiendo la casa con su tío cuatro años, desde que la salud de este empeoró y se trasladó a la planta baja, ofreciéndole ocupar el piso superior. Aceptó encantado porque siempre habían tenido una buena relación, los alquileres en Brighton eran caros y se le brindaba vivienda gratis, a pesar de que se ofreció a pagar por su estancia. El piso era mucho mejor que su actual alojamiento, y no le importaba pagar un alquiler razonable.

Charles se había negado, asegurándole que la casa sería para él a su muerte y que no le cobraría una libra por vivir en ella. Lo que no le dijo era que se refería solo a la parte de arriba.

Habían convivido, cada uno en su planta, respetando la independencia del otro, se habían cuidado y compartido algunas comidas, partidos de futbol, buenos momentos y otros menos buenos cuando la salud de Charles empeoró, pero nunca le había hablado de aquella escocesa de figura esbelta y pechos bien formados, que probablemente había usado sus encantos para engatusar a un pobre hombre anciano y solitario.

Odiaba a las mujeres que utilizaban su cuerpo para conseguir beneficios, fuera del tipo que fueran. Odiaba a los escoceses también, y eso incluía a las féminas, porque en el pasado tuvo problemas en el trabajo con dos de ellos.

Charles le decía que no todos los escoceses eran iguales, que marrulleros había en todas partes, y él lo sabía, pero no podía evitar extender su animadversión al resto de habitantes del país. Y aquella mujer y sus manejos corroboraba su hostilidad hacia sus compatriotas.

Se había tomado la mañana libre para asistir a la lectura del testamento y, puesto que se encontraba enojado y lleno de malas vibraciones, decidió salir a correr un rato antes de almorzar.

Thor, su perro, un *foxhound* inglés, pareció adivinar sus intenciones y lo recibió gozoso, ladrando y brincando a su alrededor. Si había algo que a Thor le gustaba era salir… y ladrar.

—¡No, chico! Ahora no me acompañas, pues debería atarte y yo necesito desfogar la mala leche que llevo dentro. No iría a tu ritmo. —Se agachó y le rascó detrás de las orejas, única forma en que conseguía que dejara de ladrar—. Prometo que te compensaré esta noche.

Se puso ropa deportiva y salió al paseo marítimo, echando a correr en dirección opuesta al

centro de la ciudad. Solo por si acaso se encontraba con cierta pelirroja —tampoco le atraían las mujeres pelirrojas, aunque esta tenía un cuerpo espectacular— a la que le gustaría cantar las cuarenta, y hasta las ochenta. Delante del abogado se había contenido, pero no podría hacerlo si la encontraba a solas en la calle.

Mientras recorría el paseo a grandes zancadas, se dijo que tal vez fuera mejor hablar con ella y tratar de convencerla por las buenas, que su reacción no había sido la más adecuada. Pero era impulsivo, se dejaba llevar por un temperamento fuerte, y quizás con la escocesa esa no fuera la mejor táctica. Probaría a ser un chico encantador, las mujeres solían caer a sus pies —o en sus brazos— con un poco de labia y halagos. Aunque no pensaba acostarse con una arpía escocesa para hacerla recapacitar, por muy buenas tetas que tuviera, la casa bien valía un poco de esfuerzo conciliador.

Después de una hora de intenso ejercicio, regresó a casa, más calmado. Se dio una ducha y, tras comer para reponer fuerzas, se dirigió al trabajo.

Era el encargado y coordinador de una cadena de supermercados y su cometido consistía en recorrerlos todos para asegurarse de que las cosas funcionaban bien. Trabajadores, mercancías e instalaciones estaban bajo su total responsabilidad y supervisión.

Miró la agenda para comprobar qué establecimiento le tocaba visitar aquella tarde y sonrió satisfecho. En el pub de al lado había una camarera bastante bonita que había estado un par de veces por su cama. Tal vez, después del trabajo podría pasarse por el local para tomar una copa y, con un poco de suerte, tener compañía agradable aquella noche. Una chica amable y atractiva, que le hiciera olvidar a una bruja escocesa, taimada y manipuladora. Odiaba a las escocesas. Odiaba a las pelirrojas. Odiaba a Freya Donald sobre todas las cosas.

Entró en el supermercado y dos de las cajeras le sonrieron de forma seductora. Si quisiera, las tendría comiendo de su mano, pero jamás cometería el error de liarse con nadie del trabajo, y mucho menos si tenía un puesto inferior al suyo. No quería demandas por acoso ni peticiones de favoritismo por «servicios prestados». Su vida sexual la mantenía fuera del ámbito laboral. No necesitaba seducir empleadas ni compañeras de trabajo, su físico agraciado le aseguraba una constante sucesión de compañeras de cama, sin compromiso y sin demasiado esfuerzo.

Se sumergió en la tarea, aparcando sus cuitas y el mal sabor de boca que le había provocado la lectura del testamento de su tío. Algo haría para evitarlo, pero no iba a tener a una mala pécora, con aspecto de mosquita muerta, de vecina. Aunque tuviera unas tetas increíbles.

***

Freya contactó con el abogado de Jock por teléfono y le informó de la herencia recibida. Este lo hizo a su vez con Jeffrey Manson y, tras informarse del estado de la herencia, le comunicó que todo estaba en orden y que era muy poco probable que el sobrino pudiera invalidar el testamento. Que, salvo que ella renunciara, era propietaria de una casa en Brighton, libre de cargas y en buen

estado de habitabilidad.

Cuando terminó la conversación estaba decidida a tener una residencia de verano. A disfrutar del tiempo más cálido del sur, a invitar a sus amigos, aunque estos preferían vivir las vacaciones en su autocaravana, recorriendo el país. Pero estaba segura de que en algún momento pasarían por Brighton.

Se encontraba en el hotel, preparándose para salir, cuando recibió la llamada de una de sus compañeras de trabajo.

—Hola, Katy —saludó, extrañada.

No era normal que desde la oficina le telefoneasen durante las vacaciones. Ni a nivel profesional ni personal se molestaba a los empleados cuando se encontraban en periodo no laboral.

—¡No te imaginas la que ha organizado tu ex! —exclamó la chica, después de los saludos de rigor.

—¿Robert?

—Sí. Ha venido hace un rato preguntando por ti y le hemos dicho que estabas de vacaciones.

Freya respiró hondo. No era la primera vez que su ex la buscaba en su lugar de trabajo, pero siempre la había hallado en el mismo y ella había sabido capear el temporal y conseguir que se marchara sin crear demasiado alboroto. Por suerte, no había comentado con sus compañeros dónde estaba ni el motivo de su ausencia. Solo Jock y Eva lo sabían, pero jamás se lo dirían a Robert.

—No lo ha creído —continuó explicando Katy—. Se ha puesto furioso al no encontrarte, ha gritado exigiendo ver todos los departamentos hasta localizarte. Nos acusaba de tenerte escondida en algún sitio. Hemos tenido que llamar a seguridad para que lo echaran y tienen orden de no permitirle el acceso de nuevo a la oficina.

—¡Joder! Lo siento.

—Ten mucho cuidado, estaba fuera de control. No sé dónde has ido de vacaciones, pero procura que no se entere, o se presentará a buscarte.

—Gracias. Haré algo, no te preocupes. —No sabía el qué, porque intuía que se saltaría cualquier restricción que le impusiera un juez.

—Espero que no te moleste que te haya llamado, pero me pareció que debía advertirte.

—Has hecho bien. Gracias, Katy.

—No hay de qué.

Finalizó la llamada con un nudo de aprensión en el pecho. Se encontraba en Brighton, a salvo, pero en una semana tendría que regresar. ¡Maldito Robert y maldita la hora en que empezó a salir con él! Tan amable, tan cariñoso al principio, y tan perturbado al final.

Aunque tal vez no tuviera que regresar, porque tenía una casa en Brighton. Y durante la pandemia había trabajado desde su domicilio, sin necesidad de acudir a la oficina. Estaba segura de que su jefa le permitiría hacerlo de nuevo, al menos hasta que Robert se diera por vencido.

Una temporada fuera de Edimburgo le permitiría poner punto final a aquella desagradable historia.

Volvió a telefonear a su empresa, esta vez al teléfono directo de Elizabeth, su jefa.

—Hola, Elizabeth. Katy me ha contado lo sucedido con mi ex. Lo lamento muchísimo.

—Lo controlamos, y no volverá a acceder a las oficinas, pero me preocupas tú. Es un hombre peligroso y está obsesionado contigo.

—No acepta la ruptura; quiere que volvamos a estar juntos, pero bajo ningún concepto lo haré. Y mucho menos después de su comportamiento obsesivo de las últimas semanas.

—Cuando vuelvas deberías quedarte un tiempo con un familiar o un amigo, no te vayas sola a casa. ¿Tienes dónde refugiarte?

—De mi vuelta quería hablarte. Tengo la posibilidad de mudarme lejos de Edimburgo una temporada y quería peguntarte si me permitirías teletrabajar hasta que las cosas se calmen. Creo que desaparecer podría ser la solución.

—No hay problema por mi parte, ya sé que eres capaz de desempeñar tu cometido desde casa. Llévate el ordenador y confiemos en que el maltratador de tu ex se dé por vencido.

—Gracias, Elizabeth, sabía que podía contar con tu ayuda.

—De nada. Y un consejo… no le digas a nadie donde estás, ni siquiera a mí. No lo harán de forma intencionada, pero alguien puede descubrir tu paradero sin darse cuenta.

—Las únicas personas que lo sabrán son de mi entera confianza y jamás se lo dirán a Robert, en ninguna circunstancia.

—Bien. Mucha suerte, Freya. Si tienes que denunciarlo y necesitas que testifiquemos, cuenta conmigo. Tenemos grabado todo el incidente y está a tu disposición.

—Gracias de nuevo.

—Si las mujeres no nos ayudamos entre nosotras, nadie lo hará. Una de mis hermanas sufrió acoso por parte de su exmarido y soy muy sensible con el tema.

Finalizó la llamada sintiéndose profundamente agradecida. Respiró hondo. Una parte de su huida estaba en marcha. Ahora faltaba el resto.

Sin dilación telefoneó a Jeffrey Manson. El abogado la saludó con su habitual afabilidad.

—Buenos días, señorita Donald. ¿Ha tomado ya una decisión respecto a su herencia?

—Así es —respondió—. He decidido aceptarla… y habitarla.

—Me alegro mucho. Charles estaría muy feliz de su decisión.

—Su sobrino no tanto, me temo.

—No se preocupe por él; perro ladrador, poco mordedor. Dylan gruñe, pero es buena persona.

—Nunca había escuchado esa frase.

—Tuve una niñera española, y solía decirlo a menudo.

—¿Cuánto tardará la documentación en estar lista para que pueda habitar la casa? Me urge un poco.

—¿Dejará Edimburgo para trasladarse a Brighton?

—Sí. La verdad es que esta herencia no puede venir en un momento mejor.

—Trataré de acelerar el proceso todo lo que pueda. Pero imagino que deseará redecorarla o hacerle alguna reforma antes de instalarse. Charles era muy mayor y la casa está…, bueno, a su gusto.

—No me importa, me instalaré y después le haré los cambios que sean necesarios. Tengo un asunto personal que hace que desee trasladarme lo antes posible.

—Me ocuparé de ello.

—Gracias.

Al finalizar la llamada comprendió la enormidad del cambio que iba a dar a su vida. No solía ser impulsiva, siempre meditaba muy bien sus decisiones, sobre todo si alteraban su existencia, pero las circunstancias no se lo permitían en esta ocasión. Dejaría —esperaba que de forma temporal— Edimburgo, la ciudad en la que había nacido, para trasladarse a la otra punta de la isla, sin siquiera pensárselo, para vivir en una casa que no había visto, con un vecino poco amistoso. Confiaba en que tanto Charles como Jeffrey tuvieran razón y Dylan aceptara su presencia en el piso inferior como algo inevitable. Ya tenía bastante con un acosador en su vida.

Tenía aún días de vacaciones para gestionar el traslado. Les pediría ayuda a Jock y Eva para hacerlo de forma lo más discreta posible y que Robert no se enterase de su mudanza. En su domicilio actual disponía de pocas cosas personales, aparte de la ropa, el televisor y algún aparato electrónico e informático. El mobiliario estaba incluido en el piso.

De repente sintió pánico, como si un abismo se abriera a sus pies. Lo peor sería estar lejos de Jock, Eva y el pequeño Ian, pero las circunstancias eran las que eran.

Maldijo una vez más a Robert por trastocar su vida, pero se dispuso a ver la parte positiva de la situación. Se ahorraría una buena cantidad de dinero en alquiler, y el invierno en Brighton era mucho más suave que en Escocia. No todo era malo.

Esperaba que el mobiliario de Charles no fuera tan espantoso como había insinuado Jeffrey. Pero llevaba años viviendo en pisos amueblados y había visto de todo. Con el ahorro de alquiler podría acondicionar ese piso que había heredado cuando más lo necesitaba. No, no todo era malo.

Capítulo 4

Con la llave, al fin, en la mano, Freya se dirigió a su casa. Jeffrey había cumplido acelerando los trámites y mientras finalizaban seguía alojada en el hotel. En unos días podría mudarse. De momento iba a echar un vistazo a la que sería su vivienda durante un tiempo indefinido dependiendo de varios factores, el principal, Robert. Otro era que le gustara la ciudad, y tal vez decidiera prolongar su estancia en ella.

Había autorizado a Jock a través de un poder notarial a cancelar el alquiler de su piso en Edimburgo y este viajaría hasta Brighton durante el fin de semana con la autocaravana cargada con sus pertenencias. Cuando le comentó el incidente protagonizado por Robert en su lugar de trabajo, su amigo la había disuadido de regresar, ni siquiera durante unos días para ocuparse en persona, y se había ofrecido a gestionarlo todo en su nombre. Mientras menos oportunidades le diera a su ex de encontrarla, mucho mejor.

Cuando llegó a la casa alzó la vista hasta la ventana. Esta se encontraba abierta, y una delgada brisa movía una cortina de color crema. Abrió la cancela y la puerta. Encontró un largo y estrecho corredor con dos habitaciones, una a la derecha y otra a la izquierda, y a continuación el pasillo doblaba para, tras unos metros y una puerta que daba a un cuarto de baño, llegar a un salón de buen tamaño, con una gran ventana situada encima del sofá. Al fondo del salón, una cocina moderna, amueblada en blanco y negro y con todos los electrodomésticos necesarios: un gran frigorífico, lavadora, lavavajillas, microondas, vitrocerámica y horno. Respiró aliviada. Después de las palabras de Jeffrey temía encontrar una cocina antigua y poco práctica. El resto del mobiliario, no le importaba que fuera anticuado, ya lo iría cambiando poco a poco. Lo urgente era mudarse cuanto antes.

La cocina tenía una puerta que daba a un patio trasero de tamaño mediano, con un espacio para plantar ya fueran flores o un pequeño huerto. Era lo que más le gustaba de la vivienda, ese espacio al aire libre, que tenía la intención de llenar de plantas.

Las dos habitaciones que había cerca de la entrada eran dormitorios de buen tamaño, con armarios empotrados pintados de blanco, ambas con ventanas a la calle. Una de ellas había sido el dormitorio de Charles, que habría que remodelar entero. Pero la idea la ilusionaba más que la

disuadía. En el suelo encontró una especie de trampilla y recordó lo que había escrito el anciano sobre un sótano y una caja de recuerdos. Se disponía a levantarla cuando escuchó ladridos y unas llaves abriendo la puerta. Se envaró y salió de la estancia. Dylan, flanqueado por un perro de tamaño mediano blanco y con manchas color canela en el lomo, estaba en el corredor.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó al verla, con gesto airado.

—¿Qué haces tú? —respondió enfrentándolo.

—Estoy en la casa de mi tío. He escuchado ruido y he venido a ver qué sucede.

—Ya no es la casa de tu tío. Ahora es mía.

—Todavía no están los documentos formalizados.

—Pero lo estarán en tres días. Jeffrey me ha dado las llaves para que pueda hacerme una idea de la vivienda antes de mudarme.

—¿Piensas vivir aquí? Creí que anidabas en las tierras altas.

—¿Anidar? ¿Cómo si fuera un animal?

—Los escoceses sois poco civilizados, es bien sabido. Pero no has respondido a mi pregunta.

Ignoró el comentario peyorativo. Solo le demostraría a aquel imbécil xenófobo lo equivocado que estaba.

—Sí, pienso vivir aquí, en la casa que he heredado.

—No por mucho tiempo. Voy a impugnar el testamento, sin duda has usado algún truco para conseguir que mi tío te legase su casa.

—¿Por qué te importa tanto? Tú tienes la tuya.

—Y con la planta baja podría construir una escalera en el salón y tener un dúplex estupendo. Pero no es eso lo que más me importa, sino el hecho de te haya legado algo que debe permanecer en la familia. Charles tenía el concepto de familia muy arraigado, por lo que no tengo dudas de que has utilizado tus malas artes de bruja escocesa para convencerlo de que te la dejara a ti.

—No he usado malas artes, ni siquiera lo conocía —explicó por enésima vez.

—¡Y yo me lo creo!

—Tenía sus motivos para dejármela.

—¿Qué motivos?

—Si él no consideró que debías saberlos, no seré yo quien te los cuente. Además, la casa es suya, era muy libre de dejarla a quien quisiera. Deberías estarle agradecido de tener tu planta de arriba; ni siquiera eres su hijo, solo un sobrino nieto, no sé por qué consideras que tienes derecho a heredar su patrimonio.

—¿Y tú? ¿Qué derecho tienes tú? ¿Le has hecho creer que eres su hija o su nieta, fruto de un desliz del pasado?

—No soy pariente biológica de Charles; él lo sabía y yo también.

—Entonces ¡¿por qué?!

El perro los observaba con atención, notando la hostilidad y emitiendo sonoros ladridos. Sin embargo, Freya no sentía temor, pues el animal no se movía del lado de su dueño ni hacía ningún

gesto amenazante.

—¡Porque le dio la gana! Ahora sal de mi casa. Y dame la llave —pidió extendiendo la mano.

—¡Ni hablar! Todavía no es tuya. Hasta dentro de tres días sigue siendo la casa de mi tío y solo entregaré la llave en ese momento. Al abogado, no a ti.

—Tu tío ya no tiene casa. Decidió dejármela a mí, asúmelo como un adulto. He consultado a otro abogado que me dice lo mismo que el de Charles: que puedes gastar tu dinero si te apetece en reclamaciones, pero no conseguirás nada. Siguiendo su recomendación, voy a hacer fotos antes de salir, y más te vale no llevarte ni una bombilla, porque me legó la vivienda con todo su contenido. ¡Todo esto es mío! —recalcó una vez más, extendiendo las manos.

Aunque la mitad de lo que contenía la casa no lo quería, no permitiría que aquel imbécil se llevara ni una taza. Hubieran podido ser buenos vecinos, pero si presentaba batalla, batalla tendría.

—Conseguiré echarte. La ley no puede proteger a insidiosas y manipuladoras como tú. ¡Vamos, Thor! —ordenó dando media vuelta

—¿Thor? ¿Le has puesto a tu perro el nombre del dios del trueno?

—Si te mudas, pronto averiguarás por qué —comentó con una sonrisa malévola mientras salía dando un portazo, que temió rompiera al cristal de la puerta.

—¿Por qué tienen que tocarme todos los gilipollas del mundo? —masculló—. Robert, y ahora este.

Pero si su ex le producía temor, Dylan en absoluto. Se enfrentaría a él en los tribunales si era necesario y en el día a día, que intuía no iba a ser agradable.

***

Por fin la casa era legalmente suya. Freya abrió la puerta dispuesta a mudarse ese mismo fin de semana, cuando Jock llegara con sus pertenencias. Primero haría una buena limpieza y, sobre todo, cambiaría la cerradura. No se fiaba de Dylan ni un ápice, aunque este hubiera entregado sus llaves a Jeffrey la tarde anterior. Tenía cita con el cerrajero en media hora y llevaba un amplio surtido de productos de limpieza, dispuesta a comenzar la tarea.

Nada más abrir la puerta comprendió hasta qué punto estaba en lo cierto al desconfiar del vecino de arriba. Un desagradable hedor la recibió a la vez que vio que toda la moqueta del corredor presentaba excrementos de perro.

—¡Será cabrón!

La limpieza le llevaría más trabajo de lo que había imaginado. Se cambió de ropa dispuesta a emprender la desagradable tarea de adecentar la casa para cuando llegara su amigo, el fin de semana.

El cerrajero llegó puntual, cuando había terminado de recoger lo más visible de las heces, y cambió la cerradura instalando una de seguridad. No quería sorpresas en el futuro; aunque Dylan

había entregado su llave al abogado, nada le habría impedido hacer una copia.

Después se cambió de ropa, se puso un pantalón corto y una camiseta vieja y se dispuso a la tarea. Salió al patio con una enorme bolsa de basura y, nada más hacerlo, escuchó los ladridos del perro de su vecino. Le gustaban los animales, pero intuía que aquel chucho iba a caerle tan mal como su dueño, aunque días atrás le hubiera parecido un animal adorable.

—¡Calla, Thor! —le gritó desde el patio, y el animal obedeció.

Sonrió como si hubiera ganado una pequeña batalla. No había rastro de su amo en las ventanas, y sin pensar más en él, comenzó su ardua tarea.

Le llevó un buen rato quitar las manchas de la moqueta, por suerte había sido previsora y había comprado un potente quitamanchas y un aspirador con el que eliminó el polvo acumulado desde la muerte de Charles, dos meses atrás. Después se esmeró en el baño y la cocina, dejando todo reluciente. Tener las ventanas abiertas y el aroma de los productos de limpieza consiguió eliminar el mal olor dejado por los excrementos del animal —esperaba que fueran del animal y no del dueño— por el corredor.

Aquella tarde le llevarían un colchón. Aunque utilizaría de momento algunos de los muebles de la casa, no pensaba dormir en el mismo colchón de un anciano desconocido y presumiblemente enfermo.

Vació en una caja, que dejó bien a la vista en el patio, los objetos que no le gustaban, con la intención de llevarlo todo a la *charity* —tienda de segunda mano con objetivo benéfico— más cercana. Quería que Dylan lo viera y que supiera el destino de todo lo acumulado. No le ofrecería la posibilidad de quedarse nada que deseara para sí. Aunque imaginaba que ya habría cogido lo que quisiera antes de que ella entrase en la casa.

Después de varios días de intenso trabajo, el piso fue perdiendo la fisonomía de la morada de un anciano para presentar un aspecto moderno y acogedor. Unos cojines alegres, una manta para cubrir el sofá, un par de posters de su querida Escocia y, cuando llegara Jock, el resto de sus pertenencias harían el resto.

***

Cuando Dylan regresó del trabajo aquella tarde había luz en el salón del piso de abajo, lo que le indicó que la escocesa estaba en la casa. Los días anteriores había visto indicios de actividad: signos de limpieza en la entrada y en el parterre de plantas, en las ventanas, y una gran caja llena de objetos en el patio trasero, pero nada que le indicara que su vecina ya se había trasladado. Hasta esa noche. Aquella noche todo hacía suponer que ya eran vecinos de forma oficial.

Sintió una vez más el enfado que le producía la presencia de la mujer hollando los dominios de su tío, la casa, los muebles. Subió a su piso y, como siempre, Thor le salió al encuentro, ladrando y deseando salir un rato. En invierno o cuando estaba muy cansado, lo llevaba al patio de Charles —por supuesto recogía y limpiaba los excrementos—, pero eso ya no podría hacerlo.

Tenía prohibido el acceso a aquel patio en el que tantos ratos agradables había pasado en compañía del anciano.

Gruñó una vez más su frustración. Le puso a su peludo amigo la correa y salieron de la casa. Hacía una noche agradable para dar un paseo. A los dos les vendría bien.

Condujo al animal hasta la puerta, y lo instó a hacer sus necesidades en el escalón situado ante la cancela de la misma.

—¡Ahí, Thor! —ordenó ante la mirada de extrañeza del chucho, que estaba adiestrado para ignorar aquel espacio concreto.

Ladró en señal de protesta.

—Ahí —insistió—. ¡Vamos, chico!

El perro seguía ignorándolo, moviéndose inquieto, pero sin obedecer.

De repente la puerta se abrió y su vecina apareció en el umbral, con cara de enfado. Y vistiendo unos minúsculos pantalones cortos y una camiseta de tirantes que se le pegaba a los pechos —libres de sujetador— como una segunda piel. Unos pechos generosos y bien formados, que atraparon su mirada durante unos breves segundos. Se apresuró a desviarla antes de que ella se percatara.

Freya se agachó ante el animal y le acarició el lomo.

—Gracias, bonito. Eres más civilizado que tu dueño, que es bastante guarro. —Se levantó, y alzando los ojos, enfrentó su mirada. Subida en el escalón tenían casi la misma estatura, era una mujer alta. Los ojos de Freya, que solían ser verdes, se habían vuelto azules—. Si tu perro vuelve a hacer sus necesidades en mis dominios, te voy a denunciar —amenazó.

—Estamos en la calle. El pobre animal no entiende de dominios.

—El escalón pertenece a mi casa, de modo que no «estáis» en la calle. Me gustan los animales, los perros en especial; no trates de que aborrezca al tuyo, que ha demostrado ser más civilizado que tú. No lo hagas cómplice de tus delitos. Si quieres dejar una mierda en mi puerta, no utilices al pobre animal, bájate los pantalones y hazlo tú mismo. Y te denunciaré si lo haces, puedes estar seguro.

Los ojos le brillaban de furia y los pechos se le agitaban con la intensidad de su discurso. ¡Malditos pechos! Le costaba mantener los ojos apartados de ellos, pero no volvería a mirarlos. No le daría a la bruja escocesa la ventaja de saber que los contemplaba. Ella seguía hablando, con calma pero firme en sus palabras.

—Yo no cometo el error de generalizar que todos los ingleses sois unos cerdos. Solo tú. Cerdo y cobarde, por utilizar a Thor para tus fechorías y que cargue con la culpa el pobre animal. Te lo advierto, Dylan, me gusta la vida tranquila y pacífica, pero si quieres guerra, guerra tendrás.

Volvió a dirigir su mirada al perro, que los observaba con mirada inteligente. El traidor ni siquiera ladraba. Freya se dio la vuelta para entrar en la vivienda. El trasero, apenas cubierto por los pantalones, también era espectacular. ¡Maldita fuese! ¿Por qué

no podía ser fea y deforme como todas las brujas?

Lanzó un profundo suspiro y tiró de la correa. Thor le siguió encantado de continuar la rutina de cada noche. Cuando llevaban apenas unos minutos de paseo le sonó el móvil. Era su amigo Willy, compañero de trabajo y con el que mantenía una amistad superficial, basada en algunas salidas de fines de semana, alguna noche de copas y algún concierto al que asistían juntos de vez en cuando.

—Hola, Willy —respondió.

—¿Qué haces esta noche?

—Pasear al perro —informó.

—¿Te apetece salir a tomar una cerveza?

—No estoy de humor —rehusó. Tenía un cabreo de mil demonios y una visita al pub con Willy no lo mejoraría.

—He discutido con mi nueva vecina.

—¿Tienes una vecina?

—¡Eso me temo!

—¿Cómo es?

—Escocesa. Pelirroja. Y una bruja.

—¿Bruja por el carácter o por el físico?

—Por ambos —gruñó—. Es un esperpento, deforme, y con una verruga enorme en la nariz ganchuda.

—¡No me digas! Una bruja de libro, por lo que veo. ¿Tiene joroba? —preguntó bromista, sin creer una palabra de lo que le estaba diciendo.

—Tiene dos —añadió tratando de no recordar los pechos—. Bien protuberantes.

—Caray, debe ser horrible.

—Lo es. Me va a provocar pesadillas. Pero lo peor es que es escocesa y toca narices.

—Lo siento. Si necesitas despejarte de tan horrenda visión, me llamas y nos tomamos unas pintas.

—Por supuesto. Te dejo, que Thor y sus necesidades me reclaman.

—Hasta otra entonces.

Cortó la llamada. El perro lo observaba con ojos inteligentes.

—¿Tú qué miras? A lo tuyo, que tenemos que volver a la gruta de la arpía antes de que comience el aquelarre.

Y Thor se apresuró a obedecer.

Capítulo 5

Freya se dispuso a pasar la primera noche en su nueva vivienda. Después de descubrir que Dylan intentaba dejar un desagradable regalo en la puerta de su casa, se sintió enfadada. Estaba claro que su vecino no pensaba propiciar una convivencia amistosa entre ellos y tendría que estar muy atenta a sus nuevos movimientos. Por el momento se limitaría a resistir y no responder a sus provocaciones, en espera de que se cansara. Prefería una relación cordial con alguien que vivía sobre ella, aunque estaría atenta para evitar nuevas sorpresas. Pero si persistía, sabía una forma sutil con la que hacerle frente y era utilizando lo que le recriminaba que había usado con Charles: sus encantos. Jamás los utilizaba para atraer a un hombre, pero si era para torturar y desestabilizar a quien la consideraba su enemiga… no dudaría.

No era ninguna jovencita inocente, conocía lo bastante al sexo masculino para saber que su cuerpo no dejaba indiferente a su vecino. Lo había observado en la sala de espera del notario, la primera vez que se vieron. Él la había recorrido con la mirada de una forma inequívoca aquella mañana y estaba segura de que, de haber heredado solo alguna fruslería o una pequeña cantidad de dinero, habría intentado ligar con ella. Pero se había llevado la mitad del pastel que él consideraba suyo y había decidido convertirla en su enemiga.

No obstante, su enfado no era tan grande como para que no le hubiera mirado los pechos aquella tarde, en la puerta de la casa. A su pesar, y solo durante unos segundos, pero lo había hecho. Y si persistía en su actitud hostil, sabía cómo darle la réplica: mirar, pero no tocar.

—Más te vale cansarte pronto de esta actitud infantil, inglesito engreído, o te voy a tener con dolor de huevos las veinticuatro horas del día. ¿No soy una manipuladora que usa su hermosura para volver locos a los hombres? Tal vez quieras probar un poco de esa medicina. Yo también sé jugar sucio cuando hace falta.

Se acostó temprano, Jock y Eva llegarían al día siguiente para traer sus pertenencias y pasar el fin de semana con ella. Sus amigos deseaban asegurarse de que estaba bien instalada. Esperaba que el imbécil de su vecino se comportara y no generase en sus amigos ninguna inquietud.

Se durmió en seguida, el nuevo colchón era comodísimo, y la jornada había sido agotadora para terminar de poner la casa a punto. De pronto, un ruido la sobresaltó y la sacó de un sueño

profundo. Se incorporó en la cama, agitada, para calmarse de inmediato, identificando el sonido: ladridos. Ladridos de Thor.

Miró la hora. Las tres y media.

—Maldito seas, Thor — murmuró—. ¡Con lo bien que empezabas a caerme!

El animal continuó durante más de un cuarto de hora, pero al fin se calló. Respiró hondo y trató de dormirse de nuevo.

Lo estaba consiguiendo cuando volvió a producirse otra tanda de ladridos.

—¡Joder! ¿Esto va a ser siempre así?

Metió la cabeza bajo la almohada, tomando nota de adquirir unos tapones para los oídos lo antes posible.

La noche transcurrió en un duermevela provocado por los ladridos intermitentes del animal. Aunque estaba segura de que no era del todo culpable, que su dueño habría hecho algo para provocarlos. Si era así, él tampoco habría podido dormir, lo que le producía una enorme satisfacción.

Se levantó temprano, a pesar de ser sábado, y salió a comprar los tapones, antes de que llegaran sus visitantes. No quería pasar otra noche en vela, ya fuera culpa del chucho o del amo. Después, se dirigió al patio a desayunar, vestida con su indumentaria preferida para estar en casa: pantalón corto —muy corto— y top de tirantes, que dejaba al descubierto la cintura y el ombligo. Y para asegurarse de que su vecino se percataba de ello, puso música a un volumen bastante alto.

—Yo también sé hacer ruido, gilipollas.

Después se sentó a desayunar con tranquilidad en la mesa que había encontrado en una casetilla de madera, situada en uno de los extremos del patio. También había varias sillas y una barbacoa que parecía no haber sido utilizada nunca. Iba a disfrutar mucho de ella en el futuro.

Supo el momento exacto en que Dylan se asomó a la ventana para mirarla. Podía sentir sus ojos clavados en ella, pero fingió no percatarse. Se limitó a comer con calma, ignorando al hombre que la observaba desde la altura.

Una vez terminó, recogió los restos de la comida y sacó una hamaca, para, a continuación, tenderse en ella cuan larga era. Boca arriba, mostrando los pechos en todo su esplendor.

***

Dylan se despertó tarde, con una estruendosa música que parecía resonar en toda la casa. Había dormido poco y mal, pues se había puesto una alarma cada cuarenta y cinco minutos para hacer algo que provocaría los ladridos de Thor. El chucho no soportaba que nada lo rozase mientras dormía y se había dedicado a pasarle por el lomo una tela suave, ocasionándole una reacción airada. Lamentaba mucho haber molestado al animal durante toda la noche, pero solo sería en aquella ocasión. Era una especie de bienvenida malévola para su vecina.

Puesto que era sábado pensaba dormir hasta tarde, pero a las diez de la mañana se despertó

sobresaltado con los acordes de una banda de heavy metal puesta a todo volumen. ¡No podía ser que a la bruja le gustase aquel tipo de música, que también era su preferido! Ella debía escuchar gaitas y más gaitas. Y a un volumen menos estridente.

Se asomó a la ventana y la vio sentada en el patio desayunando. Vestida —si a eso se le podía llamar vestida— con un escueto pantalón y un top blanco y minúsculo. Parecía no llevar nada debajo de ninguna de las dos prendas.

A su pesar sintió agitarse su entrepierna, con un movimiento tan involuntario como indeseado.

—¡Mierda! —exclamó—. Las erecciones matutinas son una lata. Porque esto es algo que nos pasa a los hombres casi todas las mañanas y no tiene nada que ver con las vecinas escasas de ropa —informó mirando a Thor, que lo observaba en silencio. Después se acercó al animal y le rascó detrás de las orejas, como sabía que le gustaba—. Siento lo de esta noche, chico. Pero teníamos que demostrarle a la arpía escocesa que no nos gusta su presencia en el piso de abajo. Te prometo que te voy a compensar. ¿Qué tal una carrera por la playa?

El animal se dirigió al perchero donde colgaba su correa, dando brincos de alegría, dispuesto a aceptar la oferta.

—Pero déjame desayunar antes.

Se preparó un *brunch* suculento y después se dispuso a cumplir su palabra. La música seguía sonando y se asomó a la ventana para ver qué hacía la bruja. No se fiaba de ella, lo más probable era que quisiera vengarse de la noche insomne.

Continuaba en el patio, tirada sobre una hamaca tomando el sol. Se iba a quemar, tenía demasiada piel blanca a la vista. Era bien sabido que las pelirrojas tenían una epidermis desastrosa que en seguida se ponía rojiza y se llenaba de pecas. Cuando regresara de su carrera parecería una langosta. Una langosta pecosa. Pero no sería él quien la avisara. El sol de Brighton le daría el primer disgusto serio de su estancia en la ciudad.

Disfrutó de su carrera por la playa. Brighton tenía un paseo marítimo de ocho kilómetros de longitud y tanto a él como a su amigo peludo les encantaba recorrerlo a trote moderado. Sabía que con ese paseo se haría perdonar por utilizarlo para provocar el insomnio de su vecina.

Enganchado a la correa ambos gozaron de la carrera. Finalizaba el mes de junio y la temperatura era muy agradable. Le gustaba hacer ejercicio al aire libre y a Thor le entusiasmaba acompañarle.

Cuando regresaba, vio una autocaravana delante de la casa con matrícula escocesa. La puerta de su vecina estaba abierta, y un hombre alto y rubio sacaba unas cajas del vehículo y se dirigía a la entrada. Thor se precipitó ladrando en dirección a la casa que ya no pertenecía a Charles.

Al escuchar los ladridos, Freya salió. El perro hizo amago de acercársele, pero Dylan lo frenó tirando de la correa.

—¡Hola, Thor! —saludó la mujer.

El perro le respondió con dos ladridos, moviendo la cola en señal de alegría, y tirando de la sujeción.

—No molestes a la vecina, chico —le recriminó en tono agrio, sin permitirle dar un paso hacia la mujer. Esta continuaba llevando la misma ropa, y se preguntó quién sería el tipo de la autocaravana. ¿Su novio? ¿Su marido? ¿Algún familiar? ¿Iría a llenar la casa de escoceses?

—No me molesta —afirmó la arpía dando un par de pasos hacia el animal y agachándose durante unos segundos para acariciarlo. El traidor le dedicó un gruñido placentero y restregó el morro contra la mano femenina.

Esta lo miró con sorna, como si hubiera ganado una batalla. El rubio, que acababa de salir de la casa, los miraba con curiosidad mal disimulada.

—¡Vamos, Thor! —apremió tirando de la correa en dirección a su domicilio.

—¿Quién es? —escuchó preguntar al visitante de Freya.

—Mi vecino de arriba, y su encantador perro.

No quiso seguir escuchando, porque seguro que a él no lo llamaría encantador y prefería no saber qué calificativo le dedicaba. Cerró la puerta a sus espaldas y se enfrentó al animal en tono admonitorio.

—Vamos a ver… —dijo mirándolo con fijeza para hacerlo comprender—. Ella no es nuestra amiga. NO lo es —recalcó—. Es una bruja escocesa que nos ha robado media casa. ¿Entiendes? —El interpelado lo miraba con fijeza—. Claro que entiendes, eres un perro muy inteligente. Por lo tanto, a partir de ahora, cuando la veamos ladra y gruñe, pero no de contento. Tienes que asustarla. ¡Tú sabes hacerlo!

Thor agachó la cabeza y, una vez liberado de la correa se dirigió a su rincón y se echó en su cama perruna para descansar un rato.

Dylan entró en la ducha, dispuesto a olvidar a su vecina y a su visitante durante el resto del día. Había quedado con una amiga para pasar la tarde y tal vez ella le acompañara también durante la noche. No pensaba desperdiciar todo un fin de semana fastidiando a la escocesa. Ya habría tiempo.

***

Jock había llegado con la autocaravana cargada con sus bienes personales. Eva, su mujer, llegaría un poco más tarde en su coche, con el pequeño Ian. Los tres se alojarían en la casa rodante, en la que solían pasar las vacaciones. Su amigo, aunque poseedor de un título nobiliario y un puesto como docente en la universidad de Edimburgo, era bastante bohemio en su vida cotidiana. Lo había conocido años atrás, cuando le vendió y adaptó la autocaravana que fue su vivienda durante años, hasta que conoció a Eva, una profesora española, se enamoró perdidamente de ella y decidió sentar cabeza y crear una familia. Y dejar la autocaravana para las vacaciones. Pero siempre que viajaban lo hacían con la casa a cuestas.

En aquella ocasión Jock había salido de madrugada, por si Robert vigilaba su casa tratando de localizarla. El desalojo de su apartamento lo había hecho en varias ocasiones, siempre de noche,

y el trayecto hasta Brighton dando rodeos por si acaso lo seguía. Eva había salido con el niño después en otra dirección, y también desviándose en varias ocasiones de la ruta directa.

Cuando Dylan apareció con el perro, Jock los observó con curiosidad. No podía negarse cierta tensión en su vecino, pero el chucho relajó el ambiente.

Una vez aclarada la presencia de ambos en su puerta, se dedicaron a vaciar la autocaravana y a llevarlo todo al interior, en espera de la llegada de Eva.

A media tarde se encontraban los tres sentados en el patio, después de almorzar, disfrutando de un té reparador, tras haber colocado todo en su sitio. Ian dormía en su cuna de viaje, después de haber tomado la merienda y, por fortuna, no había rastro de Dylan ni de su perro.

—Es una maravilla este pequeño recinto al aire libre —afirmó Eva dando un sorbo a su bebida.

—Sí que lo es.

—Y una suerte esta herencia que te permite salir de Edimburgo hasta que tu ex se calme un poco.

—Sí, ha sido una bendición.

Había explicado a sus amigos el motivo por el que Charles le había dejado la casa y a todos les parecía muy romántico.

—¿El hombre del perro es el sobrino? —preguntó Jock.

Les había hablado de los términos de la herencia sin entrar en detalles, y sin contarles la animadversión de su vecino hacia ella. Ya estaban bastante preocupados por Robert para añadir otro adversario a la ecuación.

—Sí.

—Parecía molesto.

—Es normal que lo esté, esperaba heredar la propiedad completa. Dijo que impugnaría el testamento, pero los dos abogados afirman que no lo conseguirá. Y si lo lograra, llevaría años, por lo que el problema de Robert ya estaría resuelto y mi necesidad de salir de Edimburgo, también. Dylan Cooper no es un dechado de simpatía vecinal, no se me ocurriría pedirle una taza de azúcar o un poco de harina, pero no suelo tener mucha relación con mis vecinos y nunca lo he hecho. Su perro sí es un encanto, aunque ladra bastante. Nada que no se solucione con unos tapones para los oídos.

—¡Ojalá nosotros pudiéramos ponernos unos! Ian no para de llorar por las noches, ha salido fiestero —se lamentó Eva—. Y hoy, con lo que ha dormido en el coche, va a ser terrible.

—¿Llora mucho?

—En cuanto nos metemos en la cama Eva y yo.

—Dejádmelo aquí esta noche —propuso, mirando de reojo hacia la ventana del piso superior —. Para que podáis descansar. —«Y para que el inglesito vea que yo también puedo generar ruido».

—Tiene buenos pulmones —advirtió Eva.

—No importa. Lo pasearé y disfrutaré de él unas horas, pues no sé cuándo volveré a verlo.

—No te voy a rechazar el ofrecimiento, y no será para descansar. Últimamente hacemos el amor en completo silencio, pero, aun así, parece adivinarlo.

—Pues decidido. Esta noche tengo un invitado.

Y sonrió malévola, deseando devolverle a su vecino un poco del insomnio que había sufrido durante la noche. No le importaba dormir poco otra vez, pues al día siguiente usaría los tapones para los oídos y descansaría de maravilla. Con su casa ya terminada de instalar y con Robert lejos. Dylan Cooper era un mal menor, y estaba segura de que pronto se cansaría de incomodarla. Solo era un niño enfurruñado que no había conseguido el juguete que deseaba.

Capítulo 6

Dylan olvidó a su vecina durante todo el día. Había quedado con una chica que conoció a través de una aplicación de citas, y con la que había salido —y mantenido sexo— un par de veces con anterioridad.

No era la mujer de su vida, pero tampoco deseaba una en ella de forma permanente. No descartaba mantener una relación estable en el futuro, pero aún no había llegado el momento, o tal vez la que no había llegado era la mujer con quien deseara tenerla. Mientras, disfrutaba de la libertad, de la variedad de tener una fémina una o varias noches en su cama, hasta que dejaban de desearse. Sabía que después llegaría otra. Su físico hacía que no tuviera problemas a la hora de encontrar compañía ocasional.

Siempre iba con la verdad por delante, les dejaba muy claro que no buscaba nada serio, sino pasar un buen rato, de mutuo acuerdo. La mayoría deseaba lo mismo, otras rechazaban su propuesta y algunas aceptaban con la esperanza de hacerle cambiar de opinión y convertirse en la mujer que cambiaría su vida. Pero ninguna lo había conseguido aún. De todas se había cansado más pronto que tarde.

Helen pertenecía a las primeras. Solo buscaba, igual que él, pasar un buen rato dentro y fuera de la cama. Tenían aficiones comunes, a los dos les gustaban los videojuegos, la buena comida y pasear al aire libre. Y el sexo con ella era excelente. Siempre estaba dispuesta a probar, a experimentar y a participar. También a proponer. El único problema llegaba a la hora de mantener una conversación. Sus temas eran bastante anodinos y poco interesantes, pero cuando estaba con ella lo último que le apetecía era hablar.

Quedaron a media tarde en un centro comercial y, tras dar un largo paseo por el campo, entraron en un pub a cenar. Estar con Helen durante unas horas mitigó la crispación que le producía Freya y el saber que ya habitaba la casa de Charles.

Helen era bonita, de estatura media y cuerpo suave en curvas y tacto. No tenía unos pechos exuberantes que atrajeran la mirada sobre ellos, pero era agradable acariciarlos. Y besarlos. Tampoco tenía unas piernas larguísimas, ni una impresionante melena pelirroja, pero era atractiva a su manera. No con una belleza agresiva, como otras mujeres. Y a su mente acudió la

última imagen que deseaba convocar.

Aunque ambos sabían para qué habían quedado y dónde terminaría la velada, después de la cena, Dylan hizo la pregunta de rigor. Siempre la hacía, nunca daba nada por sentado.

—¿Te apetece que nos vayamos a mi casa?

Helen le sonrió con dulzura.

—Sí, me gustaría.

—Vamos pues.

Se dirigieron caminando desde el centro en un agradable paseo. Cuando llegaron eran apenas las diez de la noche y no pudo evitar lanzar una mirada a la ventana de Freya. Una luz tenue iluminaba el interior, haciéndole saber que estaba en casa. Sonrió pensando que los ruidos que su vecina escucharía aquella noche serían de otra índole, pues tanto Helen como él eran bastante expresivos en sus encuentros sexuales. Nunca había tenido problemas con su tío, pues el anciano tomaba medicación para dormir, pero no dudaba que sus sesiones amorosas traspasaban las paredes de su casa.

—¿Una partida de consola y una copa antes de ir a la cama? —preguntó a su acompañante.

—Sí.

Sabía que ese era el preludio, que lo más probable era que no terminaran ninguna de las dos cosas. Pero no le gustaba entrar en materia nada más llegar, le excitaba juguetear un rato, sentir la expectativa de lo que llegaría. Probar un licor en la boca de su acompañante cuando llegara el momento de besarla. Ir desnudándola poco a poco mientras jugaban.

Se sentaron en el sofá y conectó la consola. También sirvió un par de copas, whisky para él, vodka caramelo para ella, y se pusieron a jugar. Y a juguetear, entre escenas de la partida. Una mano que se deslizaba como al descuido por aquí, un roce de labios por allá…

Tras un rato de provocarse en el juego, de algunos besos y caricias, de prendas de ropa que dejaban de estar sobre los cuerpos, ya muy excitados, se fueron a la cama. Apenas comenzaron a tocarse y a besarse, dando paso a la pasión, lo que parecía el llanto de un niño pequeño les hizo detenerse.

—¿Eso es un bebé? —preguntó Helen interrumpiendo un beso tórrido y apasionado.

—No creo. Debe de ser un gato, porque ningún vecino tiene niños, que yo sepa. No eches cuenta, vamos a lo nuestro —la apremió, ya muy excitado y molesto por la interrupción.

Pero el infante no callaba, parecía que lo estuvieran matando. Los berridos traspasaban las paredes del dormitorio y se clavaban en los oídos. Helen se tensó, Thor comenzó a ladrar a su vez en la puerta de la habitación, causando una auténtica algarabía, que se unió a la del niño.

—¡Joder! —exclamó levantándose para mirar por la ventana por si la criatura estuviera en la calle. No había ni rastro de bebés ni tampoco de padres. La acera estaba desierta en ambas direcciones.

—El llanto parece venir del piso de abajo.

—No creo. Ahí se ha mudado una vecina que no tiene hijos. —De repente recordó el hombre

rubio de la autocaravana. ¿Sería su marido? ¿Tendrían un bebé?—. O eso creo. Olvídalo, sigamos.

Volvió a tenderse sobre la mujer, la besó de nuevo, pero era imposible concentrarse con aquel llanto desgarrado. Y con Thor ladrando ante la puerta del dormitorio, como si lo conminara a actuar de alguna forma.

Se levantó de la cama, abrió la puerta y se acercó al animal, acariciándolo detrás de las orejas para calmarlo, al menos a él. Por el bebé no podía hacer nada.

—Tranquilo, chico, no pasa nada. Es solo un bebé llorando y seguro que está bien atendido. Vuelve a tu cama… y no alborotes también tú.

Pero los ojos del perro lo miraban con reproche. «¡Haz algo!», parecían decirle. Y se dirigía a la puerta del piso para que saliera.

—Thor, no es asunto nuestro —insistió en voz calmada para no poner más nervioso al animal —. Los bebés lloran todo el tiempo y está en casa de la bruja escocesa. —Ya no tenía dudas de que el llanto provenía de allí—. Sabes que no es nuestra amiga y por lo tanto no podemos bajar. Sé buen chico y calla.

El perro le dedicó una mirada acusadora y se alejó mohíno. Se situó detrás de la puerta del piso, en lugar de ir al rincón del salón donde tenía su cama. Allí se tendió en espera de alguna reacción por su parte, mirándolo con reproche. Lo ignoró. No pensaba bajar a preguntar por el llanto del bebé. Lo más probable era que se tratara de una grabación para vengarse por la noche de ladridos. Ningún crío lloraba con tanto ímpetu ni durante tanto tiempo. Freya habría urdido una estratagema para no dejarlo dormir como venganza, aunque no fuera dormir lo que tenía en mente.

Regresó al dormitorio y encontró a Helen sentada en la cama con la espalda apoyada en el cabecero, cubierta con la sábana hasta la cintura. No había ya asomo de excitación en su rostro, ni de deseo. También el suyo se había desinflado, la erección le había bajado y no estaba seguro de poder recuperarla en un buen rato.

—¿Quieres jugar otra partida de consola?

—Va a ser lo mejor, porque no me puedo concentrar en lo que estábamos haciendo, ni tampoco creo que pueda dormir. Tal vez por la mañana el bebé se calle y podamos retomarlo donde lo dejamos.

—Por la mañana tengo que sacar a Thor —advirtió—. Está acostumbrado a salir a primera hora y si lo demoro será él quien no nos deje tranquilos. Espero que podamos volver a donde lo dejamos antes.

Y salió de la cama hirviendo de irritación ante la perspectiva de una noche poco aprovechada.

Después de un rato, y puesto que el llanto seguía y Thor insistía en que bajara a casa de la bruja, desistieron de mantener ningún tipo de sexo aquella noche. Helen pidió un taxi y se marchó, dejándolo frustrado y nervioso. Y muy, muy enfadado.

***

Freya compadeció a sus amigos después de pasar parte de la madrugada paseando a Ian. No quería ni imaginar escuchar eso todas las noches. No sabía cómo callarlo. Le preparó un poco de biberón como Eva le había explicado. El niño lo tomó, se quedó adormilado apenas un cuarto de hora, y cuando pensaba que podría descansar, volvió a despertarse y a llorar. Al amanecer se quedó dormido y lo depositó con extremo cuidado en la cuna de viaje que Jock había colocado en el salón. Ella se tendió en el sofá, a su lado, por si su presencia influía, y se abandonó al sueño de inmediato.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando la despertó el ruido insistente del timbre. El niño despertó sobresaltado y comenzó a llorar de nuevo.

Lo cogió en brazos y salió a abrir, con la esperanza de que fueran sus padres y supieran cómo hacerlo callar. Sin embargo, en el umbral encontró a un irritado Dylan, ataviado con ropa de deporte y llevando de la correa a un jubiloso Thor, que la saludó con un ladrido amistoso. Ella también se sintió irritada porque la hubiera despertado, cuando acababan de dormirse hacía poco.

—¿Qué diablos quieres? —preguntó desabrida. Estaba cansada y lo último que le apetecía era escuchar las sandeces de su vecino.

—¿Tienes un niño? —preguntó este, mirando a Ian con incredulidad.

—Esa es una de las muchas cosas de mi vida que no te importan. Calma, Ian, bonito —susurró besándolo en la cabeza, cubierta por un fino cabello rubio.

—¡Lo que me faltaba! ¡Un niño llorón!

—Tú tienes un perro ladrador —gruñó. Después bajó la vista hacia el animal, que parecía apesadumbrado—. Perdona, Thor, no va por ti. Pero tu dueño se lo merece, es un idiota.

—¡No me habías dicho que tenías un hijo!

—En realidad no es mío, lo he robado en el centro comercial y lo estoy engordando para comérmelo. Es lo que hacemos las brujas, comer bebés. Con patatas están riquísimos.

—Déjate de coñas. Trata de mantenerlo callado por las noches, trabajo duro y necesito dormir. Lo de hoy no se puede repetir.

—Hagamos un trato. Tú mantienes callado a Thor y yo a Ian.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Pues hay varias opciones: drogándolo o poniéndole una mordaza en la boca, la primera que se me ocurra. Soy así de malvada, de hecho, todas las escocesas lo somos. Pero te aseguro que esta noche no te molestará… salvo que tú me molestes a mí — murmuró amenazante.

—Thor se comportará esta noche, ¿verdad, chico? —aseguró.

El aludido dio un breve ladrido y se acercó para frotar el morro contra la pierna de la mujer. Una pierna desnuda y larguísima. Evitó mirarla y alzó la vista hasta el bebé, que había dejado de llorar y recostaba la cabeza contra el hombro de su portadora. Y en el movimiento había deslizado hacia abajo el tirante de la camiseta, dejando a la vista una porción del nacimiento del

pecho. Poca, pero suficiente. Ella no hizo además de cubrirlo. Él trató de apartar la mirada de la carne blanca y tersa. Respiró hondo y tiró de la correa para marcharse, porque lo único que pudo pensar era en la boca de aquel niño comiendo del seno opulento. Y el cuerpo le traicionó.

—Vamos, Thor —dijo tirando de la correa con más fuerza para apartarlo de la mujer—. Es hora de nuestra carrera. —«Vamos antes de que haga el ridículo».

Y ambos echaron a correr en dirección al paseo marítimo. Los dos necesitaban descargar energías, a pesar de la noche en vela.

Freya los contempló desde la puerta de su casa, incrédula. ¿Había tenido una erección? Y lanzando una carcajada entró en la casa, dispuesta a preparar un biberón para dar el desayuno a su pequeño huésped.

Los padres de Ian llegaron poco después. Venían felices y relajados y Freya se sintió contenta de haberles podido proporcionar una noche de intimidad. Pero lo que más satisfacción le daba era haber fastidiado a su vecino, aunque hubiera pasado una madrugada en vela.

No le importaba, quería a aquel bebé como si fuera suyo y sus padres se lo llevarían por la tarde a Edimburgo y no sabía cuándo podría verlo de nuevo. Los iba a echar de menos a los tres.

Capítulo 7

Empezar en un sitio nuevo nunca es fácil, y Freya acusó el cambio. Trabajar desde casa, tampoco, a pesar de que la empresa le ofreció todas las facilidades. También la discreción necesaria para mantener a Robert lejos de su pista. Pero echaba de menos el contacto con sus compañeros, salir a desayunar con Katy cada mañana, y solo ahora, que estaba lejos de Edimburgo, se daba cuenta de que apenas tenía amigos.

Robert la había alejado de sus amistades más superficiales sin que se percatara de ello y solo Jock y Eva quedaban en su vida después de la ruptura, porque se había negado de forma encarecida a sacarlos de ella.

Ahora se percataba de que no tenía con quién salir a dar un paseo o tomar una cerveza, pero tenía que hacerlo. Debía encontrar con quien relacionarse si no quería volverse loca, encerrada en su casa con un inglés capullo en el piso de arriba, que no desaprovechaba ocasión para fastidiarla.

Si Dylan fuera más amable podía sugerirle acompañarlo cuando daba su paseo diario con Thor, al atardecer. El perro le encantaba, pero, aunque no habían tenido ningún roce nuevo desde la visita de sus amigos, prefería no tentar a la suerte de irritar a su impertinente dueño.

Este pasaba la mayor parte del día fuera, salía temprano y casi nunca volvía antes del atardecer, lo que significaba que el animal se quedaba encerrado y solo durante horas. A veces veía a través del cristal de la ventana que la observaba y su ladrido triste parecía pedirle que lo sacara. No le importaría hacerlo si se llevara bien con Dylan, pero no era el caso, y prefería seguir manteniendo las distancias con él.

Empezó ella también a salir después de la jornada a recorrer el paseo marítimo para despejarse un poco. Sola. No le gustaba pasear sola, pero no tenía nadie con quien hacerlo y las muchas horas que pasaba sentada ante el ordenador le pedían un poco de actividad. Tendría que encontrar amigos, o simplemente conocidos, no podía seguir encerrada en casa, sin hablar con nadie, más allá de sus discusiones con su vecino. No le gustaban las aplicaciones para conocer gente, a Robert lo había conocido a través de una y la experiencia había resultado nefasta. Debía buscar otra forma de relacionarse.

Aquella tarde, después de haber diseñado unas modificaciones complicadas en una autocaravana para un cliente muy exigente, se sentía saturada y nerviosa, y decidió salir a despejarse. Hacía una tarde muy bonita, y ataviada con un sencillo pantalón y una camisa, enfiló el paseo marítimo. Caminó durante un buen rato en dirección al centro de la ciudad, llegó hasta el *West Pier*, el muelle en ruinas que se había convertido en símbolo de la ciudad, y dio la vuelta. Cerca ya de su casa vio un pub al aire libre, situado a pie de playa, con sus mesas y bancos de madera, y se sentó a tomar una cerveza. Tampoco le gustaba beber sola, pero hacía calor, sentía sed y pocas ganas de meterse de nuevo en su casa.

El sol estaba bajando y ofrecía una bonita estampa. El paseo estaba lleno de caminantes y corredores, y se dedicó a contemplarlos mientras disfrutaba de su bebida fresca.

Un ladrido familiar la hizo mirar a su alrededor. Al igual que las personas, los perros tenían su tono particular y no tuvo dudas de que se trataba de Thor… y su dueño. Ambos venían trotando por el paseo marítimo.

El animal tiraba de la correa en su dirección y, contra lo que esperaba, Dylan le permitió acercarse lo suficiente para acariciarlo.

—¡Hola, Thor! —saludó pasándole la mano por el lomo.

Su dueño se situó delante de ella, observándola con atención.

—¡Qué a gusto te veo, aquí tomándote una cerveza! —exclamó con un saludo que parecía amistoso.

—Pues ya ves, sí. Muy merecida, porque hoy he trabajado durante todo el día.

—¿Trabajas?

—Por supuesto, no vivo del aire. Y no siempre hay ancianos a los que desplumar; debo ganarme la vida.

Él volvió su mirada un poco más dura.

—¿Has encontrado trabajo en Brighton en pocos días? No me lo creo. Lo tenías todo planeado, confiésalo. Sabías lo de la herencia.

—Trabajo desde casa, por lo tanto, lo mismo da Edimburgo que cualquier otro lugar.

—¿Qué has hecho con el bebé? ¿Lo tienes drogado? Ya no llora —preguntó insidioso, con los ojos verdes entrecerrados y acusadores.

—Hoy no. Como me parecía un poco cruel mantenerlo chutado para no molestarte, lo he enviado lejos, en depósito, para que me lo críen —afirmó dando un largo sorbo a la bebida. Vio que él observaba el vaso con anhelo. Estaba sudoroso, debía tener sed después de la carrera.

—Está con el padre, ¿no? El tipo rubio.

—Él es su padre, sí. Me lo trae solo de vez en cuando, para que no caiga en la tentación de devorarlo cuando llora. ¡No se fía de mí!

—¿Estás casada? —no parecía una pregunta casual ni indiferente.

—¿Lo estás tú? —interrogó a su vez.

—No. Soy libre como el viento. ¿Por qué lo preguntas? ¿Estás interesada?

—Pues me lo estoy planteando. Sería estupendo tener un dúplex con una escalera en el salón.

—¡Serás arpía! —exclamó—. No te tocaría ni con un palo.

Ella comenzó a reír a carcajadas al ver el enfado en los ojos del hombre. Volvió a beber y él tragó saliva, mirando el vaso, ya medio vacío. Thor los observaba a ambos con mirada atenta.

—Te ofrecería una cerveza, veo que te mueres de ganas, pero podrías malinterpretarme y pensar que trato de seducirte con mis encantos para conseguir tu mitad de la casa. ¡Ah, no, que no eres un anciano indefenso…!

—No tienes ningún encanto que me interese.

—¿Seguro? —exclamó irguiendo la espalda y haciendo que el pecho se realzara con el movimiento.

Él ignoró el gesto, ni siquiera dedicó una mirada al busto enfundado en la camisa desabotonada en los primeros botones. Pero observó que apretaba la correa de Thor con fuerza.

—Muy seguro.

—Me alegro, porque estoy hasta las narices de tíos que me miran como si quisieran devorarme… aunque no lo digan.

—Hombres con mal gusto los hay en todas partes.

Volvió a reír. Dejó el vaso sobre la mesa y se dirigió al animal.

—¿Y a ti, te gusto?

El chucho ladró y restregó el morro contra la pierna, enfundada en un pantalón ajustado. Muy ajustado. Que dejaba al descubierto un tobillo fino y un pie precioso apenas cubierto por una sandalia de tacón bajo.

—A él, sí —dijo mirando al hombre con sorna—. Lo siento, Dylan, Thor se te está rebelando y decide por sí mismo…

—Ya le haré entrar en razón. ¡Vamos, chico, es hora de volver a casa! Al anochecer solo las brujas están por la calle.

—Y tomando una cerveza deliciosa y refrescante. Adiós, Thor; siento que no podamos ser amigos.

El perro se apartó obligado por la correa y Freya observó a la pareja que se alejaba a paso rápido.

«No me tocarías ni con un palo», rio para sí misma. «Aunque quisieras, te vas a quedar con las ganas. No se hizo la miel para la boca del asno».

***

Lo primero que hizo Dylan aquella tarde al llegar del trabajo fue mirar por la ventana que daba al patio de Freya. Aquella tarde y todas las demás. Se había convertido en un hábito, solo para averiguar si ella hacía cambios en el recinto. O si estropeaba algo que hubiera pertenecido a Charles.

Días atrás había limpiado y abonado el parterre y sembrado algo en el mismo, que parecía crecer con fuerza y vigor. Arrodillada en la tierra y escasa de ropa, como siempre. ¡Qué ganas tenía de que llegara el invierno y se cubriera de pies a cabeza como una monja! Sus ojos traidores —tan traidores como su perro— no podían apartarse de ella, de sus curvas, cuando estaba en el patio. De esa melena roja, espesa y brillante, que le caía por la espalda tan provocadora como su cuerpo. Nunca le habían gustado las pelirrojas, y tampoco le gustaba su vecina, pero era un hombre, y como tal reaccionaba a un cuerpo espectacular. ¡Ya podía ser bajita y contrahecha, como todas las brujas!

Para su alivio, no estaba en el patio. Lo único que ocupaba el recinto era un tendedero plegable con ropa lavada, para aprovechar el buen tiempo. Pero sintió un sudor frío apoderarse de él al mirar las prendas con detenimiento. Y después calor, mucho calor, pues las dos primeras barras estaban llenas de ropa interior. Braguitas de encaje, de varios colores todas minúsculas y transparentes. Y sujetadores a juego.

—¡Será arpía! —masculló tratando de contener su mente que se afanaba en imaginar los encantos de su vecina cubiertos con aquellos pequeños retazos de encaje —. Lo hace a propósito, estoy seguro —le dijo al perro, asomado a su lado desde el alfeizar interior de su ventana—. Sabe usar sus atractivos, como todas las arpías escocesas. Pues conmigo lo lleva claro —afirmó enfadado por las imágenes que su cabeza se empeñaba en conjurar.

Indignado, se dirigió al cuarto de baño, llenó un barreño y lo arrojó sobre la ropa, ya casi seca, mojándola de nuevo.

—Así aprenderás a tender la ropa dentro —gruñó—. Ahora vamos a dar nuestro paseo.

Thor corrió hacia el perchero donde colgaba su correa, anhelando salir, como si pretendiera huir de algo. Como si temiera la reacción de su vecina cuando descubriera lo sucedido.

Cuando una hora más tarde ambos regresaron —por suerte, no habían vuelto a encontrarse con Freya en el bar del paseo marítimo, después de aquella primera tarde—, Thor ladró al pasar por la puerta de su vecina, y esta apareció en el umbral, como si la hubieran conjurado. Su cara reflejaba furia y, sin hacer caso al animal, que esta vez no se acercó a ella expresando contento, sino que permaneció apartado, se enfrentó a él.

—¡Eres un cabrón malnacido!

—¿Yo? —preguntó fingiendo inocencia.

—¡Sí, tú! ¿Qué le has hecho a mi ropa?

—Nada.

—¿Nada? Estaba casi seca y ahora está mojada.

—Habrá llovido.

—No ha llovido, llevo toda la tarde trabajando junto a la ventana y no ha caído una sola gota. El agua ha venido de tu casa.

—Pues no sé cómo…

—Yo sí lo sé. La has arrojado tú y te voy a denunciar.

—¿Me has visto hacerlo? ¿Tienes pruebas?

—No, porque eres un maldito cobarde que hace las cosas a escondidas. ¿Por qué no le echas cojones y las haces a la cara? Primero logras que Thor haga sus necesidades en mi pasillo, luego lo pones a ladrar toda la noche… y ahora esto. Ten el valor de echarme un cubo de agua encima, en vez de hacerlo con alevosía.

Trató de imaginar la apariencia de su cuerpo mojado, y sacudió la cabeza.

—El patio no es lugar para tender la ropa. Cualquiera puede saltar desde la calle y robarla.

—Da la casualidad de que nadie ha entrado desde la calle, el delincuente está dentro y no fuera. Te lo advierto, Dylan Cooper, si te empeñas en amargarme la vida, yo también puedo joder la tuya.

—¿Cómo?

—Sigue con tus tonterías y lo averiguarás. Por tu bien espero que lo que has arrojado sobre mi ropa sea solo agua y no la hayas estropeado.

Entró en la vivienda cerrando de un portazo, sin siquiera saludar a Thor, que lo miró con recriminación en sus ojillos inteligentes.

—Vamos a casa, chico. La vecina está cabreada.

Mohíno, el animal lo siguió. Una vez en el piso, se dirigió a su rincón y se echó en la cama, sin mirarlo siquiera.

—¿Tomas partido? Eres un ingrato. ¿Quién te cuida y te da de comer? Yo, no la bruja. Ella no te saca a correr, ni te compra galletas o chocolate perruno.

Pero el animal seguía ignorándolo.

—¡Cría cuervos! —exclamó entrando en la ducha y dejando que Thor rumiara su enfado.

***

Freya se sentía enfadada, pero a la vez satisfecha. Poner el tendedero en el patio con su ropa interior había surtido el efecto deseado: desestabilizar a Dylan. Si no lo hubiera conseguido él no habría hecho nada, se habría limitado a ignorar la provocación.

Lo de que no la tocaría ni con un palo le había escocido. No deseaba que lo hiciera, pero era bien evidente que le atraía, que se la comía con los ojos. Sabía también que se moriría antes de hacerlo, de siquiera admitirlo. La animadversión que sentía hacia ella le impediría dar un paso adelante, lo que le agradecía, porque lo último que deseaba era enredarse con alguien, cuando ni siquiera había terminado de solucionar los problemas de su última relación. Pero debía admitir que Dylan Cooper tenía un polvazo.

No solo era guapo, tenía además ese aire sexi que atraía a las mujeres como un imán. Y la seguridad en sí mismo que mostraba era indicios de que ninguna se le había quejado en la cama. Sería un gustazo acostarse con él… si no fuera su vecino, y además, tan capullo.

La abstinencia sexual le debía estar pasando factura para pensar esas cosas, pero desde que lo

dejara con Robert no había estado con nadie, y era una mujer ardiente. Estaba claro que debía salir y conocer a alguien con quien, al menos, satisfacer sus necesidades sexuales. Porque pensar en montárselo con el inglesito, aunque fuera de modo hipotético, suponía estar muy desesperada. Y ella sí que se moriría antes de permitir que él adivinara que lo veía atractivo. Se liaría con cualquiera antes que con él.

Estaba decidido, el fin de semana saldría al pub que había cerca, The Stoneham, y trataría de conocer a alguien. No importaba el sexo, la idea era encontrar un círculo de amistades con las que salir, porque se sentía muy sola. Y eso implicaba pensar en Dylan Cooper como no debía. Una vez empezara a tener vida social, la sexual llegaría sola.

Capítulo 8

El viernes Freya se arregló con esmero. Después de la jornada saldría a cenar al Stoneham, donde esperaba conocer a alguien con quien charlar un rato. Solo pedía un poco de conversación amistosa para paliar su soledad.

Después del incidente con el tendedero, no había vuelto a tener ningún enfrentamiento con Dylan. Tampoco había dejado la ropa en el patio más que en los periodos de tiempo en que él no estaba en casa y se cuidaba mucho de recogerla antes de que llegara. Siempre sabía cuándo regresaba, porque Thor lo recibía con alegres ladridos de felicidad, y poco después los veía salir desde su ventana, para dar el acostumbrado paseo vespertino.

Aquel día no fue una excepción. Animal y dueño se alejaban trotando calle abajo en dirección a la playa. Una estampa digna de contemplar. Desde detrás del visillo, sin temor a ser vista, observó los cuerpos ágiles de ambos, corriendo libres de preocupaciones. En aquellos momentos el semblante de Dylan se relajaba y perdía la rigidez que lo caracterizaba cuando hablaba con ella. Cuando paseaba con su perro parecía casi amable.

No tenía dudas de que entre ambos existía una relación especial, que los dos se tenían un profundo afecto.

Cuando los perdió de vista se retiró de la ventana y terminó de acicalarse. Se aplicó un maquillaje suave, lo suficiente para realzar la piel y los ojos, pero, sobre todo, los labios. Tenía una boca suave y bonita, aunque poco llamativa; sin embargo, un poco de carmín hizo de su boca la parte más atractiva de su rostro, después de los ojos. Estos tenían la particularidad de cambiar de color según su estado de ánimo: de un verde muy claro cuando estaba de buen humor, se volvían azules si se enfadaba.

Se dejó suelta la llamativa melena pelirroja y se puso un vestido corto del mismo tono de su mirada. Se miró al espejo y se encontró preciosa. Muy diferente de la mujer que pasaba el día en casa en pantalón corto y camiseta.

Tras una última ojeada al espejo, cogió el bolso y salió, dispuesta a pasar un buen rato.

Al dar la vuelta a la esquina se encontró con Dylan y Thor, que regresaban, mucho antes de lo acostumbrado. Los ojos del hombre la recorrieron de arriba abajo sin disimulo y sin contención.

Su amigo peludo le ladró y movió la cola en señal de reconocimiento y felicidad.

Se agachó para acariciarlo, sin darse cuenta de que desde la altura ofrecía a su vecino una espectacular vista del nacimiento de sus pechos. Solo se percató cuando notó que la respiración masculina se agitaba y al alzar la mirada observó donde se dirigían sus ojos, como atraídos por un imán.

Se levantó y se ajustó el vestido, privándolo del espectáculo, sin hacer ningún comentario. No lo había hecho a apropósito en esta ocasión. Estaba cansada del tira y afloja que tenían y, si él no volvía a molestarla, pretendía mantener una convivencia pacífica.

—¡Hola, Thor! Y vecino —saludó clavando la mirada en el hombre. Parecía cansado—. Volvéis temprano.

—Tengo cosas que hacer —aclaró él—. Veo que tú ya has terminado tu trabajo por hoy.

—Pues sí. Ahora toca divertirse un poco.

—¿Tienes una cita? ¿Qué piensa tu marido?

—No tengo marido.

—¿Y el padre del niño? ¿Una aventura pasajera, y por eso lo tiene él?

—Ian no es mi hijo. Solo me lo prestaron durante una noche… —bromeó.

—¿Para fastidiarme a mí? —preguntó convencido de que era así.

—No seas suspicaz, Dylan. Tengo cosas mejores que hacer que fastidiarte de forma gratuita. Otra cosa es responder a las provocaciones. Si lo haces, responderé, tenlo por seguro.

—Con malas artes.

—Tú tienes malas artes, no yo. Ahora déjame pasar, llego tarde y me gusta la puntualidad. —No había quedado con nadie, pero él no tenía por qué saberlo. No lo haría partícipe de su patética vida social.

Sin hacer ningún comentario más, él se apartó. Pasó a su lado y se alejó caminando sobre los tacones, con la certeza de que la miraba mientras lo hacía.

Llegó al pub y se sorprendió al comprobar que tenía un pequeño jardín interior, con varias mesas. Se acomodó en una de ellas y pidió una cerveza y el tradicional *Fish and chips* para cenar.

No llevaba mucho tiempo sola cuando dos hombres se le acercaron y se colocaron a ambos lados de la mesa.

—¡Hola, guapa! ¿Estás sola?

—De momento —afirmó. Había ido para conocer gente, pero le molestó que la abordaran de aquella forma tan directa y descarada.

—¿Eso quiere decir que esperas a alguien o que buscas compañía?

No le gustaban las miradas que le dedicaba uno de ellos. El otro solo parecía seguirle.

—Espero a alguien.

—¿Seguro? ¿Y has empezado a comer antes de que llegue? Un poco raro, ¿no?

—Tengo hambre.

—¿Podemos sentarnos mientras llega?

—Me temo que no. Prefiero esperar sola.

—Solo queremos hacerte compañía, no es nada malo.

—No lo es, pero ya os he dicho que no deseo compañía.

Empezó a ponerse nerviosa. La insistencia, el que ignorasen sus razones, le sonaba mucho; demasiado. Tal vez se estuviera equivocando y dijeran la verdad, pero su instinto le decía lo contrario. Y su instinto estaba muy entrenado después de Robert.

De repente dos chicas se acercaron a su mesa.

—Ya estamos aquí. Disculpa el retraso, perdí el autobús —dijo una de ellas con desenvoltura.

Los dos hombres se volvieron a mirarlas. Freya se sintió aliviada.

—No importa. Sentaos —invitó agradecida.

—¿Podemos sentarnos con vosotras? —preguntó uno de los insistentes individuos—. Nos da igual que seáis tres.

—No, gracias. Marchaos, estáis molestando —advirtió una de las chicas con tono desabrido.

Los dos hombres se retiraron por fin y salieron del pub.

—Gracias —susurró.

—Perdona la intromisión, espero que no te haya incomodado —dijo una de las mujeres—. Somos clientas habituales y el camarero nos conoce. Le pareció que te estaban molestando, pero su jefe no se tomaría bien que echara a unos clientes, por eso nos ha dicho lo que estaba pasando y nos ha pedido que nos acercáramos. Ahora, te dejamos que termines de cenar tranquila.

—No me molestáis en absoluto; por favor, sentaos y dejad que os invite a algo.

—¿No quieres estar sola? Es lo que le habías dicho a esos tipos.

—En realidad, no. Me apetece un poco de compañía, pero no la de ellos.

—En ese caso, compartiremos tu mesa con gusto. Yo soy Susan y ella Mandy. Pero no nos tienes que invitar a nada.

—Yo me llamo Freya, y quiero hacerlo. Estaba un poco preocupada porque no sabía cómo librarme de ellos. Una cerveza al menos…

—De acuerdo.

Se acomodaron en la mesa y pidieron dos cervezas y unas patatas con salsa para picar y empezaron a hablar. Primero de los hombres y sus comportamientos, y después de muchas otras cosas.

Freya sintió afinidad con ambas amigas y disfrutó mucho de la charla. Ellas compartían casa bastante cerca de la suya y, sin que le dijeran nada en concreto, intuyó que eran pareja. Ella tampoco les habló del motivo de su traslado a Brighton. Si sus caminos volvían a cruzarse, habría tiempo de profundizar en la vida de las otras.

Le informaron sobre actividades y lugares de ocio, y cuando se despidieron un par de horas después, se habían intercambiado los teléfonos y prometieron llamarse para volver a quedar el viernes siguiente.

Después regresó a su casa feliz y exultante, sintiendo que había dado un paso más para integrarse en Brighton.

***

Freya despertó de un profundo sueño con los insistentes ladridos de Thor. Ladridos lastimeros. Miró por la ventana y comprobó que estaba amaneciendo, demasiado temprano para levantarse y comenzar a trabajar.

—¡Calla, Thor! —exclamó en voz alta, con la esperanza de que el perro la oyera y la obedeciera.

Y maldijo a Dylan por no hacer callar al animal, porque era evidente que algo le sucedía. No era su ladrido habitual. Y hacía semanas que su dueño no trataba de molestarla, no creía que lo estuviera haciendo a propósito para ello.

Los ladridos continuaron y se sintió más enfadada a cada minuto que transcurría. Tentada estuvo de subir a preguntar el motivo del lamento del animal, pero dudaba que fuera bien recibida. Decidió no crear un nuevo conflicto, de modo que se colocó los tapones que había dejado de usar hacía bastante y trató de dormir otro poco.

Le resultó imposible, Thor cada vez sonaba más lastimero, de modo que se levantó y se preparó el desayuno, dispuesta a comenzar su jornada antes de lo previsto.

Comenzaba a tomarlo cuando escuchó que Dylan salía de su casa. Dispuesta a indagar que sucedía abrió su puerta. Thor, ya callado tiraba de la correa con insistencia en dirección a la playa, seguido por su dueño que parecía incapaz de seguir los pasos del inquieto animal.

—¿Qué le pasa? —enfrentó a un Dylan macilento, con los ojos vidriosos y el cuerpo convulso —. ¿Y qué te pasa a ti?

—Estoy enfermo. No lo saqué anoche y tenía la esperanza de que hiciera sus necesidades en casa, pero no ha sido así. El pobre está sufriendo, de modo que me he levantado de la cama.

—¿Qué tienes tú? Pareces al borde de la muerte.

—Un poco de fiebre a consecuencia de un virus. Hay varios casos en el supermercado donde trabajo.

Sin pedir permiso alargó la mano y la posó sobre la frente del hombre. Estaba ardiendo y se estremeció al contacto frío de la suya.

—¿Un poco? Vuelve a la cama, yo llevaré a Thor a hacer sus cosas.

Sintió la mirada dubitativa sobre ella.

—¡Ach![1]—exclamó sin poder evitar la expresión escocesa, aunque trataba de no usarlas en presencia de su xenófobo vecino—. Como niños, no perros. ¿Crees que le haría daño a Thor? Dame la correa antes de que te caigas redondo en medio de la calle. No tendría fuerza para levantarte si sucediera.

—No me caeré.

—No estoy tan segura. Vuelve a casa, en un rato te lo devolveré aliviado y tranquilo.

—Gracias —musitó.

—No hay de qué. Lo hago por él, no te confundas. Y por mí, por supuesto; no podría trabajar con sus lamentos.

Cogió la correa de la mano del hombre, que ardía también, y enfiló la calle en dirección a la playa. Sintió la puerta de Dylan cerrarse a su espalda.

Regresó veinte minutos después con el perro gozoso trotando ante ella. Llamó a la puerta y poco después Dylan acudió a abrir.

—Te lo devuelvo sano y salvo —bromeó—. No le falta ninguna pata, ni las orejas ni el hocico, puedes comprobarlo.

Él asintió. Se lo notaba incómodo.

—Gracias de nuevo.

Ella ignoró el esfuerzo que le costaba mostrarse agradecido.

—¿Cuándo debe salir otra vez?

—Normalmente a última hora de la tarde, aunque si estoy en casa, lo saco también a mediodía. Es un animal muy inquieto y necesita ejercicio, pero por mi trabajo no siempre puedo llegar a casa antes.

—Vendré a mediodía.

—No es necesario que te molestes, puede esperar hasta la noche y confío en encontrarme ya mejor.

—A mí también me viene bien levantarme del ordenador un rato. Thor será la excusa perfecta.

Él asintió, mirándola por primera vez con algo parecido a la amabilidad. No se hizo ilusiones, debía ser por efecto del virus.

—¿Has tomado algo para la fiebre? Estás ardiendo.

—Hace un rato, pero no me baja mucho.

—Date una ducha, ayudará.

Él trató de bromear. Por primera vez también.

—¿Es un remedio escocés para la calentura?

—En efecto. En las tierras altas, como somos tan brutos —afirmó con sarcasmo—, cuando estamos febriles nos arrojamos a los torrentes de agua helada y, una de dos, o nos baja la temperatura o nos morimos.

Dylan esbozó una sonrisa. Sin duda la enfermedad lo estaba afectando.

—Vendré luego por Thor.

—Vale.

Entró en su casa y se dispuso a trabajar, pero no podía dejar de pensar en la sonrisa de su vecino. Una sonrisa preciosa. Y se preguntó cómo sería con las personas a las que no detestaba. No confiaba en que aquello durase, pero por un momento le había gustado vislumbrar al hombre que había bajo el capullo desagradable.

***

Dylan se acostó en cuanto cerró la puerta. No le gustaba que Freya se inmiscuyera en su vida ni que se mostrara amable; necesitaba seguir enfadado con ella, porque había empezado los trámites para impugnar el testamento, a pesar de que todos le habían reiterado que tenía pocas posibilidades de conseguirlo. Era tozudo y lo intentaría.

Sin embargo, debía pensar en Thor y aceptar la ayuda de su vecina por el bien del animal. Se sentía realmente enfermo, e incapaz de llegar con él hasta el paseo marítimo. Pocas veces había estado peor en su vida, le estallaba la cabeza y estaba mareado y tembloroso.

Se dejó caer en el revuelto lecho y dormitó en medio de pesadillas hasta que escuchó el timbre de la puerta. Miró el reloj y comprobó que ya era mediodía.

—Es Freya, chico —dijo al perro—. Viene por ti.

Mientras bajaba la escalera fue consciente de que la había llamado por su nombre. No le gustaba. No le gustaba nada ese cambio.

Ella estaba en la puerta con un recipiente térmico en la mano.

—Te he traído un poco de sopa; te sentará bien.

«No; olvida las amabilidades. No somos amigos», pensó mirándola abatido.

—No seas susceptible, no te voy a envenenar ni a hacerte ingerir un rebaje escocés para someterte a mi voluntad —aclaró desenroscando el tapón, y dejó caer un poco de líquido en el mismo y bebió unos sorbos—. ¿Ves? Yo lo pruebo primero.

La miró con aire desvalido, no lo podía evitar. Se sentía vulnerable por la fiebre, por la debilidad que aquel maldito virus dejaba en su cuerpo. Y por la amabilidad de su vecina.

—No hace falta que me des las gracias —comentó ella—, ya sé cuánto te cuesta. Lo hago por Thor, no quiero que se quede huérfano. Yo tendría que hacerme cargo de él y no deseo un perro a tiempo completo. Solo mimarlo de vez en cuando.

—Como al bebé.

—Exacto. Vamos, Thor, demos un paseo y dejemos que papi se tome la sopita… o la tire si no se fía de mí.

Se alejó con el perro caminando alegre a su lado. Regresó a su casa y volcó parte del contenido del termo en un cuenco, reservando el resto para otra ocasión. Olía delicioso y llevaba sin probar bocado dos días.

¡Maldita escocesa, además tenía que cocinar bien!

Capítulo 9

Dylan estuvo tres días enfermo. Según él, debatiéndose entre la vida y la muerte. En realidad, con mucha fiebre y dolores musculares. Tres días en los que, a su pesar, Freya ejerció de enfermera, cocinera y, sobre todo, cuidadora de Thor. No quería, salvo por la ayuda que le proporcionaba con su mascota sacándolo tres veces al día; deseaba mantenerla lo más lejos posible de su vida. Pero era una mujer testaruda, como todos los escoceses, y se empeñaba en llevarle comida, en tocarle la frente cada vez que le abría la puerta para que recogiera al perro, en insistir en que se tomara medicación para bajar la temperatura. Incluso lo amenazó con llamar a un médico si no mejoraba.

No quería médicos, tampoco una enfermera, solo deseaba que lo dejaran en paz con su fiebre, en su cama.

Si no fuera por el perro, aquel traidor que ladraba con demasiada alegría cuando escuchaba el timbre de la puerta y corría por el pasillo para recibirla gozoso, la ignoraría. Pero se encontraba demasiado débil y enfermo para sacarlo. También para luchar contra aquella mujer tozuda que le llevaba sopas, caldos y purés para que se alimentara. Y no cesaba hasta asegurarse de que lo había tomado. Adivinaba cuándo le mentía, y lo amenazaba con entrar y darle de comer ella misma como si fuera un bebé. Por lo tanto, comía cualquier cosa antes que permitir que ella entrara en su casa, que se adueñara de su cocina, de su espacio, como ya se estaba adueñando del cariño de su perro, un afecto que antes había sido solo para él.

Aquella noche se encontraba algo mejor, Parecía que la fiebre había cedido un poco y estaba cansado de estar en la cama. Además, esta necesitaba con urgencia cambiar las sábanas, y él, una ducha. Eran las dos de la madrugada, pero no le importó. Se levantó y se metió en el baño, dispuesto a sentirse de nuevo una persona y no una piltrafa humana.

Abrió el grifo y dejó caer los chorros de agua caliente sobre su cuerpo con placer, no con la tortura que habían supuesto las duchas apenas templadas para bajar la fiebre de los días anteriores.

De repente escuchó el timbre de la puerta sonar con insistencia. Y a Thor ladrar enloquecido corriendo por el pasillo hacia la entrada. No tenía ni idea de quién podría ser a aquellas horas.

Ignoró la llamada, pero esta se prolongó con tanta perseverancia y apremio que temió que fundiera el timbre. Enfadado, se enrolló una toalla a la húmeda cintura y salió a abrir. Freya estaba al otro lado del umbral, con tal expresión de alarma que parecía que se estuviera acabando el mundo.

—¿Qué demonios quieres a estas horas? —preguntó irritado.

Ella miró boquiabierta el torso expuesto, haciéndolo sentir desnudo e incómodo. Algo que nunca le había sucedido delante de una mujer. Bajó la mano para asegurarse de que la toalla no se había deslizado, y la sostuvo con firmeza en su sitio.

—Temía que te sucediera algo. He escuchado pasos y el sonido de la ducha, y no son horas propicias para el aseo personal. Pensaba que te había subido la temperatura de nuevo y debías bajarla como fuera.

—Tengo algo de fiebre, pero menos que estos días pasados. Solo necesitaba una ducha y cambiar las sábanas. ¡Y no me agrada saber que desde tu casa se escuchan todos mis movimientos! —exclamó tratando de sonar enfadado, pero el virus parecía haberse llevado su belicosidad. O tal vez fuera la mirada que ella estaba dedicando a su cuerpo, apenas cubierto.

—Durante el día, no; pero es de noche y los sonidos se multiplican en el silencio de la madrugada. Vuelve a la ducha, antes de que empeores. Mientras, yo te cambiaré las sábanas —respondió decidida y entrando en su casa por primera vez—. ¿Cuál es tu dormitorio? ¿Dónde guardas las sábanas limpias?

Se quedó tan sorprendido que no acertó a decirle que no hacía falta, que podía hacerlo él mismo. Tampoco que no la había invitado a pasar. Que no quería que entrara.

Thor pareció entender las palabras de la mujer porque corrió a su dormitorio y se situó ante la cómoda donde guardaba la ropa de cama.

Resignado, cerró la puerta y, tras abrir un cajón, sacó un juego de sábanas y un pijama con el que cubrirse y entró de nuevo en la ducha. No se sentía tan fuerte como para discutir con su vecina a las dos y media de la madrugada. Estaba febril y agotado y, sobre todo, deseoso de volver a acostarse en una cama fresca y limpia. Ya retomaría la guerra cuando estuviera recuperado del todo.

Se demoró un buen rato bajo el agua, se enjabonó a conciencia, como si así pudiera eliminar los restos del virus de su cuerpo. Y mientras lo hacía no podía dejar de recordar la mirada de Freya sobre su torso desnudo. Era una mirada que había visto en otras mujeres cuando se desnudaba para ellas, antes de meterse en la cama.

Se sintió a la vez excitado y molesto, porque podía lidiar con la atracción física que sentía hacia la maldita escocesa si estaban enfrentados, pero no si lo miraba así. Su libido, inexistente durante unos días, se estaba disparando y bajó la temperatura del agua para calmarla. Porque no se lo podía permitir con ella en su casa, de madrugada y vestida con la escueta ropa que llevaba. ¿Por qué siempre se vestía de forma tan liviana? ¿Acaso porque estaba acostumbrada a climas más fríos o era solo para molestarle a él?

Salió al salón cubierto con un pijama de pantalón largo y camiseta de manga corta, que luego se quitaría para meterse en la cama. Pero no deseaba sorprender de nuevo una mirada de mujer en los ojos de su vecina.

Freya había terminado de hacer la cama, que se ofrecía invitadora al pasar ante la puerta abierta del dormitorio, y trajinaba en la cocina. En su cocina.

—¿Qué haces?

—Me he tomado la libertad de prepararte un poco de leche caliente. Te ayudará a dormir. La fiebre deja el organismo agotado y necesitas descansar para recuperarte.

Quiso decir que se estaba extralimitando, que no le había dado permiso para trastear en sus fogones, ni en sus muebles. Tampoco para que estuviera lavando lo que había en el fregadero, que lo consideraba una intromisión, pero de su boca solo salió un débil:

—Gracias.

—No hay de qué. Tómate la leche. ¿No tienes galletas o algo para acompañarla? Te estás quedando muy delgado con la fiebre. Es hora de que empieces a comer algo más consistente que sopas y caldos.

—No tengo galletas.

—Espera y te subo unas cuantas de casa.

—No hace falta, no tengo hambre —rechazó la oferta, pero fue inútil porque Freya ya se dirigía a la puerta.

Se dejó caer en el sofá con gesto cansado y enfrentó la mirada del perro que parecía decirle «¿ves cómo es buena persona?».

—No estoy para reproches ahora, Thor. Esto no va a cambiar nada, sigo adelante con la impugnación del testamento. Si Freya quiere jugar a las enfermeras, que lo haga. Yo no se lo he pedido; es más, me molesta que esté aquí, hurgando en mis cosas como si esta fuera su casa. Ni siquiera la de abajo debería serlo.

Escuchó los pasos de la chica subiendo de nuevo la escalera y calló la conversación que mantenía con el perro. No deseaba que lo escuchara.

Freya depositó una caja de galletas de mantequilla sobre la mesa y unos sobres de té.

—¿Te importa si me preparo un té para mí? Despertarme de madrugada siempre me da hambre.

—¿Llevas un rato hurgando en mi cocina y ahora me pides permiso para prepararte un té, que tu misma has traído?

—Lo de antes era para ti, que estás enfermo y necesitas cuidados, pero igual no quieres que me tome la libertad de hacerlo para mí. Ni de compartir una bebida y un momento distendido conmigo.

Trató de no sonreír, de seguir siendo el vecino cascarrabias de siempre.

—Puedes prepararte tu té, y podemos compartir una bebida caliente, cada uno la suya, por supuesto; pero eso no impedirá que siga adelante con la impugnación del testamento —advirtió

haciéndose el duro.

—No es mi intención convencerte de lo contrario, solo trato de demostrar un poco de caridad cristiana con un vecino moribundo —adujo entrando de nuevo en la cocina y conectando el hervidor de agua.

—No estoy moribundo. Al menos ya no.

—Pero lo parecías; claro, que es bien sabido que los hombres sois muy quejicas y vuestras enfermedades son terribles.

Él dio un sorbo a la leche caliente mientras ella se sentaba en el sofá y vertía el agua hirviendo sobre una taza con dos bolsitas de té. Lo tomó solo, sin leche ni azúcar.

—Cuando hablas de los hombres, ¿te refieres a todo el género masculino, incluidos los escoceses? Tenía entendido que ellos son unos machotes fuertes e indestructibles —comentó en tono jocoso y en absoluto beligerante.

—Por supuesto que no me refiero a nuestros hombres. Los escoceses son el sumun de la fortaleza y la virilidad… salvo cuando tienen fiebre. En esos casos se comportan como un inglesito cualquiera —rio. Y enseñó unos dientes blancos y perfectos.

Cogió una galleta del paquete y la comió con deleite. Él la imitó, aunque no tenía hambre. Si un mes antes le hubieran dicho que estaría compartiendo un refrigerio de madrugada con su vecina, no se lo hubiera creído ¡Maldito virus que lo había debilitado y forzado a aceptar una ayuda que no deseaba! Menos mal que ya se encontraba mejor y todo volvería a ser como antes.

—¿Por qué haces todo esto, Freya? No creo merecerlo.

Ella le dedicó una mirada divertida.

—Por el perro, ya te lo dije. No debe ser agradable para el pobre estar encerrado con un dueño doliente y enfurruñado. Él me gusta, a pesar de tus intentos par enemistarnos nos hemos cogido cariño ¿verdad, Thor? —preguntó mirando al animal.

—¿Si no hubiera tenido perro me habrías abandonado a mi suerte?

—Si no hubieras tenido perro lo más probable es que ni siquiera me hubiese enterado de que estabas enfermo.

—Eso es cierto. Pero… ¿y si a pesar de todo lo hubieses sabido?

—No sé cómo habría reaccionado. Las cosas son como son y no me planteo situaciones que no han existido. Soy una mujer práctica y poco dada a las especulaciones.

La miró con detenimiento mientras bebía su té a pequeños sorbos. No la conocía demasiado, pero algo le decía que se habría comportado igual, que habría acudido a llevarle comida y a preocuparse por su salud.

—¿Qué quieres a cambio de tus cuidados, y de las galletas y las sopas?

—Nada.

—No quiero estar en deuda contigo.

—No voy a pedirte que dejes estar lo del testamento, si es lo que piensas. Ya se encargará la ley de decidir. Tampoco tienes que ser un vecino amable, me basta con que dejes de

complicarme la vida y que no apartes a Thor cuando se acerque a mí, si nos vemos por la calle. Pero que conste que no he hecho esto para conseguir nada de ti.

—De acuerdo. Puedes volver a tender tu ropa en el patio y Thor tiene mi permiso para ser tu amigo. Aunque algo me dice que no lo necesita, que le importa un bledo lo que yo piense al respecto.

Miró al perro, que lo ignoró por completo. El animal permanecía tumbado a los pies de ambos, tranquilo y relajado.

—Bien, estamos en paz, entonces.

—Ya me encuentro mejor. No es necesario que sigas preocupándote por mí.

—Vendré por Thor mañana a la hora de siempre. Aún no estás en condiciones de seguirle el ritmo a nuestro activo amiguito.

Iba a decir de nuevo que no hacía falta, pero había tal decisión en los ojos de su vecina que optó por callar. Solo un par de días más de descanso y se libraría de su presencia. Y de la sensación cálida que tenía en aquel momento, casi seguro fruto de la leche caliente.

—Necesito acostarme y descansar —insinuó deseando terminar cuanto antes con aquella charla intempestiva que estaba minando su enfado.

—Claro —respondió ella apurando el té—. Disculpa, por un momento he olvidado que estás enfermo.

A continuación, se dirigió a la cocina y lavó ambas tazas. Después se acercó a él y le tocó la frente para comprobar la temperatura. La mano le provocó un escalofrío, a pesar de no estar demasiado helada.

—Estoy bien. Solo necesito descansar.

—Muy bien. ¿Quieres que me lleve a Thor para sacarlo por la mañana y así no te despierto? El sueño te vendrá bien.

—No, gracias. Thor no duerme fuera de casa.

—Como prefieras. Hasta dentro de un rato.

—Olvidas las galletas.

—Son para ti, tengo más en casa, de todas las clases; soy muy golosa y las galletas son mi dulce favorito.

La acompañó hasta la puerta y después volvió a la cama. Había escogido uno de sus juegos de sábanas favoritos, suave y agradable, y se deslizó entre ellas con placer. No se desnudó para dormir, como solía. En pocas horas ella volvería a llamar a su puerta y no correría el riesgo de que lo viera con poca ropa otra vez.

Cerró los ojos y se quedó dormido de inmediato, pero la fiebre, aunque moderada, volvió a jugarle una mala pasada en forma de pesadilla. Una bruja subida en su escoba le lanzaba miradas incitantes, invitándolo a subir con ella en su singular vehículo.

***

Freya llegó a su casa y se acostó, pero se sentía incapaz de dormir. Cuando había sentido los pasos de Dylan dirigirse al cuarto de baño, y a continuación la ducha, supuso que la fiebre había vuelto a subirle de forma desmesurada. Lo último que imaginaba era que le apetecía asearse a las dos de la madrugada. Y que le abriría la puerta envuelto solo en una toalla, dejando a la vista gran parte de su cuerpo. Un torso mojado y cubierto por una leve capa de vello rubio, salpicado de gotitas de agua que pedían a gritos una mano que las secara.

Por un momento se sintió cohibida, pero lo último que deseaba era que él se percatase de ello, de modo que decidió echarle valor y entrar en su casa, como una eficiente enfermera y no como una mujer afectada por la visión de un poco de piel.

Estaba segura de que él había advertido su mirada, pero enfocaría su interés en los kilos que había perdido con la enfermedad. Y lo apabullaría con su presencia y con su ayuda.

Estaba más delgado y macilento, pero eso no le restaba un ápice de atractivo, porque había perdido la belicosidad que lo caracterizaba. Percibía en su interior una lucha e intuía que ella era el motivo. Que deseaba seguir siendo su enemigo, pero que su comportamiento había minado sus defensas. No lo había hecho para eso, sino porque estaba enfermo y, como le había asegurado, por el perro. Ese animal encantador que le había ofrecido su afecto y su amistad desde el principio, en contra de los deseos de su dueño. «¡Thor no duerme fuera de casa!», le había dicho como un padre celoso y protector. Había hecho esfuerzos para no reírse, pero su vecino no se lo ha habría tomado bien.

Cerró los ojos e intentó dormir, pero un torso mojado se coló en su duermevela contra su voluntad, provocándole un sueño perturbador.

Capítulo 10

Dylan se recuperó y todo volvió a la rutina. Se reincorporó al trabajo y se esforzó en volver a mantener distancia con su vecina; no la quería en su vida, con tenerla en el piso de abajo era suficiente.

No obstante, se sentía en deuda con ella por haberse ocupado de Thor y, sobre todo, haberlo cuidado a él, a quien apreciaba mucho menos que al animal. Debía encontrar la forma de pagarle sus atenciones, aunque sin implicarse demasiado.

Encontró la manera perfecta aquella tarde en uno de los supermercados, que ofrecía una promoción de galletas surtidas de gran calidad. Era una mercancía que llegaba pocas veces, pero cuando la ponían a la venta se agotaba de inmediato. En cuanto vio la bonita caja recordó el comentario de su vecina de que le gustaban las galletas y apartó una, que abonó con su dinero, a pesar de que podía tomarla gratis. Las deudas había que pagarlas bien.

De camino a casa se detuvo a comprar alguna golosina para perros, con la intención de agasajar también a su amigo y que no se pusiera celoso.

Cuando llegó, el animal le saludó más alegre que de costumbre, saltando a su alrededor. Había olfateado el obsequio y reclamaba su parte. Abrió el paquete que correspondía al chucho y le dio una galleta.

—El resto no es para ti —comentó apartando la otra caja—. Es para la bruja.

Por primera vez se sintió mal por nombrarla de aquella forma, y no solo porque su mascota parecía recriminarle con la mirada.

—Para Freya, la vecina —rectificó—. Para agradecerle los cuidados que nos ha dispensado estos días.

El perro corrió hasta la puerta, induciéndolo a llevarle los dulces. No se detuvo ante la correa para que lo sacara a dar su paseo habitual, parecía decirle que obsequiar a la mujer era más importante.

También él consideraba que era imperioso entregarle el regalo cuanto antes, para así expresarle de una vez la gratitud que le debía y cerrar aquel episodio de su vida.

Con la caja en la mano, sin siquiera molestarse en envolverla en papel de regalo, bajó seguido

por Thor y llamó a la puerta de su vecina.

Esta abrió al instante, vestida con sus eternos pantalones cortos y camiseta de tirantes sin nada debajo. Trató de mirarla solo a la cara, pero no pudo evitar una fugaz ojeada al resto de su cuerpo.

—Te he traído un obsequio —explicó, estirando el brazo y ofreciéndole la caja—. Como agradecimiento por tus cuidados tanto a Thor como a mí durante mi enfermedad —aclaró, ante el gesto de sorpresa de ella.

—No era necesario, Dylan. Pero no rechazaré unas deliciosas galletas —dijo aceptando el regalo—. Iba a preparar un té. Pasa y te invito a probarlas.

—No te molestes, es la hora de sacar a Thor de paseo.

Pero el intrigante animal ya corría pasillo adentro en dirección al salón, que conocía bien.

—¡Thor! ¡Ven! Vamos a la playa… —lo llamó esperanzado, pero a la vez seguro de que no le obedecería.

El chucho se recostó en el suelo, donde solía tumbarse cuando vivía Charles. Y lo obligó a entrar a buscarlo.

No tenía intención de quedarse, solo pretendía sacarlo de allí cuanto antes, pero el tozudo perro se negó en redondo a abandonar la casa.

—Creo que él sí quiere un poco de té —rio Freya observándolo con diversión—. Siéntate, no me como a nadie. Si has degustado mis sopas sin morir envenenado, bien puedes hacer lo mismo con un té, salvo que prefieras café, que no tengo.

Se rindió con un profundo suspiro. Le resultaría muy violento coger al animal en brazos para sacarlo de allí a la fuerza.

—De acuerdo; acepto un té solo y sin azúcar, como lo tomas tú. Pero no podemos demorarnos mucho, ya sabes que es la hora del paseo.

—Ya veo que tenemos dos cosas en común, a pesar de pertenecer a países diferentes.

—¿Dos cosas en común? ¿Cuáles?

—La forma de tomar el té, y Thor. Los dos queremos a ese travieso animal, que tiene voluntad propia. Siéntate, será solo un momento.

Mientras ella entraba en la cocina y preparaba la infusión, contempló los cambios que había realizado en el salón que un día perteneció a su tío. Había hecho un buen trabajo, la estancia parecía más luminosa y colorida. El sofá era el mismo, pero cubierto con una alegre manta en tonos rojizos y lleno de cojines de diferentes colores, que combinaban a la perfección entre sí.

Dirigió la mirada a la cocina y contempló a Freya de espaldas, que colocaba bolsitas de té en dos tazas y abría la caja de galletas para depositar parte del contenido en un plato. ¡Cada vez estaba más atractiva la puñetera!, pensó. El cuerpo blanco se había bronceado con las visitas a la playa y, contra lo predecible, no se había llenado de pecas, sino que presentaba un delicioso tono dorado. Las piernas largas, desnudas casi en su totalidad, eran más bonitas que nunca. La cintura marcada destacaba la redondez del trasero y las caderas. Y su mente, tan traidora como su perro,

se preguntó qué se sentiría al tenerla en la cama, bajo su cuerpo.

Se removió inquieto en el sofá, tratando de evitar la erección que sabía iba a producirse de seguir con esos pensamientos. Logró controlarla pensando en su tío, en qué sentiría al ver su casa tan cambiada.

Freya regresó con una bandeja, que depositó en una pequeña mesa baja ante el sofá. No había otra en la estancia, comería en aquella incómoda posición, inclinada, pues era una mujer alta. Casi tanto como él. ¡Grande como todas las escocesas!, pensó para no caer en la tentación de mirar sus pechos cuando se inclinaba.

—¿No tienes mesa? —preguntó, más por decir algo que porque de verdad le interesara. Cualquier cosa menos deleitarse en su cuerpo, en sus formas casi perfectas cuando se sentó a su lado. Sobre todo, debía evitar que ella se percatase de su admiración.

—Solo esta. No necesito más puesto que vivo sola. Y tampoco sé cómo de permanente será mi estancia aquí, no quiero gastar demasiado dinero en poner la casa a mi gusto.

—¿No piensas quedarte mucho tiempo? —preguntó intrigado por sus palabras.

—Hay un testamento impugnado que tal vez haga que tenga que marcharme cuando la sentencia se resuelva.

—Ah, lo dices por eso —comentó algo avergonzado.

Freya no lo decía en tono enfadado, sino aceptando un hecho.

—Sí. Porque lo has impugnado, ¿verdad?

Desvió la mirada. Y la incipiente erección terminó de desaparecer por completo.

—Sí —admitió.

—Pues el tribunal decidirá y yo acataré la decisión. Espero que tú hagas lo mismo, en caso de que falle a mi favor.

—No tendré más remedio, supongo.

—Mientras tanto, ignoremos que hay un juicio pendiente y tratemos de llevarnos de forma, si no amistosa, al menos educada. Me tomo esta deliciosa caja de galletas como una ofrenda de paz temporal.

—En realidad es un agradecimiento.

—De acuerdo; lo que tú quieras.

El té estaba fuerte y amargo, como le gustaba. Y muy caliente, tanto que le hacía sudar. Las galletas eran demasiado dulces para su gusto, pero comió un par de ellas y después se apresuró a despedirse con la excusa del paseo de Thor. No quería prolongar demasiado la visita, porque se encontraba a la vez inquieto por la perturbadora presencia de su vecina y también cómodo en su compañía. Una paradoja que no comprendía.

Freya no insistió en que se quedara más tiempo, acarició al perro detrás de las orejas, le dijo que lo echaba de menos y los acompañó a la puerta. Con el andar cadenciosos de sus pies descalzos. Con un leve movimiento de caderas que lo obligó a poner en jaque toda su fuerza de voluntad para no mirarla.

—Gracias por las galletas —susurró con su voz aterciopelada cuando se marchaba.

Él se limitó a mover la cabeza y añadir:

—No se merecen.

***

Freya sabía, y más después de regalarle las galletas, que Dylan no volvería a causarle ninguna incomodidad en la convivencia, que podría tender la ropa en el patio, y relajarse respecto a nuevas trastadas por su parte. También era bastante consciente de que trataba por todos los medios de mantener las distancias que se habían acortado durante su enfermedad.

Había rehusado su ofrecimiento de sacar a Thor a mediodía, como había hecho los días anteriores, dejando claro que las costumbres adquiridas durante su indisposición habían sido temporales y cada uno volvía a sus hábitos anteriores. Nada de tés compartidos ni charlas vecinales. Solo algún saludo educado si se encontraban en la calle y nada más.

También ella dejó de provocarle mostrándose ante su vista con poca ropa de forma intencionada. No cambiaría por él sus hábitos de vida, pero tampoco actuaría adrede para incitarlo. Estaba dispuesta a comportarse si él también lo hacía. No tendrían una convivencia de buenos vecinos, pero al menos mantendrían una neutralidad civilizada y recíproca. Tampoco deseaba tener más intimidad con su vecino, un vecino que empezaba a considerar un hombre atractivo y menos capullo de lo que en un principio le había parecido. No era buena idea intimar con un hombre que deseaba echarla de su casa y que tal vez lo consiguiera.

Había comenzado a salir con Susan y Mandy los fines de semana y también alguna tarde, después de terminar la jornada laboral. Pasar el día en la playa y recorrer los alrededores, visitar casas antiguas, o tomar un delicioso té con *scones*, su dulce favorito, se había convertido en algo habitual en las tres mujeres.

A veces se les unía algún hombre, pero al ser las chicas pareja, algo muy evidente en su comportamiento cuando estaban juntas, pocos eran los que se aventuraban a acercarse. Freya no echaba de menos la compañía masculina, le bastaba con tener alguien con quien compartir ratos de ocio.

Llamaba a Jock y Eva con frecuencia, y ellos le comentaron la desagradable noticia de que Robert los había visitado con la intención de averiguar su paradero. Su ex parecía creer que aún residía en Edimburgo y solo había cambiado de domicilio, lo que la tranquilizó, aunque le indignaba que él hubiera molestado a sus amigos. Le preocupaba que no se diera por vencido en su búsqueda. Sus planes eran regresar a Escocia cuando Robert dejara de ser una amenaza y utilizar la casa de Brighton durante el verano, para disfrutar de la playa y del tiempo más cálido que el del norte. Pero todo dependía de la resolución del testamento. Tal vez debiera devolver el piso a su vecino y, si debía regresar, no quería que su ex aún estuviera buscándola.

Aquella noche era muy consciente de la presencia de Dylan en el piso de arriba. Lo había visto

llegar acompañado de una mujer rubia y bajita cuando ella regresaba del supermercado, habían intercambiado un simple hola y cada cual había entrado en su vivienda.

Estuvo pendiente de si la visitante se marchaba, pero no lo hizo. Intuía que se quedaría a pasar la noche y se sintió un poco molesta, a pesar de que suponía que un hombre como Dylan Cooper debía tener una vida sexual activa. Exudaba testosterona por todos los poros de su cuerpo, pero no lo imaginaba con aquella mujer pequeña y bastante corriente. No después de las miradas que le dirigía a ella y a sus pechos. A sus piernas y a todo su cuerpo.

Pronto se hizo evidente que la mujer anodina debía ser una bomba sexual, porque pasada la medianoche comenzaron a llegarle sonidos inequívocos procedentes del piso de arriba.

Nunca había sido una mojigata a la que molestara que los vecinos fueran expresivos en sus relaciones, más bien le divertía, pero le estaba incordiando mucho aquella efusividad en Dylan y compañía. Ella gritaba como una loca, no sabía qué le estaría haciendo, pero la enojaba aquel despliegue de pasión poco contenida.

Metió la cabeza bajo la almohada tratando de atenuar los sonidos, los gemidos y los «más, más, más» que la rubia gritaba sin contención.

—¡Joder, que llevo sin sexo varios meses! —masculló—. Thor, haz algo, amigo —retó al perro a que pusiera fin a aquella demostración de placer.

Pero el animal debía estar habituado porque no emitió ni un ladrido de protesta y se sintió traicionada.

Al fin la actividad pareció cesar con un gemido largo y prolongado de Dylan y todo quedó en silencio.

—Te has quedado a gusto, ¿eh? —gruñó esperando poder dormirse de una vez.

Pero apenas había comenzado a coger el sueño cuando la actividad comenzó de nuevo. Otra vez gemidos, peticiones y un ensordecedor golpeteo de lo que parecía ser el cabecero de la cama contra la pared. Parecía que iban a derrumbar la habitación a base de polvos.

—Menudos salvajes —exclamó enfadada.

Y poco dispuesta a pasar la noche en vela por culpa del sexo descontrolado de su vecino, se levantó, cogió la escoba y comenzó a dar golpes en el techo con toda su fuerza.

Los sonidos cesaron y sonrió satisfecha. Le encantaba haber interrumpido la frenética actividad del piso de arriba, aunque eso supusiera un paso atrás en su relación vecinal. Sabía que Dylan se vengaría de aquello, pero no le importaba. No era capaz de seguir escuchando el despliegue de pasión que disfrutaba el inglesito. No entendía que para realizar el acto sexual fuera necesario dar voces, ni mostrar tanto frenesí. Aquella mosquita muerta debía estar exagerando, su vecino no era ningún dios del sexo. Ningún hombre era capaz de despertar una reacción tan expresiva.

Le costó mucho dormirse, a pesar de que los sonidos se habían mitigado bastante.

Despertó a la mañana siguiente y seguía bastante molesta, y dispuesta a manifestar su enfado de alguna forma. Salió al patio a tomar el sol, algo que no hacía desde el principio de mudarse,

cuando sus encontronazos con Dylan estaban en su punto más álgido, ataviada con un escueto biquini que dejaba poco a la imaginación. Unos leves triángulos de tela cubrían escasamente su cuerpo. Estaba segura de que su vecino se asomaría al patio. Y la vería.

Ya se desesperaba cuando escuchó abrirse la puerta de al lado y la mujer salió, despidiéndose de su anfitrión con un simple:

—¡Llámame!

—Lo haré —afirmó Dylan.

A continuación, escuchó cerrarse la puerta y poco después él se asomó a la ventana del patio y la contempló sin disimulo, sin tratar de evitar que ella se diera cuenta, como había hecho con anterioridad. Por primera vez la recorrió con los ojos verdes de arriba abajo, esbozando una sonrisa socarrona.

—¿Qué haces, escocesa?

—Creo que es evidente: tomar el sol.

—Pues deberías tomarlo sin estorbos, se te van a quedar marcas.

—¡Qué más quisieras! —gruñó malhumorada. No había conseguido enojarlo como pretendía; sin embargo, ella no podía librarse de aquel sentimiento de irritación que le había provocado la actividad nocturna del hombre.

—¿Estás enfadada por algo?

—Si te refieres a mis golpes de escoba de anoche, es lo que hacen las brujas cuando no las dejan dormir. Dar escobazos.

—Siento si te molestamos; Helen es bastante efusiva. No pensé que nos escucharas.

—Ya te dije que de madrugada se oye todo.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez.

—¿Habrá una próxima vez? —preguntó más irritada aún.

—Probablemente.

—¿Es tu novia?

—Una buena amiga.

—Muy escandalosa tu amiga.

—Le cuesta contenerse cuando disfruta. ¿Acaso a ti no te pasa?

—Soy bastante comedida en mis relaciones sexuales.

—Pues no lo pareces. Tienes pinta de ser puro fuego, como ese pelo que llamea con el sol. Tal vez es que tu amigo rubio no te lo hace demasiado bien.

—¿Mi amigo rubio? —preguntó sorprendida—. Ah, te refieres a Jock. —Estuvo a punto de decir que no eran amantes, pero calló. No quería que Dylan supiera de su escasa vida sexual desde hacía meses—. Es un amante magnífico, pero no me agrada que se entere todo el barrio cuando lo hacemos. Me gusta controlar mis expresiones.

—Cuando un hombre te vuelva loca en la cama no te podrás controlar. Me está dando la impresión de que los escoceses no son tan machotes como dicen. Tal vez necesites probar con un

inglés, que tenemos fama de flemáticos, pero damos la talla.

—¿Me estás haciendo algún tipo de proposición? —preguntó incrédula.

—¿A ti? Ya te dije que no te tocaría ni con un palo y sigo pensando lo mismo. Otra cosa es mirar… Si te das la vuelta me gustaría contemplar el reverso.

—¡Vete al diablo, Dylan Cooper! Y jamás me tocarías no con un palo, ni siquiera con una pértiga de cinco metros. No se hizo la miel para la boca del asno y esto… —señaló su curvilíneo cuerpo con las manos— no es para ti.

Y tras alcanzar una camiseta se cubrió hasta medio muslo.

Él se apartó de la ventana riendo a carcajadas y dejándola irritada y molesta, más consigo misma que con sus palabras. No entendía qué le había pasado. Por qué le molestaba tanto la aventura nocturna de su vecino.

Dylan cerró la ventana y sorprendió a Thor observándolo.

—Está enfadada —le comentó al animal en tono bajo, por si la escocesa lo escuchaba—. Y sí, está buenísima, pero he dicho lo que siento: no la tocaría ni con un palo.

Un pensamiento insidioso se coló en su subconsciente. «Con las manos y con la boca, ya sería otra cosa».

Molesto por la admisión, y consciente de que Thor lo sabía, sacudió la cabeza y se dirigió hacia el perchero donde colgaba la correa del animal.

—¡Vamos, chico! Es hora de nuestro paseo matutino.

Capítulo 11

Freya regresó de pasar una tarde en la playa con sus amigas. Habían nadado y disfrutado de la agradable temperatura reinante. Estaba anocheciendo y deseaba tomar una ducha y sentarse a ver un rato la televisión, embadurnarse de crema hidratante para evitar los efectos del sol y descansar. Esperaba que Dylan no trajera de nuevo alguna amiguita escandalosa y la dejara dormir.

Después de la rubia no había vuelto a repetirse ningún episodio ruidoso, no sabía si porque no había llevado a ninguna mujer a su casa o porque era más cuidadoso. No obstante, cada fin de semana ponía especial atención a los movimientos de su vecino, y no lo hacía por curiosidad morbosa, sino con un poco de temor.

Cuando se acercó a su casa miró hacia el piso de arriba y vio las ventanas abiertas, signo de que Dylan estaba en la suya aún. Le apetecería tener una mejor relación con él, invitarlo a cenar o a tomar un simple té con galletas, o una copa. Echaba de menos a Thor, con el que apenas tenía trato después de la enfermedad de su dueño. Se sentía un poco sola aquella noche. Susan y Mandy habían hecho planes de pareja y no tenía nadie más con quien quedar. Ni siquiera podía recurrir a una videollamada con Jock y Eva, pues estos estaban en Aberdeen, visitando al padre de su amiga.

Mientras rebuscaba en la bolsa de playa para localizar la llave, volvió a mirar hacia el piso de arriba. Si se atreviera… Pero Dylan había marcado distancia después de su enfermedad y temía estropear la precaria paz que se había establecido entre ambos. Aunque debía reconocer que con quien le apetecía pasar un rato era con sus vecinos, el hombre y el animal.

Sumida en estos pensamientos no vio la figura que se acercaba por su derecha y le asía el brazo, clavándole los dedos con fuerza.

—¡De modo que es aquí donde te escondes!

Giró la cabeza, incrédula, para ver a Robert a su lado. Demasiado cerca. Demasiado enfadado. Los ojos echaban chispas y la violencia de su agarre le dio un indicio de su irritación.

—¿Qué haces aquí? —preguntó decidida a no dejarse amedrentar.

—Buscar a mi chica, por supuesto. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

—No soy tu chica, creí que ya te había quedado claro.

—Volverás a serlo. Tienes que volver conmigo —exigió con tono amenazador—. Éramos felices juntos hasta que ese imbécil de tu amigo te metió ideas tontas en la cabeza.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó ignorando la alusión a Jock. Este no había tenido nada que ver con su decisión de romper la relación, pero Robert siempre había pensado que sí.

—No ha sido fácil, la verdad, pero tengo un amigo detective que ha rastreado tu pista hasta aquí. Abre la puerta y hablemos con calma de esto. No es un tema para tratarlo en medio de la calle. Deja que te demuestre lo que siento por ti. Que te recuerde lo que sentimos uno por el otro —sugirió en un tono más suave, tratando de mostrarse amistoso para convencerla.

Alargó la otra mano para acariciarle la cara. Freya la esquivó, lo que lo irritó más.

—¡Déjame en paz!

Robert la sujetó con fuerza, rodeándole la cintura con el brazo libre, sin soltarle el antebrazo, que seguía aferrando con fuerza.

—Me haces daño.

—No es mi intención, solo quiero que hablemos. No voy a tener en cuenta lo mucho que he sufrido hasta encontrarte; te perdono porque te quiero.

—No tenemos nada que hablar, y mucho menos que perdonarme. Lo nuestro se acabó, y jamás voy a volver contigo ¡Vete! ¡Sal de mi vida de una vez!

De pronto se abrió la puerta de al lado y Thor se acercó ladrando enfurecido, seguido de un no menos furioso Dylan.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

Robert se volvió irritado hacia el recién llegado.

—¿Tú quién eres?

—Soy su vecino ¿Y tú?

—Su pareja, y aquí estás de más.

—¿Freya? —inquirió esperando una confirmación de su parte.

Ella negó con la cabeza.

—Fuimos pareja en el pasado, pero lo dejamos hace ya meses. Se niega a aceptarlo —confesó tratando de librarse del brazo que le aferraba la cintura como una garra. Robert era fuerte, practicaba artes marciales y no podía apartarlo de ella. El simple olor de su cuerpo le producía nauseas. No comprendía que un día pudiera estar enamorada de él.

—Vamos a volver a estar juntos. Y tú aquí estás de más —gruñó a Dylan—. Esto es un asunto nuestro, y lo vamos a solucionar dentro, en privado ¡Lárgate!

—Eres tú quién va a marcharse. ¡Suéltala!

Dylan dio un paso amenazante y Thor se acercó aún más.

—Aparta al chucho si no quieres que lo patee.

—Thor, muerde… —lo animó su dueño.

Y cuando el animal se abalanzó sobre el intruso, Dylan aprovechó la distracción que le

provocó para agarrar a Robert por los brazos y apartarlo de Freya, que logró liberarse y se alejó un poco, poniéndose fuera del alcance de su ex. Este, enfurecido, se volvió hacia Dylan y trató de agarrarlo por la camiseta y lanzarle un golpe al cuello con el canto de la mano, que este esquivó. No obstante, no pudo evitar que su agresor lo lanzara contra la pared con un fuerte empujón, desestabilizándolo. Freya aprovechó para sacar el teléfono móvil del bolso y llamar a la policía.

—¿Qué haces, zorra? ¿A quién llamas? —preguntó Robert apartando la vista por un momento de Dylan, y tratando de dar una patada al perro, que no le había mordido, pero embestía contra sus piernas impidiéndole moverse con libertad.

—A la policía, por supuesto. Algo que debería haber hecho hace ya tiempo.

La centralita respondió y Freya dio los datos y la dirección. Al oírlo Robert se apartó de Dylan y la miró con los ojos cargados de furia.

—¡Te arrepentirás de esto! ¡Los dos lo haréis! —exclamó echando a correr calle abajo, hasta desaparecer.

Dylan jadeaba aferrándose el hombro donde se había golpeado contra el muro.

—¿Estás bien? —se acercó solícita a su defensor.

—Sí… ¿Y tú?

Asintió.

—La policía no tardará en llegar. Gracias.

—No hay de qué.

Se agachó para acariciar a Thor, que reclamaba su dosis de atención.

—Gracias a ti también.

El animal restregó el morro contra su mano. Estaba muy nerviosa. Había logrado mantener la calma suficiente para telefonear, pero ahora que la adrenalina había abandonado su cuerpo, se sentía exhausta y angustiada.

—Vamos dentro a esperar a la policía —sugirió—. Necesito una tila. Las piernas me tiemblan, y si no me siento me van a fallar.

Dylan la siguió en silencio.

—Siéntate, yo te la preparo. —Se ofreció—. ¿Dónde tienes las infusiones?

—En ese mueble.

—No te importa si yo también me tomo una, ¿verdad? No tengo costumbre de pelearme con exparejas y estoy un poco alterado.

—Sírvete a gusto.

Freya se miró el brazo, donde los dedos de Robert habían dejado marcas, unas marcas que se acentuarían en las siguientes horas.

—Maldito desgraciado —susurró—. Hasta aquí hemos llegado. Haré caer sobre ti todo el peso de la ley.

Poco después Dylan depositó sobre la mesita dos tazas de infusión bien cargada y se sentó a su

lado.

—¿Como está tu hombro? Te has golpeado con fuerza.

—Duele un poco, pero no es nada serio.

—Puede estar roto.

—No podría moverlo si fuera así. Me he roto huesos con anterioridad y puedo afirmar que solo es un golpe.

—Déjame verlo. Quiero asegurarme.

Sin rechistar, se sacó la camiseta por encima de la cabeza y se giró para mostrar la articulación. A pesar de que empezaba a amoratarse, movió el brazo arriba y abajo y lo giró sin dificultad.

—¿Ves? Los ingleses no somos tan debiluchos como dicen por ahí arriba.

No lo era. Estaba delgado, pero había recuperado el peso perdido y mostraba un torso firme… y muy atractivo. Y unos bíceps nada envidiables.

—¿Son habituales escenas como esta?

—No acepta que lo dejara.

—E imagino que tuviste tus razones para hacerlo.

—Sí.

Desde la ventana vieron el coche de la policía detenerse ante la puerta y salieron a recibirles. Explicaron lo sucedido, que Robert se había presentado de forma violenta y les había agredido a ambos.

Tomaron los datos pertinentes y animaron a Freya a presentar una denuncia por acoso y agresión y solicitar una orden de alejamiento. Tomaron una fotografía del brazo de la chica y otra del hombro de Dylan y le recomendaron que tuviera cuidado durante unos días por si el agresor regresaba.

Después se marcharon, dejándola algo intranquila. Aún respiraba con dificultad.

Su vecino cogió el móvil y se apartó un poco para realizar una llamada. No pudo evitar oír la conversación.

—No puedo quedar esta noche, me ha surgido una complicación y debo quedarme en casa. No, no vengas, debo resolver un asunto urgente —agregó después de escuchar la respuesta que le llegó a través del terminal. A continuación, cortó la llamada y se dirigió a Freya—. Voy a dormir aquí esta noche, no pienso dejarte sola. Intuyo que ese cabrón puede volver.

—¿Has anulado una cita por mí?

Él se encogió de hombros.

—No era importante. Una amiga con la que puedo quedar en cualquier otro momento. No te preocupes, estás segura conmigo; dormiré en el sofá. Si es el que tenía mi tío, es bastante cómodo y no sería la primera vez que me acoge. Lo utilicé varias veces al final de su enfermedad.

—Gracias. La verdad es que estoy bastante nerviosa todavía. Y me siento segura contigo,

tengo muy claro que no me tocarías ni con un palo.

—¿Te molesta eso? No es personal, pero las escocesas no sois mi tipo. Y las pelirrojas tampoco.

—Claro que no. Ya sé que te gustan rubias y pequeñitas.

—Lo dices por Helen. También tengo amigas morenas, e incluso alguna con el pelo castaño.

—Helen es la única que he visto.

—Dirás la única a la que has escuchado. Otras son más comedidas.

—¿Tienes muchas amigas? —preguntó, deseando averiguar más de su vida amorosa. Quería saber mucho más de él.

—Unas cuantas, pero no tantas como crees.

—¿Alguna especial?

—No hasta el momento. Pero supongo que algún día llegará. No tengo prisa, pero tampoco saldré corriendo. Y puesto que ya me has hecho todo un interrogatorio, creo que me debes la historia de ese tipo.

—¿Qué quieres saber?

Dylan entrecerró los ojos y la miró con atención. Sin asomo de deseo sexual, solo con el sincero interés de un amigo. Pero no cometería el error de considerarlo su amigo, porque su vecino era impredecible y lo más probable era que al día siguiente volviera a marcar distancias. En aquel momento, rodeado del aura del héroe defensor, lo encontraba más atractivo que nunca. Y la presencia de otras mujeres en su vida le empezaba a molestar, y no porque hicieran ruido.

—Todo lo que desees contarme. Si voy a defenderte de él, necesito saber qué había entre vosotros.

—Muy bien. Prepararé algo de cena y te lo cuento.

—No hace falta que prepares nada, aún estás muy alterada. Unas pizzas bastarán, no soy melindroso con las comidas. ¿Has probado las que hacen en la pizzería de la calle de al lado?

—Sí, son deliciosas. De acuerdo, unas pizzas hoy, pero te debo una cena de *gourmet* para agradecerte lo que has hecho por mí.

—No le diré no a una cena que salga de tu cocina. Lo que me preparabas durante mi enfermedad estaba sabrosísimo, y no lo pude disfrutar porque no tenía apetito. Hasta mi casa suben los aromas de tus comidas, muy tentadores; no solo te llegan a ti mis ruidos nocturnos.

Sonrió. Ella también. Y se preguntó cuánto tiempo duraría aquella actitud amistosa. ¡Ojalá fuera mucho!

Pidieron dos pizzas a domicilio y se sentaron en el sofá a comerlas, acompañadas de unas cervezas que Dylan bajó de su casa, junto con la comida de Thor.

—Bien, llegó el momento de las confidencias —murmuró Freya, sabiendo que él esperaba que le hablara de Robert—. Fuimos pareja durante algo más de un año. Al principio todo iba bien, pero pronto empezaron a aparecer signos de control. Me miraba el móvil sin permiso, comenzó a rechazar mi forma de vestir, tenía celos de mis amigos. Odiaba a Jock y Eva, los padres del bebé

que pasó aquí una noche. Él y yo somos amigos desde hace años y pretendía que dejara de verlos.

—De modo que el escocés no es un buen amante, en realidad.

—Lo es —afirmó—. Pero hace mucho tiempo que decidimos ser solo buenos amigos. Ahora él está enamoradísimo de su mujer.

—¿Y tu ex sabe que tuvisteis una historia?

—Nunca se lo dije porque Jock no fue importante en mi vida como hombre, ni yo en la suya. Nos acostamos unas cuantas veces, pero no llegó a nada. Sin embargo, es el mejor amigo que nadie pueda tener.

—Me lo estás contando a mí. ¿Por qué?

—¡Porque me has preguntado!

—Lo admito, soy un cotilla —rio con ganas—. Volvamos a tu ex.

—La relación se fue deteriorando. Soy muy independiente y no soportaba que nadie me controlara, ni me dijera qué podía hacer o a quién podía ver. Nunca fue violento hasta que decidí terminar con él. Al principio pareció solo apesadumbrado, pero comenzó a presentarse en mi casa para convencerme de que volviéramos a estar juntos. Parecía que habíamos tenido una relación idílica, no recordaba las continuas discusiones, lo mal que lo habíamos pasado los últimos meses. Me negué en redondo a volver y cuando comprendió que no me convencería, empezó a alterarse, a ponerse violento. Me abordaba en plena calle con gritos, con amenazas veladas. Incluso en una ocasión me agarró con fuerza del brazo haciéndome varios moretones. Como hoy.

Miró el antebrazo donde estaban marcados con nitidez los cinco dedos de Robert. Dylan alargó la mano y acarició los incipientes cardenales con suavidad. Un estremecimiento la recorrió, pero supo controlar su reacción.

—Lo siento. Debí acudir antes. Estaba en la ducha cuando los ladridos de Thor me avisaron de que ocurría algo fuera de lo normal. Los animales, al igual que las personas, emplean diferentes registros a la hora de comunicarse y supe que mi perro trataba de avisarme de algo. Él corrió hacia la puerta, lo seguí y vi lo que pasaba. Lamento no haber llegado a tiempo de evitar que te hiciera daño.

—No es nada. También te ha hecho daño a ti y me siento culpable por haberte implicado. —Hizo un alto en la explicación. Él seguía acariciando su brazo de forma distraída y no deseaba que dejara de hacerlo—. Sé que piensas que no tengo derecho a esta casa, pero la herencia de Charles fue providencial y supuso para mí la oportunidad de escapar de Robert. Hice gestiones en mi empresa para trabajar desde casa y me trasladé a Brighton. Pensaba que no me buscaría, que al no encontrarme en los lugares habituales que suelo frecuentar en Edimburgo ni en la casa que ocupaba allí, que Jock se ocupó de cerrar, se le pasaría la fijación que tenía conmigo. Pero no sé cómo, me ha encontrado. El resto, ya lo sabes.

—¿Por qué no me dijiste que necesitabas la casa para alejarte de un acosador?

—No suelo ir contando mi vida privada a desconocidos. Además, ¿me habrías creído?

—No. Al principio, no.

—¿Y ahora?

Lo miró a los ojos interrogante. Dylan mantuvo la mirada.

—Ahora sí, y no solo por lo que he presenciado. He llegado a la conclusión de que no eres tan bruja como creía.

—¿Y desde cuando has llegado a esa conclusión?

—Desde que tuviste la oportunidad de envenenarme con tu sopas y no lo hiciste.

—Al menos tu enfermedad sirvió para algo.

—Prefiero probar tus guisos estando sano.

—Cuenta con ello.

Al fin él apartó la mano de su brazo, dejándole una sensación de vacío.

—¿Tienes alguna crema para ponerte en esos moretones?

—Sí.

Se levantó y se dirigió al cuarto de baño para regresar con un tubo de crema. Él la cogió y, tras echar un poco en su mano, frotó con suavidad el antebrazo magullado. No notó un alivio inmediato, pero sí la caricia de los dedos masculinos sobre su piel.

—También tú deberías tratar tu hombro.

Dylan no hizo ningún comentario. Se limitó a despojarse de la camiseta de nuevo y volverse de espaldas.

—¿Me ayudas? No veo dónde debo aplicarla.

—Por supuesto.

Con suavidad, extendió un poco de pomada con la yema de los dedos. La piel de Dylan estaba caliente y se estremeció cuando lo tocó. Pero no le pareció que fuera de dolor. No obstante, preguntó:

—¿Te he hecho daño?

—No. La crema está fría.

—Eres un inglesito muy delicado —bromeó. Y extendió más capa de pomada, incluso en zonas que no la necesitaba. Pero tenía una piel tan suave que no se pudo resistir.

Él se dejó hacer, y cuando retiró la mano volvió a cubrirse con la camiseta.

—Soy sensible… sobre todo cuando…

—¿Qué?

—Nada.

No insistió, porque tenía la impresión de que la frase que continuaba estaba relacionada con ella. Y mejor dejar las cosas como estaban. Aquella tarde estaba siendo todo muy raro, estada descubriendo un Dylan diferente y muy peligroso para ella. Porque lo último que deseaba era colgarse de un hombre que aborrecía a las escocesas y a las pelirrojas, y ella era ambas cosas. Por muy amable que estuviera siendo con ella esa noche. Por mucho que le gustara su actitud,

estaba segura de que sería circunstancial.

Capítulo 12

Dylan se tendió en el sofá, que Freya había cubierto con una sábana, dispuesto a dormir. Pero sabía que no iba a conseguirlo.

Después de cenar y de las confidencias que habían intercambiado, ella se excusó diciendo que necesitaba una ducha e hidratar el cuerpo, tras haber tomado el sol toda la tarde; justo esa era su intención cuando llegó a la casa, pero lo sucedido con Robert lo había impedido. Y se metió en el cuarto de baño contiguo.

La idea de extender crema por ese precioso cuerpo, así como la visión —imaginaria— del agua cayendo sobre él, lo excitaron como pocas veces lo había estado en su vida.

Se tendió boca abajo en el sofá para ocultar la potentísima erección en caso de que Freya volviera a pasar por el salón después de su ducha; pero esperaba que no lo hiciera. Con ella era mejor mantener las distancias, era su vecina, no una amiga follable, y no quería enredarse con ella en el terreno sexual. Vivía demasiado cerca. Pretendía echarla de su casa y eso la convertía en algo parecido a una enemiga. Aunque cada vez le parecía menos enemiga, y después de saber que la casa que había heredado se había convertido en un refugio para ella, no estaba seguro de querer seguir adelante con la impugnación del testamento.

«Maldita escocesa», pensó mientras enterraba la cara en el almohadón que ella le había dado para hacerlo sentir más cómodo. Pero el aroma dulzón de una colonia femenina se deslizó en sus fosas nasales, el olor de ella. De la bruja. De la arpía. De la preciosa mujer que un rato antes había extendido crema antiinflamatoria sobre su hombro dolorido con una suavidad casi erótica. O al menos eso le había parecido a él.

Giró la cabeza y contempló a Thor, que lo observaba con atención. Tan despierto como él, como si intuyera que ambos estaban allí como guardianes de su vecina.

—Va a ser una larga noche, chico —afirmó.

Freya continuaba en el cuarto de baño, y escuchaba el sonido del agua caer. Y no podía quitarse de la cabeza la imagen de ese cuerpo que ella le había mostrado con bastante generosidad en otras ocasiones, aunque nunca completo. Pero él tenía mucha imaginación, podía recrear en su mente lo que ocultaban los triángulos del biquini que había usado para tomar el sol.

«Maldita sea, piensa en otra cosa». Porque la idea de colarse en el cuarto de baño y compartir la ducha, y lo que viniera después, estaba descartada. Y no solo porque sería una pésima idea enredarse con una vecina, sino porque ella acababa de pasar por un trago difícil y él no era tan canalla como para aprovecharse de su vulnerabilidad para llevársela a la cama. Aparte de que lo rechazaría, estaba seguro. Aunque aquella noche pudiera sentirse agradecida, lo aborrecía tanto como él a ella. Una cosa era invitarlo a pizza como agradecimiento, y otra muy diferente, acostarse juntos.

«¿Realmente la aborreces?», se preguntó. En aquel momento no, pero la noche pasaría y el día volvería a ponerlo todo en su sitio. Freya volvería a ser la bruja escocesa, y él seguiría tratando de echarla de su casa, de la casa que le correspondía a él por derecho. Pero gruñó contra la almohada sabiendo que no lo haría, que el lunes a primera hora llamaría a su abogado para pedirle que detuviera el proceso de impugnación del testamento. No la echaría, ni la obligaría a regresar a Edimburgo para que cayera en las garras de su ex. Pero no se lo diría, dejaría que creyera que todo seguía adelante. Que él era el capullo que un día le llenó el corredor de excrementos de perro, un xenófobo que no soportaba a los escoceses, aunque con ella estaba dispuesto a hacer una excepción.

Escuchó abrirse la puerta del cuarto de baño y se apretó más contra el sofá. La presión lo dejó dolorido y más excitado aún, pero Freya no podía adivinar su estado. ¡No era un crío, sino un hombre hecho y derecho, y no conseguía controlar una erección! Se sentía patético.

—¿Dylan?

La voz suave le hizo cerrar los ojos. Rogó para que estuviera vestida, que no saliera de la ducha solo envuelta en una toalla, porque no lo resistiría.

Alzó la cabeza un poco y la miró.

—¿Sí? —preguntó comprobando con alivio que vestía uno de sus habituales pantalones cortos y camiseta de tirantes. Llevaba la melena recogida en lo alto de la cabeza dejando ver un cuello esbelto y erótico que pedía a gritos una boca que lo acariciara.

—Me voy a la cama, estoy agotada. Han sido demasiadas emociones esta noche. ¿Necesitas algo? ¿Estás cómodo?

Cómodo era justo lo que no estaba.

—Sí, muy cómodo. Gracias —afirmó sin separar el torso del sofá. Con las caderas hundidas en el cojín—. No te preocupes por mí. Descansa.

—Si de madrugada necesitas algo, siéntete en tu casa y no dudes en tomarlo.

—¿Lo dices en serio? —preguntó esperanzado. ¿Le estaba ofreciendo lo que su cuerpo tanto deseaba?

—Claro. Tanto el frigorífico como la despensa están a tu disposición.

—Vale. Gracias.

La vio alejarse por el corredor en dirección a su habitación. El pantalón ceñido, las piernas doradas. La nuca tentadora. Y ahogando un gemido se llevó las manos a la entrepierna para tratar

de contener lo que ya no podía evitar. Se giró de lado para no manchar el sofá y cerró los ojos. Por suerte, Freya ya estaba dentro de su dormitorio.

Thor lo miraba desde el rincón con ojos lastimeros.

—No me gusta… —le susurró en voz tan baja que apenas era más que articular con la boca las palabras—. Está buena, pero no me gusta. Esto solo ha sido un accidente.

El perro se levantó y se acercó, frotando la cabeza contra su pierna en señal de comprensión.

—No me tengas lástima, compañero… A ti también te pasa cuando ves una perra monísima. Solo que a ti no te importa.

Cuando se relajó un poco, se levantó y se dirigió al cuarto de baño, dispuesto a limpiarse y a lavar la prueba de su eyaculación espontánea. La ropa se secaría en poco rato, no solo por el calor de la templada noche, sino también por el que todavía emanaba de su propio cuerpo. Porque no se había enfriado su ardor a pesar del «accidente».

***

Freya se tendió en la cama, pero la ducha no había conseguido relajarla. No estaba nerviosa porque temiera que Robert apareciese de nuevo aquella noche, sabía que Dylan y Thor la protegerían, además de que ella misma estaba preparada para hacerlo. Había rescatado un spray de pimienta del fondo de un cajón. Lo había adquirido cuando Robert comenzó a perseguirla por Edimburgo, pero en Brighton se había sentido lo bastante segura como para no llevarlo encima a todas horas. Gran error, había subestimado a su ex y su tenacidad a la hora de conseguir sus objetivos.

No era Robert el causante de su agitación aquella noche, sino la presencia de su vecino en el salón. Ese Dylan que la había defendido, que incluso había renunciado a una cita para no dejarla sola, se estaba colando donde no debía: en su corazón.

No se trataba solo de que lo encontrase atractivo, ni siquiera de que lo deseara sexualmente —algo que al fin admitía—, sino que iba más allá. Ya no lo encontraba un capullo arrogante, ni siquiera un capullo. Incluso lamentaba haberse apropiado de una casa que en realidad debería ser para él. Para el sobrino que, sin decirlo de forma explícita, había cuidado de su tío durante su enfermedad ocupando un incómodo sofá. De ello daba fe, pues había dormido alguna siesta en él.

Pero pensar en tener algo con Dylan Cooper era un error. Él la aborrecía, y si la había defendido de Robert era por un gesto caballeroso hacia una mujer en apuros, o como mucho, por agradecimiento a su ayuda cuando estuvo enfermo. Pero nada más. No cometería la estupidez de insinuársele siquiera, porque él la rechazaría y, además, se burlaría de ella. Su frase de que no la tocaría ni con un palo la había dicho en serio y, aunque la mirase como un hombre mira a una mujer que desea, no iría más allá, estaba segura.

Cuando el sol se filtró tras las cortinas blancas apenas había descansado. No obstante, se

levantó al escuchar ruidos procedentes del salón. Dylan estaba en la cocina preparando una cafetera.

—Buenos días —la saludó—. Me he tomado al pie de la letra tu ofrecimiento de anoche y me he tomado la libertad de buscar en tu despensa y he visto que has comprado café. Me apetece ¿Tú quieres, o prefieres té?

—Soy más de té. Compro café para Eva, la mujer de Jock. Es española y, aunque se ha habituado a las costumbres inglesas, suele tomar café por las mañanas. El otro día se había terminado, pero he vuelto a reponerlo. Sírvete a tu gusto.

—Gracias. Yo también prefiero el café por las mañanas.

Entró en la cocina, donde la presencia de su vecino parecía llenar todo el espacio, dispuesta a prepararse un té bien fuerte para despejarse de la noche pasada en un duermevela. El espacio no era muy amplio, por lo que ambos sentían la presencia del otro muy cercana.

—Hay pan para unas tostadas, si quieres —ofreció.

—Solo café ahora, gracias. Es el momento de sacar a Thor; ya después desayunaré algo más contundente.

—¿Te vas?

—El perro necesita salir. Puedo sacarlo a tu patio, y por supuesto limpiaré lo que haga, o puedes venir con nosotros, si no te quieres quedar aquí sola.

—¿No te importa que os acompañe? Me sentará bien un paseo mañanero.

—En absoluto. ¡Hoy tenemos compañía, chico!

El perro ladró gozoso y, después de tomar sus respectivas infusiones, Dylan subió a por la correa y a cambiarse de ropa, dejando al animal en el piso de abajo, como guardián. Aunque Freya no esperaba que Robert se presentara en su casa otra vez en tan corto espacio de tiempo, pensaba disfrutar de la compañía —y amabilidad— de sus vecinos todo lo que pudiera.

Cambió el atuendo con el que solía estar en casa por unos *leggins* y una camiseta y los tres salieron al paseo marítimo para que su peludo amigo pudiera satisfacer sus necesidades y también desfogar sus energías.

Parecían una familia paseando una mañana de domingo.

—Hoy puedo quedarme contigo —afirmó Dylan mientras caminaban contemplando el mar a su derecha, con Thor imprimiendo una marcha rápida, que ambos seguían sin esfuerzo—, pero mañana deberé regresar al trabajo. Me preocupa que te quedes sola. ¿Crees que volverá?

—Si lo hace, no le abriré y llamaré a la policía. No tengo que salir, de modo que no creo correr ningún peligro. Trataré de quedarme en casa hasta tener la orden de alejamiento.

—Puedo dejar a Thor contigo hasta que yo regrese del trabajo. ¿Te importa?

—Me encantará tenerlo.

—No tienes que sacarlo, lo haré yo antes de irme y cuando regrese.

—Será muy agradable su compañía. Trabajar en casa es un poco solitario.

—Yo me volvería loco si tuviera que estar todo el día encerrado. Me gusta ir de un

supermercado a otro, hablar con los empleados, almorzar con ellos; soy muy sociable.

—¿En serio? No me lo parecía.

—Porque tú y yo hemos empezado con mal pie. Pero te aseguro que en el trabajo tengo fama de simpático.

—Entre las mujeres, seguro.

—No me enrollo con las empleadas, si es lo que estás pensando. En cierto modo soy su jefe, aunque no sea de forma directa; el trabajo es el que me da de comer y me paga las facturas y no lo pondré en riesgo por un calentón.

—De modo que eres un hombre que controla su libido.

Él la miró con suspicacia.

—La mayoría de las veces —afirmó—. ¿Y tú? Las pelirrojas tenéis fama de ardientes.

—Eso dicen. ¿No has tenido ocasión de comprobarlo?

—Nunca me he acostado con una pelirroja natural.

—Olvidaba que no te gustamos.

Se hizo un breve silencio. Los dos eran muy conscientes de que ella lo era. Y ninguno dijo nada al respecto. Dylan cambió de conversación.

—A Thor le encanta salir a pasear por las mañanas, está lleno de energía —afirmó mirando al animal que brincaba delante de ellos, como si estuviera muy feliz—. Pero ya es hora de dar la vuelta —comentó instando al perro a regresar.

—Es un perro muy activo. Como su dueño.

—Ambos somos jóvenes y estamos sanos. Es lógico.

—Ya…

Dylan la miró suspicaz. ¿Se habría percatado de lo que le sucedió la noche anterior?

—¿Lo dices por algo concreto?

—Por la noche que pasaste con tu amiga rubia.

—Lamento si te molestamos. No pensé que nos escucharías.

—¿No has vuelto a quedar con ella, o le has tapado la boca? Porque no he vuelto a oíros —preguntó tratando de averiguar más sobre la relación que Dylan mantenía con aquella mujer.

—No he vuelto a quedar. No nos vemos de forma continua, solo de vez en cuando. ¿Y tú? ¿No tienes ningún amigo con el que…? Ya sabes.

—No ha habido nadie después de Robert. Supongo que estoy un poco atemorizada. No quiero ver un hombre a menos de cincuenta metros.

Él la miró con atención, entrecerrando los ojos verdes.

—Soy consciente de que tú estás más cerca, y no dudo de tu hombría —comentó temiendo haberlo ofendido—. ¿Cómo podría después de escuchar a Helen? Pero para mí no eres un hombre, sino mi vecino. Mi salvador. Mi guardián.

—¡Menos mal que no dudas! Ya pensaba que tendría que llamar a mi amiga para recuperar mi estatus de macho inglés con otra sesión de gemidos.

—Si lo haces, avísame con tiempo para ponerme unos tapones en los oídos. Me gusta dormir por las noches.

—No creo que se repita pronto. Ayer anulé una cita con ella y no se lo tomó demasiado bien.

—Lo siento —musitó. Aunque no lo sentía en absoluto. La rubia le caía fatal, y no quería ser testigo de cómo Dylan la hacía disfrutar.

—No te preocupes. Ya te dije que no era importante. Si no quiere volver a quedar conmigo, tengo más amigas.

—¡Fanfarrón!

—No era mi intención fanfarronear, solo evitar que te preocuparas por haber arruinado mi vida sexual. No lo has hecho.

—Me alegro —mintió.

—¿Qué tenías pensado hacer hoy? —preguntó Dylan cuando ya se acercaban a la casa.

—Nada especial. Tengo un par de amigas con las que suelo salir o ir a la playa, pero se han ido fuera de Brighton, de modo que pensaba quedarme en casa, tomar un poco el sol y tal vez hacer una barbacoa.

—Hace mucho que no disfruto de una barbacoa. ¡Como no tengo patio! Y tampoco voy a dejarte sola, de modo que me apunto. Pero lo de tomar el sol, mejor lo dejas para otro día —sugirió—. No es bueno abusar de los rayos solares con tu piel blanca de escocesa.

Ella rio con ganas.

—No tomo el sol cuando tengo compañía. De momento vamos a desayunar y ya veremos qué hacer para distraernos.

—Seguro que encontramos algo. En plan vecinos.

—Seguro que sí.

Capítulo 13

Hubo un antes y un después del fin de semana que pasó en compañía de Dylan y Thor para Freya. Un fin de semana en el que descubrió al hombre que había bajo el vecino irascible. Un fin de semana en el que descubrió también hasta qué punto se sentía atraída por él. Mucho. Demasiado.

Durante todo el domingo dejó de temer que Robert apareciese, y se preocupó solo de que sus vecinos se sintieran a gusto en su casa, en su compañía.

Al llegar la noche, y después de que ambos volvieran a sacar a Thor, Dylan le preguntó:

—¿Te sientes capaz de quedarte sola?

—Debo hacerlo. Mañana trabajas y yo tengo que continuar con mi vida. No puedes quedarte a vivir aquí para siempre. Lo más probable es que Robert haya regresado a Edimburgo, el hecho de que llamara a la policía y haya interpuesto una denuncia ha debido asustarle. Al menos, eso espero.

—Si durante la noche sientes algo extraño, lo que sea, avísame. Puedes usar el método de las brujas, ya sabes, escobazos en el techo, o llamarme al móvil. Anota mi número y hazme una llamada para tener el tuyo.

—Gracias.

—No se merecen. Si hay algo que no soporto es alguien que intenta imponerse por la fuerza en cualquier sentido.

—¿Aunque sea a brujas escocesas?

—Aunque sea a ellas. Mañana me gustaría dejarte a Thor para que te proteja. No está educado para atacar, pero ladrará para avisarte si se acerca.

—Gracias otra vez. Sé que no te gusta que el perro se quede en mi casa, pero te prometo que lo cuidaré.

—No lo saques a mediodía, por si tu ex estuviera aún por aquí.

—Lo dejaré salir al patio.

—Cierra bien la puerta, no le abras a nadie, y con cualquier cosa, me llamas.

—Sí, papi. No te preocupes, estaremos bien. ¿Verdad, Thor?

El perro ladró en señal de asentimiento, y a continuación ambos desaparecieron tras la puerta de su vivienda.

Dylan no estaba tranquilo, pero Freya tenía razón. No podía quedarse en su casa para siempre. Y tampoco quería. No soportaría pasar otra noche bajo el techo de su vecina sin sucumbir a la tentación. Quedaría como un idiota si le hacía aunque fuera una insinuación, después de repetirle de forma reiterada que no le gustaba, que no la tocaría ni con un palo. El que ella hubiera aceptado su ayuda y su protección no significaba que deseara nada más de él. Había dicho que después de lo de Robert no quería un hombre a menos de cincuenta metros, y había dejado claro que dentro de la categoría de hombre no lo incluía a él. Tal vez era un castigo por llamarla bruja.

—Cuida de ella mañana, chico —le ordenó al perro mientras le llenaba de comida su cuenco —. Si tienes que atacar, hazlo, muerde fuerte la pantorrilla del tipejo si quiere hacerle daño.

El animal ladró en señal de comprensión y aceptación.

—Si lo haces bien, tendrás tu recompensa. Pero sé que no lo harás para recibir una galleta, sino porque la chica te cae bien —añadió en voz baja por si ella podía escucharle—. Ha sido así desde el principio, has sabido conocerla mejor que yo. No es una bruja, lo admito. Y no pienso admitir nada más.

Se metió en la ducha sintiéndose bien por la buena acción realizada con su vecina y porque había pasado un día estupendo en su compañía.

***

Freya se quedó sola. Cerró bien la puerta y decidió que necesitaba una dosis de amistad para bajar de la nube en la que la presencia y el comportamiento de Dylan la habían subido. El fin de semana había terminado, y lo más probable era que la actitud amistosa de su vecino también.

Cuando intuyó que Ian ya estaría dormido, o a punto de hacerlo, escribió a Jock para solicitar una videollamada. Necesitaba un poco de la racionalidad del escocés para gestionar el cúmulo de emociones que la embargaban. Siempre habían acudido uno al otro cuando estaban confusos, tristes o preocupados, y las tecnologías permitían que siguieran haciéndolo a pesar de la distancia.

Cuando el rostro de su amigo apareció en la pantalla, se relajó.

—Hola, Freya. ¿Qué ocurre?

—¿Por qué piensas que ocurre algo?

—Porque son las once de la noche de un domingo, y si me pides vernos a estas horas es porque me necesitas.

—Tienes razón. Me conoces bien.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntar el escocés.

—Robert me ha localizado. Estuvo aquí ayer.

El rostro de Jock reflejó preocupación.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo?

—Me interceptó en la puerta cuando estaba a punto de entrar en casa, quiso obligarme a volver con él. Estaba muy alterado y violento, pero solo me agarró con fuerza del brazo para que entrásemos juntos y habláramos. Mi vecino acudió y a él sí lo agredió cuando intentó que me soltara.

—¿Tu vecino el del perro?

—Sí, Dylan. Acudieron los dos. Llamé a la policía y hemos interpuesto una denuncia cada uno, yo por acoso y él por agresión. Van a solicitar una orden de alejamiento.

—Me alegro de que te hayas decidido a hacerlo, pero me preocupa que estés ahí sola, por si regresa. Ha demostrado ser muy obstinado y recorrido muchos kilómetros hasta encontrarte.

—No estoy sola. Dylan ha pasado conmigo la noche de ayer y el día de hoy. Robert no ha vuelto a dar señales de vida.

—¿Habéis pasado la noche juntos?

—Bajo el mismo techo, nada más; él ha dormido en el sofá. No hay nada entre nosotros.

—Me tranquiliza saber que tienes a alguien cerca si lo necesitas, pero no parecía muy amistoso cuando lo vi.

—Al principio de mudarme tuvimos nuestras diferencias, pero eso ha cambiado. Ahora somos buenos vecinos. Y nada más. —«Aunque me pese».

—Estupendo.

—Ten cuidado tú también, porque cree que eres el culpable de que le haya dejado. No quiere entender que es él con su comportamiento el que me hizo romper la relación. No fuimos tan felices como piensa; al menos yo no lo fui.

—No te preocupes por mí; sé defenderme. Y voy a consultar con mi abogado si deberías también interponer una denuncia en Escocia, puesto que también aquí has sufrido acoso por tu parte. Yo corroboraría tu declaración, y creo que en tu trabajo también lo harían. Eso apoyaría la que tienes en Brighton y haría más fuerza para obtener la orden de alejamiento.

—Si tu abogado lo considera conveniente, lo haré. Estoy decidida a lo que haga falta para librarme de Robert de una vez por todas.

—¿Crees que acataría la orden de alejamiento?

—Pienso que sí; no se arriesgaría a que lo detuvieran, Porque es lo que sucedería si la incumple, ¿no?

—Sí, lo detendrían.

—Pues espero que no tarde en llegar esa orden, porque no puedo tener a Dylan durmiendo muchas noches en mi sofá.

—¿Por qué no? —preguntó Jock suspicaz—. Yo lo haría.

—Pero tú eres mi amigo, y él, no. Solo es mi vecino.

—¿Ese «solo» ha sonado a decepción? ¿Preferirías que durmiera en otro lugar más cercano?

—Jock, no vayas por ahí.

—De acuerdo. —El escocés alzó las manos en señal de rendición—. Solo es tu vecino, lo he comprendido.

Pero Freya supo que no lo había engañado. Si alguien la conocía bien, ese era Jock. Mejor incluso que ella misma.

Freya miró el reloj. Sabía que su amigo madrugaba al día siguiente. También sabía que Eva, su mujer, lo estaría esperando en la cama.

—No te entretengo más. Es tarde y los dos necesitamos dormir.

—Si mi nene sigue durmiendo, no es imitarlo mi intención.

—Pues aprovecha. Dale un beso a Eva de mi parte.

—Ya te cuento lo que me diga el abogado. Cuídate.

—También tú. Y gracias por estar siempre ahí para mí, incluso cuando tu hijo esté dormido y tengas otros planes.

—De nada. Un beso.

Cortó la comunicación. Jock siempre conseguía animarla. Y si él había adivinado lo que empezaba a sentir por su vecino, estaba más colada por él de lo que imaginaba. ¡Qué mala suerte tenía con los hombres!

***

Nuevas costumbres se instauraron en las vidas de Freya y Dylan después de la aparición de Robert. Cada mañana, antes de marcharse al trabajo, él sacaba a Thor, como era habitual, pero en vez de subirlo de nuevo a su casa, llamaba a la puerta de su vecina y el animal, como si fuera lo más natural del mundo, se colaba pasillo adentro y se acomodaba en el salón de la chica, dispuesto a pasar el día con ella.

Después cada uno se ocupaba en sus respectivos trabajos, y al caer la tarde, juntos daban el paseo para que el animal hiciera sus necesidades.

Aquella tarde, viernes, al llegar a su casa Dylan recibió la llamada de una de sus habituales amigas, y por un momento pensó en ignorarla. Pero respondió, porque no le apetecía quedar con ella, pero no era ningún cobarde para eludir una respuesta negativa. Rehusó la propuesta de quedar ese fin de semana, aduciendo otros planes ya concebidos, sin dar más explicaciones. El tipo de relación que tenía con aquella chica no las necesitaba.

La realidad era que no le apetecía acostarse con ella. Ni con ninguna otra. A la única que deseaba era a Freya. Su vecina ocupaba sus pensamientos durante el día y sus sueños eróticos por la noche. Pocas veces en su vida una mujer lo haba tenido tan excitado, hasta el punto de que no se la podía sacar de la mente. Y pocas veces había tenido tanto miedo al rechazo.

Temía dar un paso en falso y que ella pensara que era como su ex. Pero, sobre todo, no quería que se replegara y decidiera volver a la época en que se llevaban como el perro y el gato.

Había retirado la demanda sobre la impugnación del testamento sin hacérselo saber. Freya

seguiría siendo su vecina de abajo mientras ella quisiera, y esperaba que fuera por mucho mucho tiempo. No concebía ya la casa sin su presencia.

Aquella tarde de viernes pensaba invitarla a tomar algo en Stoneham después de sacar a Thor. Ella llevaba prácticamente encerrada en su casa, salvo los paseos vespertinos, toda la semana. También él necesitaba hacer algo diferente y, sobre todo, deseaba sondearla para ver si le apetecía salir con él sin la excusa de pasear al perro. Sería un paso adelante.

Cuando llamó a la puerta escuchó los ladridos de Thor desde el interior. Por suerte, su amigo no lo había olvidado por completo y lo recibía gozoso a su llegada.

—Hola —saludó cuando Freya apareció en el umbral, seguida del chucho—. ¿Cómo ha ido el día?

—Bien —respondió ella—. Tranquilo.

—Estaba pensando si te apetecería ir a tomar algo después de que Thor dé su paseo. Es viernes y mañana no tenemos trabajo. Al menos, yo no. Llevas encerrada toda la semana y creo que necesitas despejarte un poco.

—Pensaba que, por ser viernes, tendrías planes.

—No he hecho planes hoy. ¿Acaso tú sí los tienes?

Ella negó.

—Me encantará tomar una cerveza contigo. Hay algo que tengo que comentarte y prefiero hacerlo con calma, y si es ante una bebida, mejor.

—Le doy a Thor un paseo rápido y te recojo en un rato. ¡No le abras a nadie mientras tanto!

—Solo a vosotros.

—¡Vamos, chico! —urgió al animal—. Freya y yo tenemos planes. Mañana te compensaremos con un paseo largo.

No lo había rechazado de plano. Daba igual lo que quisiera decirle, mientras no fuera que dejaran de verse.

***

Sentados frente a frente en el jardín del Stoneham, con una cerveza delante y un plato de patatas con salsa para picar, Freya recordó la primera vez que estuvo en el pub, y a los dos hombres que la abordaron. Lo sola que se sentía entonces. Si en aquel momento le hubieran dicho que semanas después se encontraría allí con Dylan, no se lo hubiera creído. Tampoco lo que empezaba a sentir por su vecino.

—¿Qué querías decirme? —preguntó él, tratando de mirarla a la cara y no al escote.

—Esta mañana ha contactado conmigo la policía para preguntarme si Robert había vuelto a molestarme. También he hablado con Jock. Su abogado me recomienda ir a Escocia para interponer también allí una denuncia para que la orden sea efectiva en ambos países. Por si quiero volver a Edimburgo.

Los ojos verdes se oscurecieron al entrecerrarse.

—¿Quieres irte?

Ella se encogió de hombros.

—Soy escocesa. Me gustaría poder regresar si lo deseo. Odio que nadie me imponga nada.

—¿Y deseas volver?

—En este momento no, me siento muy a gusto en Brighton, sobre todo ahora que me llevo bien con los vecinos —bromeó.

—Los vecinos están dispuestos a que siga siendo así. Los dos.

—Me alegro.

—¿Vas a ir a denunciar allí?

—Sí. Creo que es una buena idea. Jock y mis compañeros de trabajo son testigos del acoso, pues Robert ha ido a buscarme tanto a casa de Jock como a mi empresa.

—Yo soy testigo de una agresión. Incluso la he sufrido en mi persona. Puedo ir contigo y corroborarlo, si quieres.

Freya lo observó con detenimiento. El corazón comenzó a latirle con fuerza. Dylan sostuvo su mirada.

—¿Lo harías? ¿Vendrías conmigo?

—Me quedan días de vacaciones, puedo tomarme algunos, si quieres que te acompañe. Si prefieres ir sola, estoy seguro de que Jock cuidará de ti.

—Escocia está llena de escoceses… —advirtió.

—Lo imagino. Creo que podré soportarlo —bromeó.

—En ese caso, serás bienvenido.

—Seremos. No puedo dejar solo a Thor. Tendremos que ir en coche y encontrar un alojamiento donde admitan mascotas.

—Seguro que hallaremos alguno.

—Bien. Pediré unos días libres. No creo que tarden mucho en responderme. ¿Cuántos crees que necesitaremos? ¿Bastará una semana? Solo el viaje dura más de ocho horas.

—No lo sé. Si nos sobran, te enseñaré un poco de mi tierra. A pesar de tu fobia, es preciosa.

—No le tengo fobia a tu tierra, solo a los escoceses.

—¿Y a las escocesas?

—Puedo hacer alguna excepción —admitió riendo.

—Eso está bien.

—¿Pedimos algo más consistente para comer?

—De acuerdo. Y planeemos nuestro viaje.

Ante sendas hamburguesas, dedicaron un buen rato a organizar la ruta que les llevaría a las tierras altas. Freya no desaprovecharía la oportunidad de intentar que su vecino se enamorase de su país, como ella se había enamorado de Brighton.

Cuando llegara a su casa hablaría con Jock y le pediría que concertase una cita con su abogado

para interponer la denuncia que alejaría a Robert un poco más de ella y de su vida.

Y haría un viaje que, tal vez, como le sucedió a su amigo con Eva, los acercaría a Dylan y a ella un poco más.

Capítulo 14

Freya y Dylan partieron para Edimburgo en el coche de este un domingo por la mañana. En el asiento de atrás iba Thor, feliz de hacer algo diferente, mirándolo todo con curiosidad a través de la ventanilla.

Tenían cita con el abogado de Jock el lunes a primera hora, y este les había ofrecido alojarse en su casa a los tres, durante los días que necesitaran para solucionar el tema de la denuncia.

Freya sabía que su amigo adivinaría que sentía por su vecino algo más que una atracción física, aunque esta se hacía cada vez más fuerte y le costaba disimularla, pero no le importaba. Jock era casi parte de sí misma y nunca habían tenido secretos.

Era muy consciente de la presencia de Dylan en el coche, a su lado, de su olor, de sus manos sujetando el volante, de su pierna que estaba al alcance de su roce, del deseo que despertaba en ella.

—Ha sido muy amable por parte de tus amigos ofrecernos alojamiento —dijo él cuando ya llevaban un rato de camino en silencio y escuchando música—. No todo el mundo aloja extraños en su casa, y menos si llevan un perro.

—Jock es mi amigo. Me considera casi una hermana. Soy la única persona, aparte de Eva, que se ha alojado en su autocaravana.

—¿Vamos a estar en una autocaravana? —preguntó Dylan, inquieto—. ¿Todos?

—Por supuesto que no. Desde que se casó vive en un bonito piso en el centro de Edimburgo, para que tanto Eva como él puedan ir al trabajo andando o en bicicleta. Les gusta cuidar el medio ambiente y la naturaleza.

—Pero yo no soy su amigo, y Thor tampoco.

—Me habéis defendido, y eso os incluye en esa categoría. Tienen un piso grande, a menudo la familia de Eva los visita. Estoy segura de que pueden ofrecernos acomodo sin problemas.

—¿A los dos? —preguntó alzando una ceja.

—A los tres. No te preocupes, no te tocará dormir en la leñera… Entre otras cosas porque no tienen. —Rio—. Los escoceses hemos entrado en el siglo XXI, aunque tengas tus dudas. Ya hemos superado la Edad Media y la época en la que acampábamos al raso.

—¿Vas a pasarte toda la semana hablándome de la evolución de Escocia?

—Si es necesario… Te advierto que tanto Eva como Jock son unos enamorados de nuestro país.

—No se me ocurrirá hablar mal de él ni de sus habitantes en su presencia, no soy tan maleducado.

—Conmigo no tenías esos miramientos. ¿Cómo me llamabas? ¿Arpía? ¿Bruja escocesa?

—No me lo recuerdes —susurró algo avergonzado.

—¿Por qué tienes esa fobia a mis compatriotas?

—Tuve un par de ellos trabajando en uno de los supermercados y me dieron muchos problemas.

—Todos no somos iguales.

—No, tú no eres calva —admitió con rotundidad.

Freya rio con ganas.

—Tampoco bebo whisky a todas horas, y suelo llevar ropa interior. Como la mayoría de mis paisanos.

—No siempre —comentó Dylan en un impulso, recordando sus pechos oprimidos por la ligera camiseta de tirantes.

—Cuando estoy en casa me gusta liberarme de ataduras. Pero cuando salgo, voy vestida con corrección.

Dylan se preguntó si lo que llevaba puesto era una de esas «correctas» prendas de encaje que él había mojado. Desechó con rapidez la idea, estaba conduciendo y pretendía que llegaran sanos y salvos a Edimburgo.

—De todas formas, prometo comportarme.

—No espero menos de ti. Y te agradezco mucho que me acompañes, el camino es largo, y hacerlo en compañía es mucho más agradable. Si te cansas de conducir, puedo hacerlo yo durante un rato.

Dylan la miró de reojo.

—Sé conducir un coche. Tiene más marchas que las escobas, pero creo que me las arreglaré. Poseo un carné C1 que me permite conducir autocaravanas de bastante tamaño, tu coche es un juguete para mí.

—Creía que solo las vendías y las diseñabas.

—También las conduzco.

—Eres una escocesa con muchas habilidades.

—No te imaginas cuántas. No conoces ni la mitad.

De nuevo su imaginación se disparó. Si seguía tomando todo lo que ella dijera con doble sentido iba a ser un viaje muy penoso para su entrepierna.

Tras un cambio de conductor después del almuerzo, que tomaron ya en tierras escocesas, llegaron a su destino a media tarde.

El piso de Jock estaba en una calle céntrica, y tras aparcar, subieron a reunirse con sus anfitriones.

Dylan contempló como Freya se fundía en un fuerte abrazo con el hombre rubio. Sintió celos de aquel amigo que podía rodear el cuerpo de su vecina con naturalidad, algo que él deseaba hacer desde hacía semanas sin conseguirlo. Cuando se separaron, sin que la mujer del escocés mostrara la más mínima contrariedad, Jock se dirigió a él y le tendió la mano.

—Bienvenido —murmuró.

La estrechó con un fuerte apretón.

—Gracias por incluirnos a Thor y a mí en vuestra hospitalidad.

El perro ladró al oír su nombre.

—Los amigos de Freya son bienvenidos en casa —afirmó Eva, uniéndose al saludo de su marido—. Pero debo advertirte que tenemos un niño de poco más de un año.

—Thor es muy dócil, vuestro hijo no corre ningún peligro con él.

Jock rio con ganas.

—No tengo ninguna duda; el que corre peligro es tu perro. Ian es muy travieso; está en la edad de descubrir cosas y no controla aún la diferencia entre seres vivos y peluches.

—No habrá problema, ¿verdad, chico?

—Hablando de Ian… ¿Dónde está mi escocés favorito? —preguntó Freya.

—Haciendo su siesta, de la que ya voy a despertarlo o no nos dejará dormir por la noche —comentó Eva.

—¡Voy contigo! Me muero por verlo. —Se giró hacia Dylan y comentó con una risa pícara—: Estás a salvo, Jock no pertenece al grupo de los escoceses salvajes, ni calvos.

Hubiera querido matarla, pero se limitó a aguantar el tipo ante la mirada inquisidora de su anfitrión.

—Es una broma entre Freya y yo —aclaró.

—Si os gastáis bromas es que mantenéis una relación de vecinos bien avenidos.

—¿Qué te ha dicho de mí? —preguntó suspicaz.

—Solo que al principio tuvisteis algunas diferencias, pero que ahora os lleváis bien. Y deduzco que es así puesto que la has acompañado hasta Edimburgo para apoyarla en su demanda contra el cabrón de su ex.

—Me preocupaba que viniera sola y él pudiera interceptarla antes de que llegara a tu casa. Sé que aquí no corre ningún peligro, pero preferí no arriesgarme.

—Freya no es ninguna mujercita indefensa, pero Robert está muy alterado, y además es experto en artes marciales. Mejor no exponerse.

En aquel momento las dos mujeres entraron en el salón, donde Jock y Dylan se habían acomodado.

Freya llevaba en brazos al bebé que le había hecho pasar una noche de frustración sexual unos meses atrás. El pequeño divisó a Thor y extendió los bracitos hacia el animal, murmurando

extasiado:

—*Guagua*.

El perro se levantó y se acercó a Freya.

—El *guagua* no se toca —advirtió al niño.

Pero este insistió.

—*Guagua*. *Guagua*.

—Deja que lo acaricie —sugirió Dylan—. No le hará daño.

—Ponlo sobre la alfombra, es su lugar favorito ahora que ha empezado a gatear —afirmó Eva.

Bajó al pequeño hasta colocarlo justo al lado de los dos hombres. Thor se acercó a él decidido, y el niño extendió los brazos y le agarró una oreja.

—¡No, Ian! —reprendió su padre—. Le haces daño.

El perro frotó la cabeza contra la mano del bebé, permitiendo que lo tocara sin protestar, y dirigiendo una mirada de reproche a los adultos.

—Creo que Thor ha hecho un amigo —murmuró su dueño—. Está claro que le gustan los escoceses.

Pronto, ambos caminaban a cuatro patas por la alfombra, como si se conocieran de toda la vida.

Los adultos disfrutaron de un whisky —el Macallan preferido de Eva— y una conversación amigable mientras el niño y el perro empezaban a conocerse.

Tras la cena, Eva afrontó con naturalidad el dilema que habían discutido Jock y ella días antes.

—Sin ánimo de parecer una entrometida, necesito preguntaros sobre vuestro alojamiento. ¿Una habitación o dos?

Dylan estuvo a punto de atragantarse con un sorbo de whisky. Miró a Freya expectante y con el corazón desbocado.

—Solo somos vecinos, Eva —afirmó resuelta—. Dos habitaciones, si no es mucha molestia.

—Claro que no. Solo quería aclararlo y evitar que os pasearais de madrugada por los pasillos en caso de que fuerais algo más.

—No quiero causar trastornos, yo puedo dormir en cualquier sitio —sugirió Dylan, incómodo —. Un sofá me vale...

—Lo siento, Dylan. No tienen leñera, ya te lo dije —bromeó Freya—. Duermen en habitaciones.

Iba a matarla. Si seguía burlándose de él delante de sus amigos, no podría contenerse. También le costaba contenerse en otros aspectos. El trayecto en coche le estaba pasando factura. Verla tan atractiva, también.

—Otra broma, ya lo suponemos —rio Jock—. No te preocupes, Freya es así. No te sientas violento; la conocemos.

Pero él no la conocía en aquel aspecto: risueña, juguetona y provocadora. Por un momento había imaginado que aceptaría compartir una habitación. Y su pulso se volvió loco, la boca se le

secó y su entrepierna amenazó con dejarlo en evidencia. Pero dijo «no» y todo volvió a su sitio, presa de la decepción.

—¿Me acompañas a preparar las habitaciones, Freya? —invitó Eva—. No he tenido mucho tiempo para hacerlo.

—Claro.

Una vez estuvieron a solas, Eva preguntó.

—¿Estás segura de que quieres habitaciones separadas? Porque eso de que solo sois vecinos, no cuela demasiado.

—Es lo que somos.

—Pero a ti te gustaría ser algo más.

—¿Qué te hace suponer eso?

—Cómo lo miras. Y cómo te mira él a ti.

—Dylan siempre me ha mirado de la misma forma, incluso cuando no me soportaba. Soy una mujer atractiva y es lógico que se le vayan los ojos, pero no soy su tipo. Le gustan rubias y bajitas, y sobre todo, inglesas. Nunca me ha hecho siquiera una insinuación de índole sexual.

—En ese caso, debo estar equivocada.

—Lo estás, Eva, no tengas duda. Es amable conmigo, los desencuentros del principio ya no existen, pero de ahí a que quiera algo más, va un mundo. Se siente un poco caballero andante defendiendo a una dama en apuros, pero ya está.

—Dos habitaciones entonces. Pero si llama a tu puerta de madrugada, ábrele.

—No lo hará.

La mujer se encogió de hombros y continuó poniendo sábanas limpias en la cama.

***

Dos días le llevó a Freya solucionar el tema de la demanda y solicitar una orden de alejamiento también ante las leyes escocesas.

Habían cogido una semana de vacaciones y disponían aún de cuatro días antes de regresar a Brighton.

Aquella noche, de nuevo ante una copa del whisky selecto que Jock reservaba para los momentos especiales, Freya expuso sus planes para las jornadas que les quedaban libres.

—Me gustaría enseñarte un poco de mi tierra —le sugirió a Dylan—. Si no tienes prisa por regresar.

—Edimburgo es muy bonita —admitió él, después de que hubieran dedicado dos tardes a recorrer la ciudad—. Muy diferente a Brighton.

—Me gustaría llevarte a algo más agreste… Nadie puede irse de Escocia sin visitar el lago Ness.

—Donde dice la leyenda que habita el famoso monstruo, ¿no? Los escoceses tenéis mucha

imaginación.

—Al margen de la leyenda, acampar en el lago es una de las experiencias más bonitas que he tenido en mi vida —afirmó Eva.

—Tú no crees en el bichito, ¿verdad? Eres española.

—Jock y yo hemos acampado varias veces allí, y nunca lo he visto. Pero es un lugar especial que rezuma magia.

—Llévame allí, si quieres, Freya; pero no me pidas que espere ver al famoso habitante del lago. Soy escéptico.

—Podéis llevaros la autocaravana y acampar una noche a la orilla. Es una experiencia inolvidable —sugirió el escocés—, al margen de tus expectativas.

Dylan iba a rehusar el ofrecimiento, diciendo que prefería hacer una excursión de un día hacia el famoso entorno y regresar a Edimburgo antes de que terminara la jornada. Pasar una noche con su preciosa vecina en un lugar tan reducido como una autocaravana pondría al límite su contención, que cada día era más escasa. Pero Freya aceptó encantada y comprendió que negarse sería una descortesía demasiado grande hacia el hombre que les había abierto las puertas de su casa.

—¡Gracias, Jock! Será estupendo acampar allí. ¡Tal vez consiga contagiar a este incrédulo inglés de la magia de Escocia!

—Lo dudo —respondió este—. No te niego que pueda apreciar la belleza del lugar, pero de ahí a creer en la magia… o en el famoso monstruito…

—Nessie —corrigió Freya—. Se llama Nessie.

—Intuyo que tampoco crees en fantasmas, ¿verdad, Dylan? —preguntó Jock con una mueca divertida.

—Verdad.

—En ese caso, y si decidís ir al lago, me gustaría pediros un favor. Mi familia tiene una casa en Inverness, abandonada, porque corren rumores de que la habita el fantasma de uno de mis antepasados. Eva y yo solemos ir de vez en cuando a comprobar su estado, pero últimamente no hemos podido hacerlo y ha llovido bastante este verano. ¿Os importaría acercaros y comprobar que no se ha abierto un agujero en el techo y está todo inundado?

Eva miró a su marido, conteniendo la risa a duras penas.

—Claro que no —aceptó Freya—. Tampoco yo creo en esa leyenda de tu tataratatara tío abuelo.

—¿Qué hizo? ¿Asesinó a alguien en la casa? —preguntó Dylan curioso.

—Nada tan tétrico —respondió Jock—. Simplemente nunca se casó, rechazó todos los matrimonios que concertaron para él, lo que lo hizo romper con su familia. Se trasladó a Inverness, donde compró una casa y vivió solo toda su vida, sin apenas trato con los vecinos ni la familia. Hoy en día el pueblo ha avanzado mucho y la edificación casi se integra en él, pero tengo entendido que cuando se instaló estaba bastante aislado. Dicen que murió solo y su espíritu

aún vaga por la casa.

—¡Tú no creerás en esa patraña! Una negativa a casarse tiene una explicación muy lógica: sería gay. Supongo que entre los escoceses también los hay.

—Yo he ido de vez en cuando a comprobar el estado de la casa y, la verdad, verlo, no lo he visto nunca. Pero no creo que Ian fuera homosexual. Más bien un solitario.

—Puede ser. Desde luego los escoceses no necesitáis mucho para crear una leyenda.

—¿No te importa entonces dar una vuelta por la casa y comprobar que sigue en relativo buen estado?

—Por supuesto que no. ¿Es tuya?

—Y de mi hermano. Mi antepasado no tuvo hijos y cedió la propiedad a la otra rama de la familia. Pero no hemos conseguido venderla ni alquilarla, por lo que se va deteriorando poco a poco. Acometemos un mínimo de reformas para mantenerla en pie, pero poco más. Está abandonada y descuidada, pero sigue resistiendo.

—Pues cuenta con que le echaremos un vistazo. ¡Fantasmas a mí!

A Dylan le preocupaba mucho más pasar una noche en un espacio reducido con Freya que mil fantasmas.

***

—¡Eres malo! —reprochó Eva a su marido aquella noche, cuando todos se hubieron retirado a sus respectivas habitaciones.

—¿Yo? ¿Por qué? —preguntó este con fingida inocencia.

—Los has enviado a Inverness, a casa de Ian.

—No hay ningún peligro, no creen en fantasmas.

—¡Como si eso fuera a librarlos! Yo tampoco creía.

—Y no te ha ido tan mal, me parece —comentó él rodeándola con los brazos.

—Nada mal —respondió apoyando la cabeza en el hombro masculino—. Pero deberías haberles informado de la totalidad de la leyenda, para que decidieran si querían arriesgarse o no.

—¿Pretendes que le dijera que mi antepasado es un fantasma bueno que hace que se enamoren los que entran juntos en sus dominios? ¿Se lo hubieran creído?

—Lo más probable es que no, pero aun así…

—Eva, sabes tan bien como yo que esos dos ya están enamorados, que se mueren por saltar el uno sobre el otro y devorarse; pero no se deciden. Tal vez les haga falta un empujoncito de Ian… si es que existe. Como he afirmado antes, yo nunca lo he visto.

—Pero, por si acaso, vamos cada pocos meses a la casa, a dar una vuelta y dejar en la escalera un ramo de brezo.

—Solo por si es cierta la leyenda… Es algo así como renovar los votos del matrimonio. Pero si quieres no lo hacemos más.

Eva rio contra el pecho de su marido. Giró la cara y depositó un beso en el vello rubio que lo cubría.

—Por supuesto que iremos… por si acaso.

Capítulo 15

Freya sabía la intención de Jock al enviarlos a Inverness, a la que todos llamaban la casa del fantasma. Ella sabía la leyenda, su amigo se la había contado hacía años, pero no creía en ella. Tanto él como Eva parecían sospechar que se habían enamorado por obra y gracia del antepasado ejerciendo de Cupido, pero ya antes de que hubieran emprendido su viaje, ella había visto el amor en los ojos de su amigo. Y no dudaba de que a Eva le sucedía lo mismo, porque, conociéndola, no se habría aventurado a recorrer las tierras altas en compañía de un hombre por el que no sintiera nada.

Sin embargo, irían a la casa, daño no podía hacer, pero dudaba de que Dylan cayera rendido a sus pies por obra de un hechizo, encantamiento o lo que se suponía que hacía Ian Haggart sobre los visitantes.

—¿Qué te parecen mis amigos? —le preguntó durante el trayecto hacia el norte.

Iban solos, habían aceptado el ofrecimiento de Eva de dejar a Thor con ellos. Cuidaba de su hijo de forma admirable, avisando cuando el intrépido pequeño trataba de hacer algo peligroso.

—Muy agradables. Me siento cómodo en su casa, y muy agradecido de su hospitalidad. Me gustaría tener un detalle con ellos antes de marcharnos.

—Nada que se pueda comprar, pero creo que agradecerían que nos ocupáramos una noche de Ian para que se escapen a la autocaravana a pasar una velada a solas. Ya habrás comprobado que el crío no duerme bien y la vida de pareja se resiente.

—Lo he oído llorar estas noches, sí. De acuerdo, no tengo inconveniente; pero no sé mucho de niños. No sé cambiar pañales ni calmar llantos infantiles. No tengo hijos ni sobrinos.

—¿Y piensas tenerlos algún día?

—Nunca me lo he planteado. Aunque tras ver cómo te cambian la vida y el sueño, me lo pensaría dos veces.

—También un perro te cambia la vida. Es un ser vivo a tu cargo; te ata, te obliga a sacarlo varias veces al día, muchos sitios no permiten la presencia de animales y limita tus viajes.

—No me importa porque lo quiero.

—Pues con los niños sucede lo mismo.

—No del todo. Un niño te ata también a la madre, el perro es solo responsabilidad tuya.

—No te sientes atado si es la mujer adecuada. A mí me gustaría tener un hijo en algún momento.

—Eres joven aún.

—Tengo treinta y cuatro años, el reloj biológico ya hace tic tac, pero no hay ningún candidato a padre en mi horizonte.

—Hoy día las mujeres podéis ser madres cuando lo deseéis, y sin necesidad de colaboración masculina.

—El problema es que no quiero tenerlo sola, y no creo que encuentre al hombre adecuado antes de que la cuenta atrás finalice. Lo de Robert me ha marcado y me asusta la idea de estar unida a alguien como él por medio de un hijo en común. Al final, tendré que conformarme con un perro.

—Si optas por una perra, harías muy feliz a Thor.

—Y muy desgraciado si tengo que marcharme.

—¿Por qué ibas a marcharte? Creí que te gustaba Brighton.

—Y me gusta, mucho. Pero si el juez falla a tu favor, deberé dejar la casa. No lucharé, no te preocupes. Haré mis maletas y regresaré a Escocia sin armar alboroto.

Dylan respiró hondo antes de responder.

—Ningún juez va a fallar a mi favor.

—Hay pocas posibilidades, según me dijo el abogado, pero alguna existe.

—No, si no hay una demanda.

—¿No interpusiste una para impugnar el testamento? ¿Me has mentido todo este tiempo?

—La puse, pero la he retirado.

Se hizo un breve silencio. Freya trataba de asimilar las palabras de Dylan, que mantenía los ojos fijos en la carretera, sin mirarla. Como si se sintiera avergonzado de su comportamiento.

—¿Cuándo?

—Cuando comprendí que la casa era un refugio para ti, para alejarte de Robert. Conocerte mejor me ha hecho también aceptar que mi tío era muy dueño de dejar su patrimonio a quien quisiera. Aunque sigo sin saber por qué se lo dejó a una escocesa que afirma no haberlo conocido nunca.

—No lo conocí yo, pero sí mi abuela. Veraneaba con su familia en mi casa cuando era joven y Charles estaba enamorado de ella. Él vivía en el que ahora es tu piso y en algún momento ella le prestó el dinero para que comprara el de abajo. Deseaba dejárselo a ella, pero puesto que había muerto, me lo legó a mí. Me dejó una carta explicándomelo.

—Charles era un sentimental. Alguna vez me habló de un gran amor de juventud, pero era bastante enigmático al respecto.

—Pues se trataba de mi abuela Sophie. Ella, en cambio, nunca me mencionó que tenía un amigo inglés con el que mantuvo correspondencia toda su vida. En una caja que he encontrado

en mi sótano están algunas de ellas, y también fotografías de los veranos que pasaban juntos.

—¿Las has leído?

—No. Me parece una falta de respeto. Las conservo, puesto que él las guardaba, pero ni las he leído, ni las leeré. Y no cuentes con que te permita hacerlo a ti, porque no será así. Les pertenece a ellos y a nadie más.

—No te lo voy a pedir. Pero me alegra saber que hay un motivo detrás de su donación. En algún momento he llegado a pensar que estaba senil.

—Lo que de verdad pensabas era que a través de internet yo le hacía algún tipo de favor sexual para obtener parte de su herencia; reconócelo.

—He llegado a pensar de todo. Lo siento.

—¿Dylan Cooper está admitiendo que se ha equivocado y pidiéndome disculpas?

Él se encogió de hombros.

—Disculpas aceptadas —dijo soltando una mano del volante y alargándola para que él la estrechara.

—Vuelve a colocar la mano donde estaba. Este trasto es muy grande y no quiero morir en Escocia. Soy inglés. —Trató de bromear para relajar la tensión que se había instalado en el vehículo.

Pero Freya no estaba dispuesta a permitirlo. Le gustaba la intimidad que se estaba generando entre ellos en el reducido espacio de la autocaravana.

—Gracias por retirar la demanda. Te prometo que cuando regrese a Escocia mi casa será para ti, para que puedas hacer esa escalera en el salón y tener un dúplex.

—Prefiero una vecina a un dúplex.

La frase quedó flotando en el ambiente. Freya estaba segura de que él no había querido pronunciarla, que era uno de esos pensamientos que se escapan sin querer, y que una vez expresados no se pueden retirar. Trató de quitar importancia a lo dicho con una broma habitual entre ambos.

—¿Aunque la vecina sea una bruja escocesa?

—Lo de bruja ha quedado reducido a hechicera. Lo de escocesa no tiene remedio.

No había jocosidad en las palabras de Dylan, sino una seriedad impropia de él. Freya tragó saliva, deseando que aclarase lo que acababa de decir.

—La palabra hechicera tiene varias acepciones.

—Escoge la que prefieras. Para mí, hechicera es la mujer que hace hechizos, y ¿cómo si no te explicas que yo esté contigo en una autocaravana recorriendo tierras escocesas, y de forma voluntaria, además?

—¿Insinúas que yo te he hechizado? ¿Que te he dado algún brebaje para atraerte a mi país?

—No me has dado ningún brebaje, que yo sepa. Solo…

—¿Solo qué, Dylan? —«Dilo, maldita sea. Si estás insinuando lo que yo creo, termina de soltarlo».

—Nada. No he querido decir nada. El aire puro de las tierras altas me está afectando, sin duda. ¿Falta mucho para llegar al lago?

—Pasaremos antes por Inverness, para cumplir el encargo de Jock. En la casa no creo que haya luz eléctrica y la veremos mejor de día. ¿Te importa?

—Tú conduces; tú mandas.

—En ese caso, en media hora estaremos allí.

Cuarenta minutos después Freya aparcaba el vehículo en una explanada. Dylan saltó de él en cuanto apagó el motor, deseoso de salir de aquellas cuatro paredes de metal que lo estaban ahogando. Aunque lo que de verdad lo ahogaba era la idea de pasar toda una noche con Freya en aquel reducido recinto y contener el deseo que sentía por ella.

Ya no pensaba que sería un error enrollarse con su vecina, lo que de verdad temía era que ella se sintiera acosada, que lo comparase con Robert y pusiera distancia entre ambos.

—Es aquella casa —dijo Freya uniéndose a él en la acera.

Se trataba de un caserón algo apartado, que presentaba un aspecto deprimente. Dos plantas de fachada que una vez debió ser blanca y ahora estaba amarillenta y deteriorada. Una puerta desvencijada y mugrienta y, en las dos plantas, varias ventanas con los cristales intactos.

—¿Has estado alguna vez en ella?

—No, pero Jock me ha mostrado unas fotos. Además, ¿ves alguna otra edificación digna de contener un fantasma?

—¡No lo creerás, ¿verdad?!

—Por supuesto que no. —«Ojalá lo creyera; te mantendría ahí dentro hasta que te enamorases de mí. Pero soy tan escéptica como tú»—. Vamos, tengo la llave.

La puerta cedió con un crujido, y se adentraron en un salón oscuro y polvoriento. Una amplia escalera de madera, medio desvencijada, conducía a la planta superior. Una corriente de aire helado pareció rodearlos, a pesar de encontrarse a finales de verano.

—Debe haber algún cristal roto, porque hay corriente —murmuró Dylan, mirando a su alrededor. Pero todas las ventanas parecían conservar los vidrios en su lugar y sin una sola grieta.

—Tal vez en el piso de arriba —insinuó Freya que se abrazó la cintura para entrar en calor.

En la escalera había restos de flores secas. Dylan se dirigió a ella, dispuesto a subir. Freya, de repente, sintió un nuevo escalofrío.

—No subas. Los escalones no parecen muy sólidos.

—Debemos comprobar el techo, que no haya agujeros causados por la lluvia. Es lo que nos pidió Jock.

—Si hubiera agujeros habría trazas de humedad también en esta planta. No subas —repitió.

—¡No tendrás miedo del fantasma!

—Claro que no, tengo miedo de que te rompas esa dura cabezota inglesa. ¿Con quién discutiría cuando vuelva a Brighton?

Dylan no hizo caso. Posó el pie en el primer escalón, dispuesto a demostrar su incredulidad, o

su valentía. Pero justo cuando iba a subir al siguiente peldaño un trueno se dejó oír en la tarde.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Freya.

—Parece que vamos a mojarnos. Esta tierra tuya es imprevisible, hace un día esplendido y de repente se descarga una tormenta.

Ella miró a través de los sucios cristales; el cielo continuaba despejado, sin asomo de nubes. La tormenta, a pesar de haber sonado cerca, debía estar muy alejada. O se habían confundido y el trueno había sido en realidad un tubo de escape demasiado ruidoso.

Dylan trató de continuar el ascenso, y de nuevo se escuchó el ruido sobre sus cabezas. Freya lo agarró del brazo y se acercó a él. Mucho.

—No sigas. El sonido parece venir del techo, lo mismo este corre riesgo de derrumbarse. Vámonos.

Él le rodeó los hombros con el brazo. La cercanía se hizo muy intensa, aún más cuando Freya le rodeó la cintura a su vez.

—De acuerdo. Supongo que ya hemos cumplido con el encargo. Estás helada.

—Tú también.

«No precisamente».

Salieron abrazados de la casa. Y no se separaron hasta llegar a la autocaravana. Se soltaron para subir a la misma. Una vez en su interior, Freya se sentó al volante y programó en el navegador GPS el camino hacia el lago.

Dylan era más consciente que nunca de su presencia, de su cuerpo, del deseo que lo consumía por aquella hechicera pelirroja que le había sorbido el seso y lo hacía arder con solo tenerla cerca. Jamás había estado tan excitado como en aquel momento, como si la visita a la casa hubiera supuesto un afrodisiaco imposible de resistir.

Comenzaron a circular por la carretera. La erección se volvió incontrolable ante la idea de compartir la caravana aquella noche, y se removió con disimulo en el asiento para que Freya no se percatara. No iba a poder controlarse, estaba seguro.

—¿Por qué no volvemos a Edimburgo? —preguntó esperanzado—. Ya hemos cumplido el encargo de Jock.

—¿No quieres ir al lago? ¿Tienes miedo del monstruo?

—Hay monstruos que me asustan más que Nessie.

—¿Por ejemplo?

—Las hechiceras pelirrojas —confesó—. Eres una chica lista. ¡No me digas que ignoras el efecto que causas en mí! Lo has sabido desde el principio.

—¿Qué efecto?

—¡Joder, Freya! Las mujeres sabéis cuando un hombre os desea… Y hoy… No sé qué me pasa hoy, pero me cuesta controlarlo más que nunca.

—¿Me deseas, Dylan?

Susurró despacio.

—Desesperadamente. Sin duda has debido embrujarme, porque soy un hombre que controla sus pasiones, pero contigo… Contigo, hoy, no puedo. No creo ser capaz de contenerme, de modo que mejor regresamos.

—¡Ni por asomo! Vamos a llegar al lago, y después, si te contienes, te arrojo al agua para que Nessie te devore.

—¿Y si no me contengo? —preguntó cauteloso y esperanzado a la vez.

—Entonces, te devoraré yo.

—¡Joder!... ¿Falta mucho?

—Unos veinte minutos, según el navegador. ¿Podrás controlarte hasta entonces?

La risa cristalina lo excitó aún más.

—A duras penas.

El lago estaba desierto, el sol caía sobre el agua ofreciendo un espectáculo de ensueño, pero ni siquiera se pararon a echarle un vistazo. En cuanto Freya estacionó en la orilla se levantaron de los respectivos asientos y se abalanzaron uno sobre el otro. Dylan le agarró la cara entre las manos, por si acaso se arrepentía, y la besó con el ardor que llevaba conteniendo semanas. Ella se apretó contra su cuerpo, excitada y ansiosa.

Las lenguas exploraron ávidas la boca del otro, con una pasión desenfrenada. Las manos se deslizaron por debajo de la ropa, acariciando la piel desnuda. Y con movimientos torpes se desprendieron de las camisetas que vestían.

—¿Qué me has hecho, que solo con mirarte me vuelvo loco? Te deseé desde la primera vez que te vi, en el despacho del abogado —susurró mientras recorría con los labios el esbelto cuello y soltaba el cierre del sujetador de encaje para sentir los senos contra su piel.

—Calla y bésame. Llevo semanas soñando con esto —pidió Freya entre gemidos.

Se hundió una vez más en la boca, tentadora, y exploró cada rincón de ella, saboreando la textura, la suavidad y la pasión abrasadora de su lengua.

Los cuerpos pegados, como si fueran solo uno, se frotaban, se excitaban y se electrizaban con el mutuo contacto. Dylan jamás había sentido tanto apremio, tantas ganas de entrar en aquel cuerpo que aprisionaba entre el suyo y la pared de la autocaravana. Sentía cada curva contra él, cada relieve, y cada valle.

Los gemidos se perdían en su oído, y deseaba más, necesitaba sentirla gritar de placer. Le arrancó el pantalón vaquero a tirones, con el mismo apremio que se desprendió del suyo, a punto de rodar los dos por el suelo. Y se fijó en la braguita con anhelo. Era similar a la que había mojado desde su ventana, encaje azul contra piel blanca y suave. Sintió deseos de desgarrarla para hundirse en ella sin demora, pero hizo un esfuerzo para quitársela despacio, respetando la delicada prenda. Y descubriendo la piel de terciopelo que se escondía debajo. Mientras la sostenía contra la pared, besó cada centímetro de cuerpo que desnudaba, sintiendo las manos de ella sobre su espalda, sobre sus hombros, sobre sus nalgas desnudas, recorriéndolo entero.

Siempre había sido un amante paciente, capaz de deleitarse en prolegómenos durante mucho

rato, pero aquella noche no podía más. Si no la penetraba ya iba a morirse. Se separó de su boca y de su cuerpo y se inclinó hacia los pantalones.

—¿No irás a arrepentirte? —preguntó ella con los ojos turbios de deseo.

—Solo trato de buscar un preservativo… No sé si seré capaz de recordar dónde los tengo.

—En mi bolso hay —dijo Freya alargando la mano hacia el bolso, situado sobre la mesa abatible. Antes de que él se alzara, tenía el pequeño envoltorio en sus manos y lo abría con pericia. Se lo puso con manos expertas, mientras él cerraba los ojos con expresión agónica, y se sentó sobre la mesa. La cama estaba unos metros más allá, pero ninguno se encontraba capaz de recorrer esa distancia. Dylan se situó entre sus piernas y la penetró con firmeza. Trató de darle unos segundos para adaptarse, pero fue incapaz. Comenzó a moverse dentro de ese cuerpo tan deseado mientras ella se echaba hacia atrás, ofreciéndole una visión perturbadora de sus pechos, que se agitaban con cada envite. Los jadeos femeninos llenaron la autocaravana, fuertes, intensos, la respiración cada vez más errática.

Dylan trató de alargar el momento, pero no pudo. Llegaron al orgasmo a la vez, los cuerpos temblorosos, las respiraciones entrecortadas, las miradas prendidas una en la otra. La abrazó sin salir de ella, apoyó la frente contra la suya y exhaló un hondo suspiro.

—Lo dicho. Me has hechizado, bruja escocesa.

Y alzándola en sus brazos, la llevó a la cama.

Capítulo 16

Freya se despertó con las primeras luces del alba. Se sentía lánguida y extenuada. La noche con Dylan se había prolongado durante mucho rato, hasta caer agotados en un sueño reparador.

Nunca había disfrutado de un sexo tan intenso, tan ardiente y tan satisfactorio. Pero no debía engañarse, porque no había sido solo sexo, al menos para ella. Los sentimientos que le provocaba el hombre que dormía a su lado eran tan abrumadores, que la asustaban.

La noche anterior se habían lanzado uno en brazos del otro como dos animales en celo, Dylan había confesado que la deseaba, que lo había hecho desde el primer momento en que la conoció. Pero de ahí a que estuviera enamorado de ella había un mundo. Escocia había extendido su magia para unirlos, pero no esperaba mucho más. Ni pediría nada más, tampoco.

Tener a Dylan en sus brazos, en su cama durante toda una noche, había sido una experiencia inolvidable, que recordaría siempre. Había gemido, había gritado, algo que jamás había hecho con anterioridad. Era comedida en sus relaciones sexuales, pero las manos, la boca de aquel inglés la habían llevado tan alto, que no le importó que lo supiera el mundo entero, incluido Nessie.

La espalda de Dylan debía conservar alguna marca de sus uñas, del mismo modo que su cuello presentaría las de su boca, estaba segura. No le importaba, nada le importaba en aquel momento más que el cuerpo que se enroscaba con el suyo en aquel amanecer maravilloso a orillas del lago Ness.

Trató de no moverse para no despertarlo, y se adormeció otra vez, presa del agotamiento.

Cuando abrió los ojos de nuevo, estaba sola en la cama. Se levantó y, tras ponerse solo la ropa interior y la camiseta que la cubría hasta algo más abajo de las caderas, salió de la autocaravana.

Dylan estaba de pie a la orilla del lago, vestido solo con el pantalón vaquero, contemplando la superficie del agua, calmada y brillante por el sol que se reflejaba sobre ella. Se acercó despacio y contuvo las ganas de rodearlo con los brazos desde atrás y besar una vez más esa espalda que ya se sabían de memoria sus manos y su boca. No se atrevió porque no sabía si la luz del día lo había cambiado todo.

—Es precioso, ¿verdad? —preguntó situándose a su lado.

—Sí —admitió él con voz neutra. No había ninguna inflexión que le permitiera adivinar qué pensaba. Qué sentía.

—Anoche no tuvimos tiempo de contemplarlo, pero al atardecer también es espectacular.

—Anoche… —musitó él con voz queda—. No sé si debo pedirte perdón por lo de anoche.

Se giró y enfrentó su mirada. Esperaba cualquier cosa, menos una disculpa.

—¿Por qué habrías de pedirme perdón, Dylan? No soy ninguna jovencita virgen a la que debas desposar después de una noche de sexo. Soy una mujer adulta y todo fue consentido.

—Pero fui… brusco. Te aseguro que no suelo abalanzarme sobre las mujeres como un hombre de las cavernas. Me gusta dedicar tiempo a los besos y las caricias, a preparar a la chica para el acto… Anoche, simplemente, no podía. Te deseaba demasiado, como nunca he deseado a nadie, para pensar con claridad… No sé si te hice daño.

Alargó la mano y le rozó el cuello, donde había alguna marca de sus labios.

—Yo también te clavé las uñas en la espalda. ¿Debo pedirte perdón por ello?

Rozó los arañazos con la yema de los dedos. Él se estremeció con la caricia, como se había estremecido la noche anterior con su contacto.

—Ni siquiera me percaté. Estamos en paz, supongo.

—Lo estamos. No me hiciste daño… Lo disfruté. A las mujeres, a veces, también nos gusta un poco de urgencia. A mí por lo menos.

Los dos permanecieron en silencio, mirando el agua, temerosos de seguir hablando. De decir demasiado. De escuchar lo que dijera el otro.

—Freya …

—¿Sí?

—¿De verdad llevabas tiempo deseando… lo que pasó?

—¿Por qué no quieres nombrarlo? Anoche hicimos el amor, o follamos, como prefieras llamarlo. Depende de lo romántico que seas.

—Porque no sé qué decir.

—Pues sí, lo deseaba, como tú me deseabas a mí. También lo confesaste.

Él asintió.

—Y puedes decir lo que le suelas decir a las mujeres a la mañana después.

—No me vale.

Freya sintió que el corazón empezaba golpearle fuerte en el pecho.

—¿Por qué no te vale?

«Maldito inglés, que nunca hablas claro. Tengo que sacártelo todo con sacacorchos».

—Porque no eres una de mis amigas «follables». Somos vecinos y tenemos una relación diferente. Y prefiero llamarlo echar un polvo, a medio camino entre follar y hacer el amor.

—Me parece bien. En ese caso, hemos echado tres polvos esta noche. Tres polvazos, diría yo.

—No quisiera que eso cambiara nuestra amistad, ni la relación que tenemos. Me gusta quedar en tu casa o en la mía a tomar una copa, hacer una barbacoa en tu patio, salir por las tardes a

pasear a Thor. Quiero seguir teniendo a mi vecina.

—Eso no tiene por qué cambiar.

—¿Seguro?

—Pues claro. Jock y yo nos acostamos unas cuantas veces y eso no cambió nuestra amistad.

Dylan sintió la mención del escocés como si le hubieran dado una coz en el estómago.

—¿Por qué dejasteis de hacerlo? —preguntó a su pesar. No quería saberlo, pero no pudo evitar la pregunta.

Freya se encogió de hombros.

—Dejamos de desearlo, supongo. No lo sé, simplemente un día dejó de apetecernos. No lo hablamos, fue algo que murió, sin más.

—¿Eva lo sabe?

—Claro que lo sabe.

—¿No está celosa?

—No tiene motivos, te lo aseguro. Sabe muy bien lo que Jock siente por ella y lo nuestro fue hace bastante tiempo, y nunca estuvimos enamorados. Fue antes de que se conocieran. Antes de Robert. Por eso te digo que podemos seguir siendo vecinos, amigos, colegas o lo que quieras, después de esta noche. Ambos nos deseábamos, y nos hemos acostado juntos. Podemos atribuirlo a la magia de Escocia, a las brujas o al monstruo y no tiene por qué volver a repetirse. O sí —añadió clavando en él unos ojos picaros, que no cerraban ninguna puerta—. Si en algún momento nos apetece repetirlo, ¿por qué no? Somos adultos y sabemos que el sexo no tiene nada que ver con el amor.

Dylan sabía que a él le apetecería repetirlo, más pronto que tarde. Y no quería mencionar la palabra amor. Tampoco la de celos, pero algo se retorcía en su interior cuando pensaba en Freya y Jock juntos. Por muy amigos que fueran. Por mucho tiempo que hubiera pasado.

—¿Todo está bien, entonces? —le preguntó, deseoso de escuchar una respuesta afirmativa que calmara sus temores y su agitado espíritu.

—Todo está bien —susurró ella acariciándole la cara, y depositando un beso casto sobre los labios—. Bueno, no del todo —rectificó.

Dylan se tensó. Y no solo por las palabras, sino porque el leve roce lo había transportado de nuevo a la noche anterior, a las caricias compartidas. Al deseo avasallador que lo había devorado.

—¿Qué sucede?

—Llevo muchas horas sin comer y estoy hambrienta. Las brujas hambrientas somos peligrosas.

—Los ingleses hambrientos también. Habrá que solucionar eso antes de que nos liemos a mordiscos uno con el otro. —La sola idea hizo que dejara de tener hambre de comida, pero se contuvo—. ¿Hace un buen *brunch*?

—Hace.

***

Freya dedicó toda la mañana y parte de la tarde a hacerle a Dylan un recorrido por lugares emblemáticos de los alrededores. Ninguno de los dos mencionó la noche de pasión que habían compartido, tratando de mostrarse como los amigos que eran antes de llegar al lago Ness. Pero ambos sabían que no olvidarían la experiencia, que no había sido una noche más, ni unos polvos más, en su vida sexual.

Al atardecer, regresaron a Edimburgo, ninguno deseaba poner a prueba su contención pasando otra noche en la autocaravana, a solas. Avisaron a sus amigos de su vuelta, rogándoles que no les esperasen para cenar. También en Escocia, como en Inglaterra, la cena era temprana.

Cuando ya estaban cerca, Dylan hizo un comentario que había dudado si mencionar.

—Creo que deberías cubrirte el cuello antes de llegar. Las marcas son muy visibles. Anoche no era muy consciente de la fuerza de mi pasión.

—No soy ninguna adolescente que deba ocultar su sexualidad a sus padres. Seguro que Jock y Eva han estado alguna vez en situación similar. Y no se te ocurra disculparte de nuevo o te echaré una maldición escocesa para que no se te levante nunca más —dijo muerta de risa.

—¡No serás capaz!

—Prueba a ver.

—En serio, Freya, me sentiré muy violento si te presentas así ante ellos. Sabrán lo que ha sucedido, las marcas son inequívocas.

—Ya saben lo que ha sucedido. ¿Por qué crees que nos han dado la autocaravana para pernoctar en un sitio tan romántico como el lago? Podían haber dejado que fuéramos en tu coche y nos buscáramos la vida para dormir en algún hotel de Inverness o los alrededores.

—Aunque lo imaginen… No es lo mismo que ver la prueba palpable.

—De acuerdo, pero no son unos mojigatos.

Aparcó la autocaravana a un lado de la autovía y buscó en la mochila una sudadera con el cuello cubierto. Sin ningún pudor se despojó de la camiseta, dejando a la vista el sujetador de encaje. Dylan tragó saliva, sin poder apartar los ojos de ella.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Freya con malicia, al ver su reacción.

—No pensaba que te fueras a cambiar aquí, en este momento. Más bien imaginaba que te pondrías algo al cuello, un pañuelo o algo similar

—No tengo nada de eso aquí. Y no creo que te escandalice por quitarme la camiseta delante de ti, no hay nada debajo que no hayas visto ya.

«Y que no desee volver a ver».

—No estoy escandalizado, solo un poco sorprendido.

Ella se cubrió con lentitud, pero la sudadera no podía ocultar la imagen que había contemplado durante breves minutos. Al menos no en su imaginación.

Llegaron al filo de las diez de la noche. Eva les abrió la puerta con una sonrisa, con Thor

revoloteando a su espalda.

—Pensaba que llegaríais más tarde. Os hubiéramos esperado para cenar.

—No queríamos cambiar vuestras costumbres —afirmó Dylan agachándose y acariciando a su perro—. ¿Te has portado bien, chico?

—De todas formas, os hemos guardado un poco de asado y verduras. Y Thor es un encanto. ¿No te plantearías dejarlo con nosotros? Es una niñera maravillosa.

—¡Ni por asomo! —exclamó Freya—. Thor es nuestro… es decir, de Dylan. Pero también lo considero un poco mío.

Jock apareció en el salón procedente del interior de la casa. Freya se acercó a él y lo besó en la mejilla. Él la rodeó con un brazo y respondió a su saludo. Dylan se sintió molesto por la familiaridad con que se trataban.

—¿Ya estáis de vuelta? Ha sido un viaje corto, pensaba que estaríais más días fuera.

—Dylan no es muy aventurero… Y hemos pensado que de alguna forma debemos agradeceros vuestra hospitalidad, de modo que nos ofrecemos para cuidar de Ian un par de noches para que vosotros podáis retozar a gusto y sin interrupciones.

—No tenéis que agradecer nada, pero no rechazaré retozar un par de noches a gusto y sin interrupciones —murmuró Eva.

—Pues nosotros encantados. Así disfruto de mi «sobrino» un poco más antes de volver a Brighton. Y Dylan aprende a cambiar pañales, que no sabe —afirmó Freya con un guiño malicioso.

—¿Tienes previsto cambiar pañales pronto, Dylan? —preguntó Eva, siguiendo la broma.

—No es mi intención, no. Pero lo haré con Ian si es necesario —aclaró. En su futuro, ni cercano ni lejano, entraba cambiar pañales.

—Los críos no son tan terribles como parece, Dylan —afirmó Jock risueño.

—De momento, prefiero los perros.

—Volviendo a vuestra proposición, ¿habéis dicho que Eva y yo podemos escaparnos esta noche?

—La autocaravana está aparcada en la plaza de garaje, y nosotros nos ocuparemos de Ian. ¿Verdad, Dylan?

—Así es.

—Pues, en ese caso, vuestra cena está en el horno y nosotros nos largamos ya. Nos llevamos el Macallan, lo siento.

—¡Que disfrutéis, chicos!

Sus anfitriones se marcharon y, cuando se quedaron solos, Dylan preguntó inseguro:

—No quedan huellas de nuestra noche en la autocaravana, ¿verdad?

—Pues ahora que lo dices, los tres condones están en la papelera.

—¿En serio? Dijiste que tirarías tú la basura mientras yo adecentaba la cama.

Las carcajadas de Freya resonaron en la habitación.

—Claro que los tiré, hombre. Pero ya te dije que no se van a escandalizar si los encuentran.

—Me ha parecido que esa pregunta sobre cambiar pañales iba con segunda intención.

—No lo dudes ni un momento. ¿Por qué te preocupa tanto que sepan que nos hemos acostado juntos?

—Porque pueden pensar que entre nosotros hay algo más de lo que hay en realidad.

—Eso es algo que solo nos incumbe a ti y a mí, y no tenemos que dar explicaciones a nadie.

—¿Ni siquiera a Jock?

—Ni siquiera a él. Ahora vamos a cenar, antes de que se despierte nuestro amiguito y no nos lo permita.

—De acuerdo. Supongo que tengo que acostumbrarme a nuestra nueva realidad.

Freya se acercó y lo besó en la mejilla.

—No será tan difícil. ¿O acaso preferirías que no hubiera pasado?

—Por supuesto que no. —«El problema es que deseo que vuelva a pasar. Es una suerte que esta noche tengamos que ejercer de niñeros»—. Cenemos —comentó pensando en el cometido que les esperaba, y que apartaría de su mente otras ideas más placenteras, pero también más peligrosas.

Capítulo 17

El regreso a Brighton fue extraño. Por mucho que intentaron volver a ser los vecinos de antes del viaje, no lo conseguían. La noche pasada en el lago se colaba en su relación amistosa sin que pudieran evitarlo. El deseo aparecía con cualquier gesto, con una palabra, con una mirada, y sus esfuerzos por disimularlo no engañaba a ninguno de los dos.

En el mes transcurrido desde su vuelta de Escocia él parecía rehuir quedarse a solas con ella. El juez había extendido la orden de alejamiento hacia Robert y Dylan relajó un poco su presencia en la casa después de saber la noticia. No habían vuelto a mencionar su noche juntos, como si esta nunca hubiera sucedido, y habían vuelto a ser solo vecinos. Bien avenidos, pero nada más.

Dylan seguía dejando a Thor en su puerta cada mañana al marcharse al trabajo para que la protegiera, por si acaso a su ex se le ocurría romper el mandato judicial. Por la tarde los dos compartían el paseo vespertino del animal, pero después cada uno iba a su casa.

Cuando lo hacía, Freya aguardaba con el alma en vilo su regreso, temerosa de que lo hiciera acompañado, de volver a escuchar en el piso de arriba los gemidos de alguna mujer con la que estuviera pasando la noche. Dolida de que le proporcionara a otra el placer que ella deseaba solo para sí. Celosa, muy celosa.

Freya confiaba en que él quisiera repetir su noche juntos, había dejado esa puerta entreabierta, pero el domingo que ella le propuso hacer una barbacoa en el patio, rehusó aduciendo un compromiso previo. Salió y no regresó hasta bien avanzada la noche. Estuvo en la ventana, a oscuras, esperando su regreso con un nudo en el estómago y mil ideas negras rondándole la cabeza.

Respiró aliviada al verlo llegar solo. Si había estado con alguna mujer, al menos no tendría que ser testigo de ello.

Salió poco después con el perro, dispuesto a cumplir su obligación con el animal. Ya era tarde para el paseo que solían dar los tres, y la salida fue corta, lo imprescindible para que el animal hiciera sus necesidades. El otoño empezaba a asomar sus fauces y pronto no sería agradable pasear por la playa a la caída de la tarde. Y lo más probable era que su relación con sus vecinos del piso de arriba se resintiera, que Dylan se limitara a sacar al perro solo el tiempo necesario y

ni siquiera la llamara para compartir el paseo.

Aquella noche, cuando lo oyó regresar, le hubiera gustado invitarlo a tomar un té o una copa, y charlar un rato, aunque no pasara nada más, pero no se atrevió. No quería recibir un nuevo rechazo disfrazado de excusa más o menos creíble. Regresó al salón, se cubrió con la manta del sofá y se dispuso a ver una película en una de las plataformas de *streaming*.

Dylan la seguía deseando, eso era evidente, su mirada era inequívoca, pero no parecía estar dispuesto a dejarse llevar de nuevo, y se estaba resignando a que lo sucedido en el lago sería un momento único que quedaría en el recuerdo.

También ella había retomado sus salidas con Susan y Mandy, superado ya el temor a que Robert irrumpiera en su vida. Irrumpir podía, nadie aseguraba que respetara la orden de alejamiento, pero tenía que vivir; no podía, ni quería, pasar el resto de su existencia con miedo. Tampoco colgada de un hombre que no deseaba ser más que su vecino. Debía pasar página sobre lo sucedido en el lago.

***

Dylan regresó a casa un sábado más, abatido y molesto consigo mismo. Había quedado con una de sus amigas, dispuesto a pasar la noche con ella, y así borrar de su mente y de su recuerdo la que pasara con Freya en la autocaravana. No lo había conseguido. Ni siquiera le había propuesto a la chica acompañarla a su casa. Mientras cenaban, la contemplaba intentando excitarse con su cuerpo voluptuoso —a propósito, había escogido una con buenos pechos—, pero había sido en vano. No eran los pechos que deseaba. Ni la cara, ni la sonrisa. Ni los ojos verdes que se tornaban azules cuando se enfadaba. El sexo, como simple desahogo físico, sin importar quien fuera la mujer, ya no le valía.

Después de la cena había puesto como excusa a su perro —aunque ya lo había sacado antes de salir y el animal estaba acostumbrado a que los fines de semana la rutina cambiaba— y se había marchado.

Una vez en su casa miró la ventana de Freya. La luz del salón estaba encendida, y las ganas de llamar a su puerta y ofrecerle una copa se le hicieron más abrumadoras que nunca. Thor lo miraba como si intuyera sus deseos. Su desasosiego. Su necesidad.

—No es buena idea, chico.

«¿Por qué?», parecían preguntar los ojos inteligentes de su mascota.

—Porque es nuestra vecina —susurró bajito, aunque ya hacía el suficiente frío nocturno para tener las ventanas cerradas y que Freya no lo oyera—. También nuestra amiga. Y yo no tengo intención de que sea nada más. Y si voy a su casa esta noche…, o cualquier otra, podría pasar algo que haga que no me sienta bien conmigo mismo siendo solo eso. ¿Lo entiendes?

El animal lo miraba en silencio.

—¡No! ¿Tú que vas a entender, eres un perro y como tal lo tienes muy fácil! Te gusta una

chica y vas a por ella, y luego no tienes ni obligaciones ni compromisos…, ni mala conciencia.

Su interlocutor seguía observándolo, invitándolo a soltar todo lo que bullía en su cabeza, lo que su razón le decía para impedir que bajara aquella escalera y diera rienda suelta a toda la pasión que lo consumía.

—Es escocesa —añadió—. Y no quiero una relación con una escocesa… —La palabra relación se había colado sin su permiso—. No quiero una relación con nadie en este momento de mi vida, y menos con alguien de su país. De acuerdo, no es una bruja. Es encantadora y me gusta… Me gusta mucho —admitió—. Sé que a ti también te gusta, pero no es buena idea, chico, no lo es.

El perro se levantó y con paso lento se dirigió por el corredor hasta la puerta. Luego emitió un solo ladrido, mirando la hoja cerrada.

—Eres un cabroncete… Te estoy pidiendo ayuda, no que intentes hacerme caer en la tentación.

Otro ladrido, lastimero esta vez.

—De acuerdo, no puedo luchar conmigo mismo y contigo a la vez.

Respiró hondo, cogió una botella del aparador y una caja de galletas y se dirigió a la puerta, tras comprobar que la luz del salón de Freya continuaba encendida.

La abrió y esperó a que el perro bajara delante de él, pero el animal regresó a su cama perruna y se echó en ella.

—¡Traidor! ¿Vas a dejarme solo?

El chucho lo ignoró. Suspirando, cerró a su espalda y bajó la escalera.

***

Freya escuchó el timbre de la puerta y sintió un sobresalto. Eran las once y media de la noche y el temor a que Robert hiciera su aparición a pesar de la orden de alejamiento la asaltó. Se levantó con cautela y aplicó los ojos a la mirilla. Dylan estaba al otro lado, con una sonrisa amistosa.

Llevaba esperando ese momento desde que regresaron de Edimburgo, y con el corazón latiendo con violencia en su pecho, se apresuró a abrir.

—Hola —dijo su visitante mostrando una botella en una mano y una caja de galletas en la otra —. He visto luz en tu ventana y he pensado que tal vez te apetecería una copa. No es el Macallan de Jock, pero este también es un buen whisky. Las galletas sí son tus favoritas.

Ella miró las manos que alzaba, sin decir nada. ¿En verdad había ido para tomar una copa? Sus ojos decían que no; ya conocía esa mirada felina en los ojos verdes que la devoraban sin mesura.

—Si no es buen momento, lo dejamos para otro día… —sugirió abatido—. Sé que es tarde y tal vez…, tal vez no tengas ganas de visita.

—Pasa —invitó con una sonrisa—. Te esperaba.

—¿Me esperabas? —preguntó con la incredulidad pintada en el rostro. Ni siquiera él sabía que acabaría bajando aquella noche, en otras ocasiones había conseguido contener el impulso.

—En realidad, te espero desde que regresamos. Pero no he tenido dudas de que acabaríamos por tener de nuevo una relación más de amigos que de vecinos. Como antes de que nos fuéramos a Escocia. Siéntate, voy a por unos vasos y un poco de hielo.

Sabía que él tomaba el whisky con hielo. Ella, como buena escocesa, lo prefería solo.

Dylan se acomodó en el sofá echando a un lado la manta con la que había estado cubierta. Sentía sobre ella la mirada hambrienta y, mientras trajinaba buscando vasos, un plato y cargando la cubitera, se preguntó cuanto tiempo tardaría él en expresar sus verdaderos deseos. Las mariposas aleteaban gigantes por su estómago en espera del momento. Mientras tomarían una copa.

Se sentó a su lado y esperó a que él escanciara el líquido. Tomó su vaso y lo alzó en un brindis.

—Por nosotros, los mejores vecinos del mundo.

—Por nosotros.

—Y por lo que nos une —añadió.

La mirada de Dylan se hizo cautelosa.

—¿Qué es lo que nos une?

—Tenemos algo así como un perro en custodia compartida, ¿no?

—Ah, eso… Te refieres a Thor.

—¿A qué otra cosa podría referirme? ¿Qué has pensado?

—Nada… No sé. —Dio un largo sorbo a la bebida, rehuyendo su mirada.

—¿Por qué has tardado tanto en bajar a ofrecerme una copa? —preguntó dispuesta a coger el toro por los cuernos, puesto que Dylan comenzaba a divagar—. ¿Me estabas rehuyendo?

—No. —Pero su expresión culpable decía lo contrario—. He estado ocupado. Y puesto que ya no debemos tener miedo de que Robert aparezca, he creído oportuno retomar mi vida anterior. La tenía un poco abandonada desde que tu ex te atacó. Mi trabajo, mis amigos…

—Entiendo. Tus amigas, también.

Él se encogió de hombros con desgana. No le apetecía hablar de su vida sexual, nula desde que pasó la noche con ella. De su falta de deseo por otras mujeres. Sería como admitir que lo que sucedió en el lago había sido algo más que sexo, y que había bajado aquella noche con la esperanza de repetirlo. Decirlo sería dar un paso adelante hacia algo que no deseaba. O, al menos, no tenía claro desear, aunque minutos antes le hubiera dicho a su perro lo contrario de forma categórica.

Pero ver a Freya allí, sentada a su lado, con aquella sonrisa deslumbrante, bebiendo su licor a pequeño sorbos, hacía que deseara disfrutar de momentos como aquel sin necesidad de implicar el sexo. Aunque la deseaba muchísimo, aquella noche, no tenía prisa por exponer sus deseos. Quería disfrutar del momento, de un rato de conversación, de un whisky compartido. Los dos

sabían cómo iba a terminar la noche, pero no sentía urgencia por ello. De hecho, la espera ofrecía una expectación añadida.

Freya observaba a su visitante con atención. Relajado a pesar de que la mirada de deseo era inequívoca.

—¿Qué has hecho estos fines de semana que no nos hemos visto? —preguntó Dylan, mirándola con intensidad, recostado contra el respaldo del sofá.

—Lo mismo que tú. Poner mi vida al día sin temor a que Robert aparezca. Aunque cuando has llamado he sentido un poco de aprensión. Pero sí, estoy saliendo de nuevo.

—Con amigos…

—Con amigos y amigas.

—Pensaba que no conocías a nadie en Brighton.

—Cuando me mudé, no, pero ya llevo aquí unos meses y soy una mujer sociable. He hecho algunas amistades.

—Entiendo. Pero esta noche estás aquí, sola.

—Sí, esta noche estoy aquí, pero no sola. Un vecino muy amable se ha ofrecido a invitarme a una copa y unas galletas. ¡Adoro las galletas! —afirmó cogiendo una y metiéndosela en la boca, con gesto placentero. La comió con deleite, mientras él la miraba con atención.

—¿Por qué no hay un amigo contigo esta noche, Freya?

—¿Por qué no hay una amiga contigo, Dylan?

Enfrentó sus ojos, que se oscurecieron antes de inclinarse sobre ella y besarla. Fue su respuesta a la pregunta.

Freya le rodeó el cuello con los brazos y respondió al beso. Un beso intenso, lleno de algo más que urgencia y deseo. Los labios se acariciaron durante unos minutos antes de abrir las bocas y permitir que las lenguas se enredaran en su baile erótico. Se paladearon sin prisas, recorriendo los resquicios de la boca del otro, con sabor a whisky y a galletas.

Freya se sentó a horcajadas sobre el regazo masculino, dispuesta a disfrutar de más besos antes de que las manos comenzaran a desnudar los cuerpos. Aquella noche no quería prisas, ni urgencia, llevaba demasiado tiempo esperando aquella visita y pensaba disfrutar cada segundo de ella.

Notó la erección pujando contra su trasero, pero no se movió contra la misma, como le pedía su cuerpo, sino que continuó besándolo, con los brazos rodeándole el cuello, los dedos acariciando la nuca masculina, cubierta por el cabello rubio que caía sobre ella, y los labios devorándolo en silencio durante mucho rato. Lo sentía atrapado bajo su cuerpo, a su merced, y eso la hacía sentir poderosa.

Despegó la boca de sus labios y bajó hasta su cuello, donde chupó hasta dejar marca. Las manos de Dylan, al fin, ascendieron bajo la camiseta del pijama y la subió, enterrando la cara en los pechos generosos. Y ahí acabó toda la contención por parte de los dos. La ropa cayó sobre el sofá, y los cuerpos desnudos se acoplaron sentados a horcajadas. Freya cabalgó con ímpetu el

cuerpo masculino, llevándolo al límite y frenando a continuación para prolongar el momento, así como la agonía de Dylan que luchaba por moverse bajo ella, sin conseguirlo.

—Bruja… —susurró. Pero ella solo le devolvió una carcajada cristalina y lo besó con calma —. Vas a matarme…

—De placer. Déjate hacer, no te arrepentirás.

Y no se arrepintió. Cuando después de un rato de jugueteo, de excitar y frenar, los dos llegaron al orgasmo a la vez, los gritos de ambos inundaron la noche. Freya se dejó caer sobre el pecho que se agitaba sobre un corazón al borde del infarto, Dylan la rodeó con los brazos y deseó que nunca se moviera de allí.

«Que no me pida que me vaya a casa», pensó.

«Que no quiera irse ahora», rogó ella mentalmente.

Dylan agarró el borde de la gruesa manta que había apartado al llegar y los cubrió a ambos con ella.

Permanecieron sin moverse y en silencio mucho rato, hasta que sus cuerpos se relajaron, sus respiraciones se normalizaron y ya fue perentorio afrontar la situación, si no querían dormir toda la noche sentados en el sofá.

Freya levantó la cabeza del hombro que la sustentaba y enfrentó los ojos verdes.

—Creo que vas a tener que usar corbata esta semana —comentó con tono malicioso, clavando la mirada en el cuello de Dylan.

—¡Corbata! ¡Qué horror! Creo que encontraré algún jersey que cubra cualquier estropicio que hayas hecho. Y si no lo cubre, no me importa ir por ahí mostrando la fogosidad de mi hechicera favorita.

—¿Y qué pensarán tus amigas?

—Ninguna de ellas tiene derecho a recriminarme nada. ¿Hay alguien a quien debas tú dar cuenta de lo que acaba de pasar?

—Sabes de sobra que no. Después de Robert no ha habido ningún hombre en mi vida, soy libre de echar un polvo con quien me apetezca.

—¿Un polvo?

—Es la palabra que escogiste para nombrar lo que hemos hecho, ¿no?

—En realidad, yo preferiría varios polvos…

—Ningún inconveniente por mi parte. Pero antes creo que debemos aclarar algo.

—¿Qué?

—Quiero que me digas por qué me rehuías, y no cuela la excusa tonta de que estabas muy ocupado. Has evitado quedarte a solas conmigo desde que regresamos, solo nos hemos visto para salir con Thor por el paseo marítimo, con gente alrededor. No has estado en mi casa ni yo en la tuya.

—Supongo que porque quería evitar lo que acaba de pasar —admitió.

—¿Por qué demonios querías evitarlo?

—Porque te deseo mucho, eso no cambió después de que nos acostáramos en el lago; al contrario, se acrecentó.

—¿Y?

Lanzó un profundo suspiro y desvió la mirada.

—No tengo claro lo que quiero contigo, y no me parece justo para ti. No entra en mis planes una relación, ni quiero para mi futuro lo mismo que tú.

—De modo que lo que quieres es acostarte conmigo cada vez que tengas ganas, sin empezar una relación ni ningún tipo de compromiso.

—Suena terriblemente egoísta dicho así, pero sí, es eso.

—No, Dylan, lo que suena es sincero. Y yo no quiero mentiras ni medias verdades. Me gustas, no te voy a engañar, pero acabo de salir de una relación desastrosa y lo último que deseo es verme enredada en otra.

—¿Piensas que soy como él? —preguntó ofendido—. ¿Que una relación conmigo sería desastrosa?

—No lo creo, pero la palabra relación me asusta tanto como a ti. ¿Por qué no podemos tan solo acostarnos cuando nos apetezca, sin complicarlo con palabras y etiquetas?

—Porque no quiero solo acostarme contigo… —susurró con voz queda—. También pasear, sentarnos a tomar una copa y ver una película, dar un paseo con o sin Thor… cuando nos apetezca, por supuesto. Sin obligación ni atadura.

—Me parece bien. A cambio, tengo una condición.

La sonrisa de Dylan se hizo luminosa. Parecía dispuesto a aceptar cualquier cosa.

—Propón.

—No habrá amigas… de las que te llevas a la cama. Si deseas estar con alguna otra, simplemente me lo dices y ya veré yo si seguimos con nuestro acuerdo o volvemos a ser solo vecinos.

—¿Eso implica que tampoco tú te acostarás con otros?

—Por supuesto.

—En ese caso, tenemos un trato. —Sintió un alivio profundo al saber que Freya no estaría con otros hombres mientras durase su acuerdo—. ¿Ese trato incluye que puedo quedarme a dormir esta noche? ¿Más de un polvo?

Freya rio con ganas, se inclinó y le dio un beso breve sobre los labios.

—Y la invitación a una barbacoa mañana… si te apetece.

—Más que nada en el mundo.

Se levantó del sofá y, sin soltarla, se dirigió al dormitorio. Ella le rodeó la cintura con las piernas mientras luchaba por no besarlo hasta que estuvieran en la cama. Estaba demasiado feliz para que acabasen en el suelo con algún hueso roto.

Capítulo 18

Durante casi dos meses Freya y Dylan empezaron algo parecido a una relación, sin serlo del todo. Salían a pasear a Thor, comían y también se acostaban juntos de vez en cuando. No con demasiada frecuencia; dejaban transcurrir unos cuantos días entre una vez y otra, como si así pudieran frenar los sentimientos que cada vez eran más patentes en sus encuentros. Ninguno los mencionaba, ninguno hacía alusión a la ternura que crecía entre ambos, al deseo de pasar tiempo juntos también fuera de la cama.

El invierno empezaba a asomar sus garras, aunque más suaves que en Escocia. En Brighton no había nieve, aunque sí lluvia y frío.

Freya deseaba pasar con Dylan la mayor parte del tiempo, pero esperaba a que fuera él quien buscara su presencia y su compañía. No deseaba que se sintiera presionado, ni agobiado. No quería romper el precario equilibrio con que se producían sus encuentros. Por eso, aquella noche de viernes, como él no había dicho nada de verse ni para cenar ni para dormir, aceptó salir con Susan y Mandy a tomar algo. Lo más seguro era que él saliera con sus amigos, y confiaba en que mantendría su palabra de no ir con otras mujeres.

Se reunió con las chicas en el Stoneham, como casi siempre. A las tres les pillaba cerca y hacía frío aquella noche para ir hasta el centro.

Se sentó con sus amigas, que ya aguardaban, y pidieron unas cervezas y unas hamburguesas.

—¿Qué tal con tu chico? —preguntó Mandy—. ¿Hoy no toca?

—No es mi chico. Y no siempre quedamos, ya lo sabes.

—Pero esta noche te gustaría haberlo hecho —afirmó Susan adivinando sus deseos.

Se encogió de hombros. ¿Para qué mentir?

—Lo cierto es que sí, pero aún queda mucho fin de semana. Tal vez Dylan tenga planes para hoy y nos veamos mañana o el domingo. Ya estuvimos juntos el martes —añadió como si eso lo explicara todo.

—¿Por qué no has ido tú a proponerle veros hoy? El tiempo en el que los hombres tomaban la iniciativa hace mucho que pasó —comentó su amiga.

—Porque no quiero agobiarlo. Es un hecho que quedamos a menudo, cada vez con un

intervalo menor de días, pero no mantenemos una relación. Tenemos una vida al margen de nuestros encuentros.

Ambas mujeres rieron con ganas.

—¡Eso cuéntaselo a otras! Tú estás colada hasta la médula.

—No lo niego. Pero él…

—Él queda contigo cada vez con más frecuencia, acabas de admitirlo. Tal vez aún no lo esté, pero le falta poco.

—Si eso no es una relación… —insinuó Susan—. Desde el martes solo han pasado tres días.

—No quiero hacerme ilusiones. Tenemos lo que tenemos y me basta con ello. Supongo que en algún momento terminará, porque yo quiero tener hijos y él no y ya no soy ninguna jovencita con muchos años por delante para intentarlo, pero mientras tanto voy a disfrutarlo. Dure lo que dure.

—Esa es la actitud —afirmó Mandy—. Nosotras también nos plantearemos ser madres en algún momento, pero por ahora vamos a disfrutar. Un hijo te cambia mucho la existencia.

—Lo sé. Pero a mí no me importaría si tengo al lado al hombre de mi vida.

—¿Y piensas que Dylan no es ese hombre?

—Me gustaría que lo fuera, pero no. No queremos lo mismo, y más tarde o más temprano, lo dejaremos. Lo tengo asumido. Para mí, lo del hijo es importante, y cuando me decida, quiero tener a mi lado a un hombre que lo comparta conmigo, pero ese hombre no será Dylan Cooper.

Terminaron de cenar y Mandy propuso ir a otro sitio a tomar una copa.

—Id vosotras —rehusó.

La noche estaba desapacible y lo que más le apetecía era sentarse en el sofá con un té caliente a ver la televisión. Quizás Dylan no saliera o, si lo hacía, tal vez regresara pronto. Tal vez…

Se despidió de sus amigas en la puerta del pub y enfiló el camino hacia su casa arrebujada en el abrigo y con la bufanda bien enrollada alrededor del cuello.

***

Dylan se estaba arreglando para salir aquella noche. Había quedado con Willy, un compañero de trabajo con el que se reunía a veces, pero no le apetecía demasiado. Prefería pasar la velada con Freya, pedir comida a domicilio, ver algo en la televisión acurrucados en el sofá y después… Sonrió al imaginarse el después. El sexo con ella era cada vez más increíble y excitante, a medida que se conocían mejor y se afanaban en complacerse uno al otro.

Ella parecía leer en su mente lo que le apetecía hacer —o que le hiciera— en cada momento, y se aplicaba a ello con entusiasmo. Juntos estaban explorando una sexualidad diferente a la que había conocido con anterioridad, pues nunca se había acostado tantas veces con la misma mujer. Ni se había esforzado tanto en complacerla, antes y después del sexo. Las mañanas de domingo en las que permanecían en la cama, acariciándose perezosamente y charlando, eran tan placenteras como los encuentros apasionados, y en alguna ocasión, si Thor no hubiera reclamado

su necesidad de salir, le hubiera gustado permanecer acostado con ella hasta el mediodía.

Aquella noche también deseaba pasarla con Freya, pero los encuentros entre ambos se estaban acercando en el tiempo, cada vez le costaba más mantenerse alejado, y eso le preocupaba. Habían estado juntos el martes, y ya se moría de ganas de hacerlo de nuevo. Por eso, cuando su colega el día antes le propuso salir esa noche a tomar unas cervezas, aceptó. No sabía que le iba a costar tanto cumplirlo.

Había visto a Freya salir arreglada un rato antes, y se resignó a que aquella noche también ella tenía planes y no iban a pasarla juntos, aunque renunciara a su salida.

Antes de irse sacó a Thor y se extrañó al notar al animal muy nervioso. Y poco dispuesto a dirigirse hacia el paseo marítimo, el camino que más le gustaba. No quería moverse de la puerta.

—¿Tienes frio, chico?

La noche era desapacible, un viento helado se colaba por todos los rincones de la ropa y volvió a pensar en lo a gusto que se estaría en casa, con Freya acurrucada a su lado. En sus brazos, ambos cubiertos por la agradable manta que tenía en el sofá.

Thor se resistía a dejar la calle, ladrando contrariado cuando el intentaba llevarlo más allá.

—Está bien —aceptó—. Hoy no tienes ganas de paseo.

Regresaron a la casa y tampoco el animal quiso subir la escalera, ladrando y tirando con insistencia de la correa en dirección a la puerta de su vecina.

—Tú también quieres verla esta noche, ¿verdad? Pues lo siento chico, no está. También ella tiene planes. No debemos ser tan acaparadores.

Dejó al animal dentro de su casa y salió, escuchando los ladridos enfadados a su espalda, mientras se dirigía al coche, aparcado en la calle colindante. Aquella noche Thor no iba a salirse con la suya.

Sin embargo, le preocupaba la actitud del animal, pues desde lejos seguía escuchando sus ladridos. No solía ser tan insistente, y se le ocurrió pensar que tal vez estuviera enfermo y no deseara quedarse solo.

Se quedó en el coche dudando si regresar o ponerlo en marcha. Esperaría un poco hasta ver si se calmaba.

***

Freya giró la esquina sonriendo. Desde antes de hacerlo escuchaba los ladridos de Thor, dándole la bienvenida. Esperanzada miró hacia la casa de Dylan, que permanecía a oscuras, señal inequívoca de que su dueño no estaba en ella.

El perro parecía hallarse abajo, justo detrás de la puerta, y se acercó a la misma para tratar de calmarlo.

—¿Qué pasa, Thor? ¿Papi te ha dejado solo y hoy te apetece compañía? Lo siento, no tengo llave, tendrás que esperar a que él vuelva.

De repente un brusco empujón la arrojó contra la puerta, haciendo que cayera al suelo y se golpeara la sien con la madera. Aturdida, se giró a medias y trató de levantarse, pero la figura que se cernía sobre ella se lo impidió. Una bofetada le cruzó el rostro mientras los ladridos de su amigo se volvieron más estridentes y furiosos.

—¿Creías que podías joderme, zorra?

—¡Robert! ¿Qué haces aquí? Tienes una orden de alejamiento.

—Y me limpio el trasero con ella.

—Voy a llamar a la policía y te detendrán.

—No será antes de que te dé tu merecido.

La agarró del pelo y la obligó a levantarse. El perro ladraba furioso detrás de la puerta.

—Hoy no cuentas con la ayuda de tus vecinos, ni el chucho ni el capullo que te estás tirando, porque estoy seguro de que te lo estás tirando. Se ha ido hace un rato y el perro está a buen recaudo detrás de la puerta. Ninguno de ellos va a protegerte esta vez. Porque ya no quiero que vuelvas conmigo, las putas como tú no se merecen que alguien las quiera como yo te he querido; pero a mí nadie me denuncia ni manda a la policía a mi casa. Y vas a pagar por ello.

La tenía agarrada por el pelo, la abofeteó de nuevo y volvió a empujarla contra la puerta. La cabeza de Freya golpeó el cristal, que se rompió causándole una herida en la frente, de la que comenzó a manar sangre, nublándole la vista. Robert la agarró dispuesto a golpearla de nuevo, y de repente escuchó pasos apresurados a su espalda y la voz de Dylan dirigiéndose a ellos.

—¡Déjala, cabrón!

Sintió que la presión de las manos de su agresor aflojaba, y trató de mantenerse en pie, mientras un torbellino peludo cruzaba el cristal roto desde dentro y se abalanzaba sobre Robert.

Thor, furioso, comenzó a morder las piernas del hombre, que a su vez luchaba por soltarse del agarre de Dylan, que le sujetaba los brazos para impedir que siguiera golpeándola. Consiguió zafarse, pero el perro continuó ensañándose con Robert y haciéndolo huir hacia la avenida que transcurría paralela a la calle. Dylan se inclinó sobre ella, que se levantaba con dificultad.

—¡Freya! Cariño… ¿estás bien? Voy a matarlo con mis propias manos, si Thor no lo hace antes —exclamó limpiando la sangre que le caía de la frente para averiguar la gravedad de la herida.

En aquel momento se escuchó el estridente sonido de un frenazo y un golpe seco, acompañado de fuertes ladridos.

—¡Thor! —exclamaron al unísono.

—Yo estoy bien —afirmó ella, con la voz llena de temor—. Ve a buscar a Thor.

Él la dejó sentada en el escalón y volvió la esquina en dirección al ruido, preso de un oscuro temor. Había varios coches parados y un hombre descendía de uno de ellos; justo delante el cuerpo de Robert yacía desmadejado en una posición poco natural. Thor se dirigió hacia él cojeando con un ladrido lastimero.

—Se cruzó ante mi coche de improviso. No he podido frenar a tiempo. El perro parecía

perseguirlo. El impacto lo ha lanzado contra otro coche que venía de frente —se lamentaba el apesadumbrado conductor—. No se mueve.

—El perro es mío y este hombre acaba de atacar a una mujer en la calle de al lado, por eso lo perseguía. No se preocupe, yo he sido testigo de todo… Llame a la policía y a una ambulancia, por favor. Yo voy a comprobar el estado de la chica y de mi perro. La he dejado sola al escuchar el ruido del atropello.

—Al animal solo le he dado de refilón, se apartó a tiempo.

Se inclinó hacia Thor y lo cogió en brazos. Tenía algunos rasguños de los cristales, pero no parecía seriamente lastimado.

—Gracias, chico —susurró abrazándolo—. Eres todo un valiente.

Varias personas se arremolinaban alrededor del cuerpo caído de Robert, algunos de ellos llamaban por sus teléfonos móviles. La situación estaba controlada en la avenida.

Regresó junto a Freya, que se había sentado en el escalón de su casa y apretaba la frente con la bufanda, tratando de contener la hemorragia.

—¿Thor está bien? —preguntó angustiada al verlo llegar con el animal en brazos.

—Solo un poco magullado. No puedo decir lo mismo de Robert. Se cruzó ante un coche y ha sido atropellado. Parece serio. El conductor ha llamado a una ambulancia y a la policía y yo voy a hacer lo mismo. ¿Tú cómo estás?

Se inclinó y le retiró la bufanda de la frente.

—Un poco mareada... Me he golpeado la cabeza dos veces.

—Esto va a necesitar algunos puntos, me temo.

Ella asintió. Dylan la abrazó sintiendo el cuerpo tembloroso y sollozante contra el suyo. Y el inmenso temor que lo asaltó al ver como Robert la golpeaba contra el cristal aflojó un poco. Solo un poco. El miedo a perderla había sido tan abrumador que tardaría mucho tiempo en reponerse. También el de perder a Thor. Cuando escuchó el frenazo y el golpe, no tuvo dudas de que se trataba de un atropello y temió que su pequeño amigo hubiera sido la víctima.

Cogió el móvil y llamó a otra ambulancia, sin soltarla. Freya necesitaba atención médica y también Thor debería pasar una revisión. Sin duda iba a ser una noche muy larga y complicada para todos.

Por suerte, el extraño comportamiento de su perro lo había hecho volver en lugar de reunirse con su amigo. Justo a tiempo. No quería ni pensar en lo que hubiera ocurrido si se hubiera marchado.

***

Las ambulancias trasladaron hasta el hospital a Freya y también a un malherido Robert. Dylan las siguió en su coche

A ella la llevaron hasta la sala de reconocimiento, a la que no le permitieron acompañarla y,

después de que le aseguraran que su vida no corría peligro, pero que tardarían un rato en hacerle algunas pruebas para descartar daños cerebrales, Dylan llevó a Thor a una clínica veterinaria para que también lo examinaran. Se sentía dividido entre los dos seres que más le importaban en el mundo, deseaba estar con ambos y cuidarlos, pero no se podía dividir.

Pidió que dejaran al perro en la clínica aquella noche hasta asegurarse de que solo tenía magulladuras y regresó al hospital para averiguar con exactitud el alcance de las heridas de Freya. No sabía cuánto la había golpeado antes de que él llegara.

Aguardó un rato en la sala de espera hasta que pudiera hablar con el facultativo que la estaba atendiendo. Pocas veces en su vida se había sentido más impotente ni más angustiado. Se culpaba por haberla dejado sola, por no hacer caso al nerviosismo de Thor, que con toda seguridad adivinaba la presencia del acosador, escondido en los alrededores de la casa.

Comprobó el móvil, que había ignorado hasta el momento, en el que tenía varias llamadas perdidas de su amigo, y le explicó lo sucedido. Este se ofreció a ir a su casa, que había quedado con fácil acceso al tener el cristal de la puerta roto. Ni siquiera se había percatado de ello, solo pudo pensar en Freya y en Thor, heridos ambos.

Vio entrar en la sala de espera a uno de los policías que habían acudido a la llamada y acercarse a él.

—¿Cómo está la chica? —le preguntó.

—Aún la están atendiendo, pero su estado no reviste gravedad, según una primera evaluación. ¿Y el acosador?

—Ha fallecido en la ambulancia, me temo.

—No puedo decir que lo lamente. Lo siento por el conductor, que no ha podido evitarlo y lo llevará en su conciencia el resto de su vida. Imagino que deberá responder del atropello, aunque no haya tenido la culpa.

—Habrá una investigación, desde luego, pero ha dado negativo en alcoholemia ni drogas, no superaba la velocidad permitida en la vía y no se dio a la fuga, socorriendo al herido. Otros conductores han testificado que se abalanzó contra el coche huyendo del perro que le mordía las piernas.

—Mi perro no tendrá problemas, ¿verdad? Solo defendía a su dueña.

—¿El animal es de ella?

—De los dos.

—¿Son pareja?

Asintió. No seguiría negándoselo a sí mismo. Eran mucho más que vecinos. Más que amigos. Más que todo.

—¿Usted estaba con ella?

—No en el momento de la agresión. Estaba en el coche, en la calle colindante. Acudí cuando escuché los ladridos de Thor, pero no pude evitar que ya la hubiera golpeado. Nunca me lo perdonaré.

—No se fustigue, el único culpable es el agresor y ha corrido peor suerte. Ya no volverá a molestarles, nunca más.

—Sí, es lo único positivo de todo esto.

—Supongo que estará agotado, pero mañana deberá pasar por comisaría para hacer una declaración de los hechos. Y la chica, si se encuentra en condiciones, también. Cuanto antes cerremos este caso, mejor.

—Por supuesto.

En aquel momento un médico apareció en la sala de espera.

—¿Alguien esperando noticias de Freya Donald?

—Yo —afirmó.

—Su estado no reviste gravedad, pero la vamos a dejar aquí esta noche, por prevención. Tiene una leve conmoción cerebral y es conveniente que esté en observación unas horas. La herida de la frente no tiene importancia, le hemos dado unos puntos de sutura que apenas le dejarán cicatriz. Y no tiene ningún hueso roto, solo contusiones y magulladuras a consecuencia de la caída. Le hemos suministrado un sedante para que descanse, pues está muy nerviosa.

—¿Puedo quedarme con ella?

—En observación no es posible. Pero no se preocupe, está en manos de profesionales. Si es usted un familiar puede verla unos minutos.

—Soy su pareja.

—Venga conmigo.

Se despidió del policía, quedando en acudir a la comisaría al día siguiente, y siguió al facultativo hasta una sala.

—Solo unos minutos, no la fatigue.

Freya estaba recostada en una cama, con un apósito en la frente. Un lado de la cara presentaba el principio de un moratón y su aspecto general era de agotamiento. Se detuvo a su lado y le cogió la mano que tenía libre; en la otra estaba insertada una aguja con una vía.

Los ojos se le empañaron al verla, tan vulnerable su chica escocesa, que siempre era tan vital. Quiso abrazarla, besarla hasta la extenuación y decirle lo que sentía por ella. El miedo que había tenido de perderla. Pero estaban rodeados de camas separadas solo por unas cortinas. No era el momento ni el lugar.

—¿Cómo estás?

—Como si me hubieran dado una paliza.

—Es que te la han dado, cariño.

—¿Cariño?

—He tenido que decirle al médico que soy tu pareja para que me dejaran verte. Los vecinos no tienen ese privilegio. No me dejes por mentiroso.

—Te seguiré la corriente. ¿Y Thor? ¿Está bien?

—Solo un poco magullado. Unos cortes superficiales producidos cuando atravesó el cristal y

un esguince en una pata. Lo he dejado en una clínica veterinaria esta noche para que lo atiendan y mañana podré recogerlo.

—¿Y Robert?

—No ha sobrevivido al atropello.

Freya permaneció unos minutos pensativa.

—Supongo que eso lo acaba todo —dijo con un suspiro—. Nunca le he deseado ningún mal, una vez lo quise, pero es un alivio saber que no volverá a atacarme. A atacarnos.

—Es un alivio, sí. Ahora debo dejarte, me han advertido que solo podía quedarme unos minutos.

—¿Puedes hacerme un favor?

—Lo que quieras.

—Llama a Jock y cuéntale lo ocurrido. Se enfadará si no le digo nada, pero no le preocupes.

—Tranquila, yo le informaré. Y ahora descansa, cariño. —Se agachó hasta la cama y le dio un beso leve en los labios—. Vendré mañana.

—Gracias…

—A las parejas no se les dan las gracias. ¡No me delates! —dijo con un guiño malicioso.

Salió de la estancia sintiendo como si también a él le hubieran dado una paliza. No había sido física, sino emocional, pero se sentía hecho una piltrafa en aquel momento. A pesar de ello, sabía que no podría dormir, porque debía encontrar la forma de hacer realidad lo que le había dicho al médico. Tenía que convencer a su hechicera escocesa de que, ahora que ya no corría peligro, no volviera a Escocia y se quedara en Brighton con ellos. Haría lo que fuera, incluso dejarla embarazada si ese era su deseo. No sería tan terrible, Thor les ayudaría. No, no sería tan terrible. Lo único terrible sería perderla.

Capítulo 19

Dylan pasó una noche inquieta. El recuerdo de lo sucedido no le dejaba descansar, pero también la aceptación de sus sentimientos por Freya le impidieron dormir las pocas horas de que disponía antes de que rayara el alba.

Se levantó temprano, localizó un cristalero que sustituyera el vidrio roto de la puerta; no podía dejarla a merced de posibles asaltantes mucho tiempo. Cualquiera podía terminar de romperlo y colarse dentro sin ningún esfuerzo.

Cuando ese tema estuvo solucionado trató de contactar con el hospital, pero no pudieron darle información del estado de Freya. Seguía en observación y hasta media mañana no habría un informe médico que facilitarle.

Recogió a Thor en la clínica veterinaria, donde le aseguraron que el esguince de la pata era leve y bastarían unos días de poca movilidad para que se recuperase del todo.

El animal se restregó contra él con mimo y sintió pena por haberlo tenido que dejar solo en un lugar extraño. Desde que era un bebé habían estado juntos, nunca se habían separado. Lo llevó a casa, y después llamó al hospital de nuevo, con la esperanza de obtener más información. Le notificaron que Freya se encontraba bien y que le darían el alta en poco rato. No podía llamarla, le habían dado a él sus pertenencias la noche anterior: el bolso con las llaves, el teléfono móvil y la documentación. Cogió estos últimos y fue a recogerla.

Freya lo aguardaba en la sala de espera, ya con el informe médico y el cansancio reflejado en el rostro. Sintió un profundo pesar al verle el pómulo amoratado, quería abrazarla, compensarla por el daño recibido.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó acercándose.

—Bien. Dolorida y cansada. ¿Y Thor?

—Acabo de recogerlo y dejarlo en casa. Un poco magullado, lo mismo que tú, pero nada serio. Vamos, en breve tú también estarás en casa.

—Antes quiero pasar por comisaría para prestar declaración.

—¿Estás segura? Podemos posponerlo unos días hasta que estés mejor. Se te ve agotada.

—No; quiero terminar con eso cuanto antes. Tengo el informe del hospital sobre mis lesiones,

pero además deseo que me vean la cara. Espero que mi aspecto pueda ayudar al conductor que lo atropelló.

—El policía que acudió me dijo que habría una investigación, pero que lo exonerarían de culpa. No iba bebido ni se dio a la fuga, y varias personas han declarado que fue Robert quien se abalanzó contra el vehículo.

—Aun así, quiero ir ahora. Después, te agradeceré que me lleves a casa.

Dylan alargó la mano y le rozó la mejilla con la punta de los dedos, con suavidad, para no lastimarla.

—Siento mucho no haber estado allí para protegerte.

—Una vez emitida la orden de alejamiento había pocas posibilidades de que Robert la incumpliera. Estuviste mientras hubo peligro inminente, no podías hacer más.

Ninguno de los dos podíamos renunciar a nuestras costumbres de forma indefinida. Era un riesgo que debíamos correr. También yo salí a cenar con unas amigas, pero no podíamos prever que me estaría esperando a la vuelta.

—Quería estar anoche contigo… pero un compañero de trabajo me propuso salir a tomar algo, y acepté. Pero Thor debía percibir la presencia de Robert por los alrededores porque estaba muy nervioso. No quiso moverse de la calle cuando lo saqué y cuando me marché no dejó de ladrar. Me quedé en el coche esperando que se tranquilizara, y como lo notaba cada vez más alterado, decidí regresar y quedarme en casa. Él es el auténtico héroe de esta historia.

—Los dos lo sois. Y cuando esté mejor, os debo una barbacoa en toda regla. Ese día nada de pienso para mi salvador, le vas a permitir tomarse un buen hueso. Ahora llévame a la comisaría y después a casa, por favor. Terminemos con este asunto de una vez.

—Es probable que debamos declarar si hay un juicio. Pero eso no será todavía, tardará un poco.

Una hora después Dylan aparcaba en la puerta de sus respectivos domicilios.

—¿En tu casa o en la mía? —preguntó deteniéndose delante de las dos puertas contiguas.

Freya lo miró con el ceño fruncido.

—Estoy muy cansada, necesito relajarme y dormir. En el hospital me han despertado cada poco rato para comprobar que la conmoción no empeorase. No estoy para fiestas, Dylan, ni para sexo. Debo permanecer tranquila unos días.

—Ya lo sé; solo pretendo estar a tu lado y cuidarte. Tú decides el lugar donde quedarnos, pero no me voy a separar de ti hasta que deba ir al trabajo el lunes, y si es necesario que me coja un par de días, lo haré. No voy a hacerte el amor hasta que estés recuperada del todo.

Se volvió a enfrentar los ojos verdes, que la miraban llenos de preocupación… ¿Y ternura?

—¿Hacer el amor? —preguntó—. Tenía entendido que nosotros solo echábamos polvos.

—Cuestión de nomenclatura. Ya hablaremos de eso, pero no aquí en la calle. ¿Tu casa entonces?

—Sí, por favor.

—Voy arriba a por tu bolso; me lo dieron anoche cuando te quedaste ingresada. Las llaves están en él.

Minutos después regresaba con la mochila que Freya solía usar y, tras localizar las llaves, entraron en el piso. Freya tuvo la sensación de que hacía mucho tiempo que había salido de él, no solo unas horas.

—Voy a ponerme cómoda y llamaré a Jock.

—Ya hablé con él anoche, le conté lo sucedido y le expliqué que no tenías nada grave.

—Pero no se quedará tranquilo hasta que se lo confirme yo.

—Te dejo privacidad entonces. Voy por Thor, debe caminar lo menos posible durante unos días. Tendrá que usar tu patio.

Desde que el perro se quedaba en casa de Freya, esta tenía una cama y un comedero para él, así como una bolsa de pienso.

—De acuerdo, pero no voy a decirle a Jock nada que tú no puedas oír. No necesito privacidad para ello.

—Me llevo las llaves para no llamar a la puerta y molestarte —dijo ignorando el comentario y dirigiéndose a la entrada.

Freya lo vio salir con el ceño fruncido. Dylan estaba raro esa mañana. Tenía profundas ojeras y aspecto agotado, pero no era solo eso. La miraba diferente, había en sus ojos una ternura nueva que le daba miedo analizar. Lo sucedido la noche anterior lo había afectado también a él, pero se sentía demasiado agotada para analizarlo. Estaba muy sensible por todo lo ocurrido y lo más probable era que solo se tratara de preocupación. También Dylan lo había pasado mal por lo sucedido la noche anterior.

Jock respondió de inmediato. Parecía tener el móvil en la mano, como si estuviera esperando la llamada.

—¡Freya! ¿Cómo estás?

—Un poco magullada, pero bien. Me han dado el alta en el hospital y ya estoy en casa. Robert ha muerto y a mí me cuesta creer todo lo que nos ha pasado. Parece una película de terror.

—Ya lo sé, Dylan me lo contó anoche. Hemos infravalorado a Robert, debimos suponer que no aceptaría la orden de alejamiento, que estaba demasiado obsesionado contigo.

—Eso parece. Pero se acabó. No quería que terminara así, pero al menos sé que ya no me atacará de nuevo. Ahora solo me queda recuperar mi vida y mi tranquilidad, aunque va a costarme.

—¿Necesitas que vaya a cuidarte? Eva tiene mucho trabajo ahora en el museo, pero yo puedo escaparme un par de días. Si necesitas un amigo para sanar las heridas físicas y emocionales, ya sabes que puedes contar conmigo. Siempre estaré ahí para ti, amiga.

—Dylan se ha ofrecido a hacerlo. Incluso a pedir unos días en el trabajo. Él y Thor van a quedarse en casa, conmigo.

—En ese caso no me necesitas, y estoy seguro de que prefieres su compañía a la mía. —Había

risa en su voz.

—No digas eso, no lo prefiero. Ambos estáis en parcelas diferentes de mis sentimientos.

—Ya lo sé —afirmó—. No me pongo celoso, no te preocupes. Pero dile que, si no te cuida bien, se las tendrá que ver conmigo.

—Lo hará, estoy segura.

—Cuando Eva se libere un poco de trabajo iremos a verte, porque imagino que, aunque ya Robert no supone un peligro para ti, no volverás a Escocia.

—No sé lo que haré, Jock. Ahora mismo solo quiero recuperarme física y emocionalmente de esto. Después, ya veré.

—Dylan es un tonto si te deja ir.

—Soy escocesa, y más tarde o más temprano regresaré a mi tierra. Cuando llegue el momento le venderé mi piso por un precio simbólico y pondré fin a mi estancia en Brighton.

Un ligero gruñido perruno le hizo girar la cabeza. Dylan, con Thor en brazos, estaba en la puerta del salón. No había escuchado el sonido de la llave y la moqueta del corredor había amortiguado las pisadas. En los ojos de ambos se leía una profunda desolación.

—Tengo que dejarte, Jock. Dylan acaba de llegar con Thor y quiero dar las gracias a mi salvador canino.

—De acuerdo, ya hablamos.

Cortó la llamada. Dylan depositó al animal en el sofá, a su lado, con mucho mimo. Thor frotó el hocico contra su pierna y ella le acarició el lomo con cuidado de no rozar los rasguños que le habían provocado los cristales. La gruesa piel del animal se veía lacerada en varios lugares y sintió pesar y a la vez agradecimiento de que se hubiera lanzado a través del vidrio para defenderla.

—Gracias, amigo —dijo mirando al perro con ternura.

Este guardó un silencio acusador, como si hubiera comprendido las palabras que le había dicho a Jock y se sintiera traicionado. También Dylan la miraba consternado.

—¿De verdad piensas irte? —Había dolor en su voz, cuando al fin se decidió a hablar.

—En algún momento tendré que regresar, pero no he dicho que vaya a hacerlo ya. —Lo miró con intensidad—. Esta no es mi casa, Dylan. En realidad, es la tuya y nunca debió dejar de serlo; te corresponde por derecho y, como ya le he dicho a Jock, te la venderé por un precio simbólico. Me he informado y es la forma más fácil y menos costosa de hacerlo.

—Ya te dije que prefiero una vecina a un dúplex —aseguró él.

—Pero no podemos seguir siendo… vecinos toda la vida. Esto es algo temporal, al menos, eso dijimos.

—Yo no quiero ser tu vecino toda la vida. Ni quiero seguir echando polvos… quiero hacer el amor. Anoche, cuando el médico me preguntó si era familiar tuyo dije que era tu pareja, porque en realidad me siento así. Hace mucho que me siento así… y he sido un tonto en no reconocerlo. No somos solo vecinos y los dos lo sabemos. Tampoco quiero que sea temporal.

Se miraron en silencio.

—Soy escocesa.

—No tengo ninguna duda de ello —afirmó recorriéndola con la mirada y haciéndola estremecer, porque nunca la había contemplado así. No era la mirada de deseo que tan bien conocía, había en ella mucho más.

—Y pelirroja —añadió.

—También me he dado cuenta —afirmó con una sonrisa—. Y quieres tener, al menos, un hijo.

—Sí, y tú no. Más tarde o más temprano tendremos que dejarlo, porque no pienso renunciar a eso.

—He estado pensando mucho en ello esta noche. Y he llegado a la conclusión de que, si puedo cuidar y querer a Thor, también adoraré a un bebé que sea nuestro. Solo necesito un poco de tiempo para hacerme a la idea.

—Sería medio escocés… y con un cincuenta por ciento de posibilidades de ser pelirrojo.

Los ojos verdes del hombre se iluminaron.

—¿Eso es un sí? ¿Te quedarás con nosotros? —Miró al perro, que los observaba con atención, echado en el sofá—. ¡Vamos, chico, ayuda! Tú también la quieres en nuestra vida.

El animal no hizo ningún movimiento ni emitió ningún sonido. Siguió mirándolos, expectante.

—¡Traidor! Me lo tengo que currar yo solo, ¿no? De acuerdo. —Se sentó en el sofá a su lado, le cogió las manos y se las besó—. Freya, por favor, no te vayas. Quédate con nosotros. Anoche, cuando vi que te estampaba la cabeza contra el cristal creí que me moría de angustia. Estoy enamorado, y si tú aún no sientes lo mismo, voy a hacer lo que haga falta para que lo estés también. Dame la oportunidad…, déjame enamorarte.

Era imposible resistirse a aquella mirada verde y luminosa que la taladraba. Que le suplicaba. Que la derretía.

—De acuerdo. —Se inclinó a besarlo. Con suavidad, con ternura. Con el amor que sentía desbordarse por su pecho—. Dejaré que me enamores… más aún de lo que ya lo estoy. Pero lo del hijo es innegociable.

—Lo sé. Lo querré.

—Estoy segura.

Volvieron a besarse. Y de repente sintieron que algo se interponía entre sus cuerpos. Thor trataba de hacerse un hueco entre ambos, deseoso de disfrutar también del momento emotivo. Dylan se levantó y, cogiéndolo en brazos, lo sacó del sofá y lo acostó en su cama.

—¡Ahora, no!

El animal los miró complacido y se recostó, cerrando los ojos para darles intimidad.

—No podemos hacer el amor, tienes que estar tranquila para recuperarte, pero nada nos impide besarnos, ¿verdad?

—Verdad.

Y echándole los brazos al cuello, buscó su boca una vez más. Con un sentimiento nuevo e

intenso, un sentimiento universal que traspasaba fronteras.

Epílogo

Un año después

Freya colgó el teléfono con una sonrisa que le iluminaba la cara. Estaban en casa de Dylan —se alternaban en las dos viviendas— y él se encontraba en la cocina preparando la cena, al parecer sin prestar atención a la conversación que había mantenido con Jock. Había dejado de tener celos de su amigo, al igual que Eva aceptaba y respetaba la relación que mantenía con el escocés, sin dar importancia al hecho de que, en algún momento del pasado, esta no había sido solo amistosa. Después de un año juntos, como pareja, no podía tener dudas de los sentimientos que le profesaba, así como ella tampoco las tenía de los de él. Escocia e Inglaterra fundidos en el amor. Aunque cada vez que discrepaban en algo, lo que sucedía con frecuencia, él volvía a llamarla bruja escocesa y ella a él inglés arrogante. Pero las discusiones siempre terminaban en un abrazo y un encuentro apasionado, ante la mirada condescendiente de Thor, que no se alteraba, aunque las voces se alzaran un poco más de la cuenta. Sabía cómo acabaría todo y que nunca llegaría la sangre al río.

—¿Cómo están por Escocia? Seguro que hace más frío que aquí —preguntó Dylan, que no desperdiciaba la ocasión de ponderar el clima del sur, frente a los duros inviernos norteños, con el temor siempre latente de que ella añorara las tierras altas y quisiera regresar a ellas.

—Muy felices —dijo Freya entrando en la cocina para darle la noticia que Jock acababa de comunicarle—. Eva está embarazada de nuevo.

—¿No escarmientan? Ahora que empezaban a dormir toda la noche de un tirón… vuelta a empezar.

—Ambos querían otro hijo, para que Ian no estuviera tan solo. Ahora que él empieza a regular el sueño, es el momento. Además, todos los niños no son llorones ni dan malas noches. Yo fui muy buena de pequeña, según dice mi madre. La guerra la di a partir de la adolescencia.

—Me lo puedo imaginar… ¡Tú, de adolescente, tuviste que ser terrible! ¡Pobre mujer!

Dylan no la conocía, la madre de Freya, después de enviudar, se había casado con un canadiense y vivía en el país de este desde hacía años. Ella no tenía en Reino Unido más parientes que Jock y Eva. Y ahora a él y a Thor.

Freya le dio un manotazo cariñoso en el brazo.

—¡No la compadezcas! He heredado su carácter, por lo que nos aguantábamos la una a la otra.

—¿También es una bruja pelirroja?

—También.

—Cuando venga a verte, me escaparé lejos. Con una puedo, pero con dos…

—No creo que lo haga en breve, está muy feliz en sus montañas canadienses y odia volar. No vendrá a menos que haya algo importante en mi vida que justifique un viaje de miles de kilómetros en avión.

—¿Importante como qué?

—Pues no sé…

Dylan apagó el fuego y se volvió hacia ella.

—¿Una boda? ¿Un embarazo?

Freya contuvo la respiración. No habían vuelto a mencionar el tema de los hijos desde el día en que decidieron dejar de ser vecinos para empezar una relación. Y jamás habían hablado de casarse.

—Supongo que algo así la haría abandonar sus colinas canadienses para venir a verme. Aunque también podríamos nosotros hacer un viaje para que os conozcáis.

—Pues creo que ha llegado el momento, ¿no te parece?

—¿De viajar a Canadá?

—No, de que tu madre venga a verte.

Freya sintió el corazón desbocado. Y también ganas de zarandear al hombre que tenía delante con una sonrisa diabólica en la cara y los ojos chispeantes. Lo odiaba cuando se ponía a dar rodeos, sin decir nada claro.

—Pues habrá que darle un motivo de peso. ¿Qué sugieres? —preguntó para forzarlo a hablar.

Pero él no respondió a su pregunta, sino que se dirigió al perro, que los observaba con atención desde un ángulo del salón.

—Thor, ya sabes lo que hemos ensayado. ¡Vamos, chico!

El animal salió corriendo y entró en el cuarto de invitados.

—¿Qué os traéis entre manos? —preguntó mirando a Dylan, que la agarró del brazo y la sacó de la cocina, haciéndola sentarse en el salón. Parecía nervioso, lo que la intrigó. Dylan pocas veces perdía los nervios.

Thor regresó con una pequeña bolsa de terciopelo en la boca y la depositó a los pies de Freya. Después, dobló las dos patas delanteras, y Dylan hizo lo mismo, hincando una rodilla en el suelo, al lado del animal.

—¿Qué significa esto?

—Ábrelo —sugirió.

Se inclinó con el corazón desbocado, porque intuía el contenido de la bolsa: una pequeña caja con un anillo en su interior. Una joya delicada y elegante, con dos pequeñas piedras una junto a

la otra, una esmeralda y un zafiro.

Los cuatro ojos clavados en ella, que temblaba de emoción.

—Freya Donald… ¿Quieres casarte con nosotros?

—¡Guau! ¡Guau!

—¡Claro que sí! —exclamó con los ojos brillantes de lágrimas no derramadas.

Dylan se levantó y, tirando de ella, le colocó el anillo en el dedo. Luego la abrazó.

—El anillo simboliza tu mirada: verde cuando está en calma, azul cuando se enfurece.

El perro ladraba gozoso a sus pies.

—¿Tan terrible te parece la idea que vas a llorar? ¡Tenía entendido que las brujas no lloran!

—Pero sí nos emocionamos. Nunca habíamos hablado de matrimonio, Dylan. No me lo esperaba.

—Hemos tenido mucho cuidado de ensayar a tus espaldas, ¿verdad, chico?

El perro movió la cola y salió corriendo hasta una esquina del salón, y empezó a ladrar, rascando el suelo con la pata.

—Está tratando de decirte que él también está harto de salir a la calle para ir a tu casa, que ya es hora de hacer esa escalera en el salón y convertir esto en un dúplex. Y que justo ese es el sitio más indicado.

—Me parece un lugar ideal. Pero creí que preferías una vecina a un dúplex — comentó, mirándolo a los ojos, mientras él la rodeaba con los brazos.

—Es que ya no voy a tener una vecina, sino una esposa…

—Escocesa y pelirroja.

—Y en un tiempo no muy lejano espero tener un bebé medio escocés y pelirrojo tratando de trepar por los escalones. Pero Thor se encargará de vigilarlo para que no se haga daño ¿verdad, chico?

—¡Guau!

—¡Él también está de acuerdo! ¡Te queremos en nuestra vida, bruja!

—Estaré encantada de formar parte de ella, aunque seáis un inglés arrogante y un chucho manipulador.

Thor se alejó y se recostó en su rincón para dejarles un poco de intimidad, para que sellaran con un beso el acuerdo de futuro que acababan de establecer. Escalera, boda y bebé, en ese orden. Aunque lo que más les apetecía a los dos era ponerse a encargar el bebé de inmediato.

Nota de autora

Hay novelas especiales que te llegan hondo, te cuesta decir adiós a los personajes, quieres saber qué pasó después del fin. Eso me sucedió con *Una aventura inesperada*; Jock y Eva merecían seguir vivos un poco más.

También hay personajes que piden su propia historia, y Freya es uno de ellos.

Hay dos lugares en Reino Unido que me gustan de forma especial, Escocia y Brighton; por eso decidí ambientar esta novela en la bonita ciudad costera del sur del país, de la que disfruto cada verano.

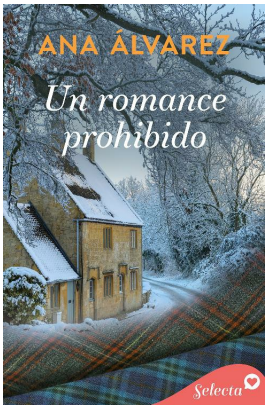
También me he metido en el berenjenal de introducir una mascota en la historia, y después de terminarla he llegado a la conclusión de que Thor es el auténtico protagonista de la misma.

Me he tomado algunas libertades porque no conozco en profundidad la legislación británica respecto a las herencias y a las actuaciones de la policía en los delitos de violencia de género. Espero vuestra indulgencia y confío en que *Un refugio en Brighton* os guste tanto como a mí.

Próximamente

Un romance prohibido

Ana Álvarez



Prólogo

La casa del fantasma

Jock Haggart, conde de Lennox, leyó el informe que le había enviado el arquitecto al que había encargado la revisión anual de la casa que poseía en Invernes. Era el legado de un antepasado, un tataratatara tío abuelo que murió sin descendencia y cedió la casa a unos sobrinos a su fallecimiento. En la actualidad, después de pasar por bastantes generaciones, la propiedad era de su hermano Sean y suya, al cincuenta por ciento, y en el futuro de los hijos de ambos. Si no se derrumbaba antes, pues el informe no era muy esperanzador.

La casa llevaba deshabitada mucho tiempo, demasiado, porque sobre ella circulaba la leyenda de que albergaba en su interior al fantasma de Ian Haggart, el primer propietario. Un espíritu

benévolo que se dedicaba a hacer que se enamorasen todas las parejas que entraban juntas en ella. Él, ni creía ni dejaba de creer en la leyenda, aunque había entrado con Eva, su mujer, al principio de su relación. Por si acaso era cierto el mito. Lo fuera o no, llevaban juntos unos años llenos de felicidad, tenían dos hijos en común y a ambos les daría mucha pena que la casa se cayera por falta de mantenimiento.

Hablaría con Sean y verían si la restauraban y la dedicaban a algo que no fuera vivienda, pues jamás habían conseguido ni venderla ni alquilarla. Un museo sobre la Escocia de los clanes o algo similar sería una buena idea, y la leyenda atraería a los visitantes, sin ninguna duda. Siendo ambos licenciados en Historia no supondría ningún problema la creación y el mantenimiento de algo semejante.

***

De la mano, y como solían entrar en la casa del fantasma en los últimos años, en una especie de ceremonia renovadora de su amor —por si era cierta la leyenda—, Jock y Eva traspasaron la puerta de la casa de Inverness. En verdad necesitaba una renovación, el último invierno había sido duro y había causado muchos daños en el inmueble. Una tormenta de nieve y viento había roto cristales y hecho saltar tejas y abierto vías de agua en el techo. Este, según el arquitecto, corría riesgo serio de derrumbe. Habría que remozar paredes, reparar grietas, sustituir el tejado al completo y también la vieja escalera de madera que llevaba al piso superior, y sobre cuyos primeros escalones habían depositado el ramo de novia de Eva, como agradecimiento por si el posible habitante de la casa había sido el responsable de su felicidad.

Nunca habían ascendido al piso superior, la escalera era demasiado peligrosa, pero en aquella ocasión, a punto de que la cuadrilla de obreros entrase en la casa para empezar a demoler antes de restaurarla, Jock sintió la necesidad de visitarlo, a pesar el riesgo de un derrumbe.

—¿Vas a subir? —le preguntó Eva adivinando sus intenciones.

—Siento que debo hacerlo. Tendré cuidado con los escalones.

—Iré delante. Peso menos que tú y tantearé la solidez de la madera.

—Ni hablar. No permitiré que te arriesgues.

La sonrisa femenina se hizo maliciosa.

—¿No permitirás? ¿En qué siglo crees que estás, señor conde de Lennox?

Él rio. Nunca usaba el título que había heredado de su padre y tampoco se le ocurriría imponerle nada a su mujer, ni a ninguna otra. Alzó las manos en señal de rendición incondicional.

—Ven detrás de mí, déjame ser un guerrero escocés y proteger a mi dama. Por una vez.

—Eso está mejor, porque no me quedaré aquí. No pienso perderme lo que pueda haber ahí arriba.

—Lo siento, Ian, voy a subir —musitó al poner un pie en el primer escalón y sentir el trueno

que acompañó a su movimiento—. Si existes, lamento las molestias que vamos a causarte, pero o arreglamos la casa o te quedas sin ella. Y preferimos subir nosotros primero, que a fin de cuentas somos de la familia, para salvaguardar tus secretos, si es que los tienes.

Con cautela fueron subiendo los escalones, tanteando la firmeza de la madera antes de apoyar el peso y evitando el centro desvencijado de los peldaños, que parecía más deteriorado.

Ignoraron el fuerte ruido que seguía resonando en toda la casa a medida que ascendían. Esta vez nada iba a detenerlos porque sería la última oportunidad de ver la que había sido la morada de Ian Haggart tal como él la habitó. Al llegar al final de la ascensión el sonido cesó, dando paso a un hondo silencio cargado de expectativas.

El piso superior parecía en mejor estado que la planta baja, salvo por la humedad reciente que cubría una de las paredes y parte del techo. Suponía casi un milagro que las dos estancias presentaran un estado de conservación tan insólito, después de casi tres siglos. Una de ellas era un dormitorio provisto de una cama grande, doble, de hierro, un par de muebles desvencijados y carcomidos por la polilla y dos baúles situados a los pies del lecho.

La otra era lo que parecía una sala de estar, con dos sillones, una mesa, dos sillas y una enorme chimenea capaz de calentar las dos estancias de las gélidas temperaturas escocesas.

—¿Te das cuenta de que hay dos de todo? —le preguntó Eva.

—Sí. Parece como si el solitario Ian no hubiera estado tan solo como dice la leyenda.

—¿Sería homosexual, como sugirió Dylan?

Dylan Cooper era el marido de Freya, una buena amiga; ellos también habían visitado la casa juntos antes de formalizar su relación.

—Espera… —comentó Eva volviendo al dormitorio y abriendo uno de los baúles.

Restos del tartán rojo y verde de los Lennox, lo que parecían camisas masculinas, ajadas y deshilachadas por el paso del tiempo, pero reconocibles. Lo cerró y buscó en el otro. Una sonrisa le surcó el rostro al alzar los restos inequívocos de un vestido femenino—. Creo que no lo era.

Extrajo a continuación un trozo de tartán, también en colores rojo y verde, pero con un patrón de cuadros diferente.

—Es el tartán de los MacGregor —afirmó Jock.

—De modo que Ian vivió aquí con una MacGregor…

—Lo que se cuenta en mi familia es que rompió con el clan Lennox, se compró una casa en Inverness y allí vivió solo y alejado de todo, hasta su muerte.

—Creo que voy a investigar la historia de tu antepasado; me suena a algo muy misterioso… y romántico —afirmó Eva.

Jock sonrió. Si alguien podía desenterrar el pasado era su mujer, meticulosa y perseverante como nadie.

—¿Y cómo piensas hacerlo? Porque en aquella época había pocas posibilidades de que se pusieran por escrito historias personales. Batallas y grandes hechos históricos, sí, pero la vida de un miembro poco relevante del clan Lennox, no es probable.

—Creo que voy a tener un poco de ayuda —añadió alzando un pequeño y deteriorado cuaderno, de hojas cosidas a mano con un cordón de cuero, del fondo del baúl.

—¿Un diario?

—Eso parece —dijo abriendo la primera página.

Jock se inclinó a leer por encima del hombro de su mujer. Con letra apenas distinguible por el paso del tiempo, pudo hacerlo con dificultad:

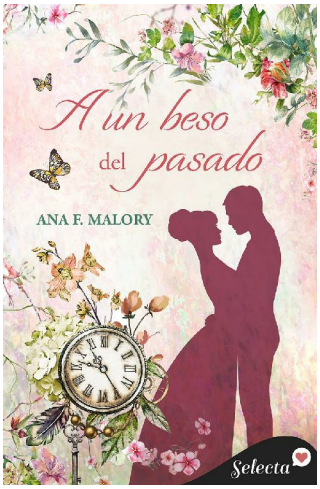
Me llamo Kayla MacGregor y acabo de conocer al hombre más fascinante del mundo.

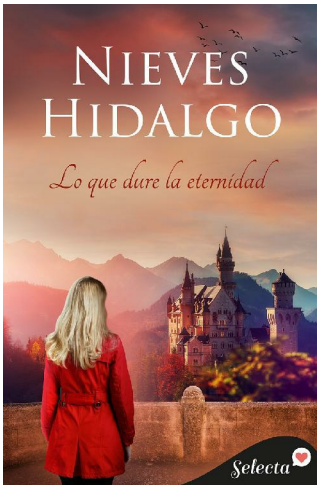
Si te ha gustado

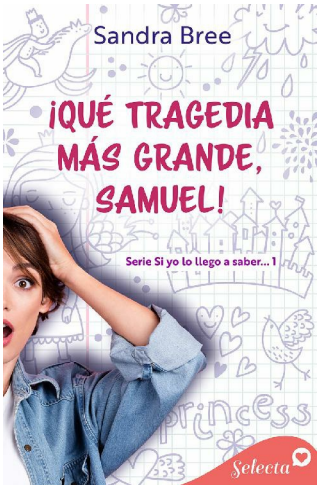
Un refugio en Brighton

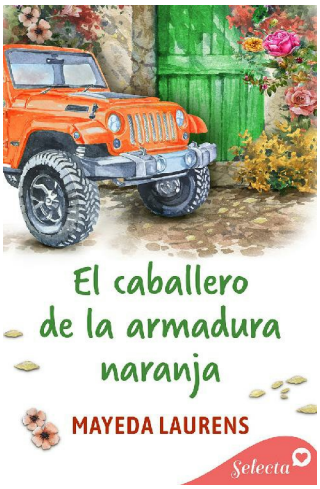
puedes disfrutar de estas

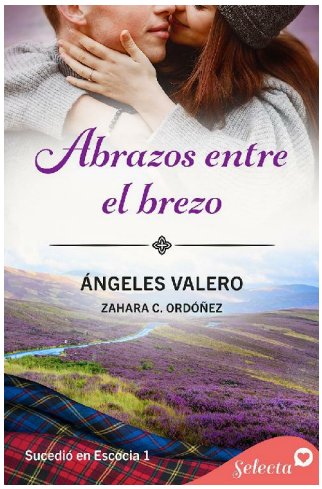


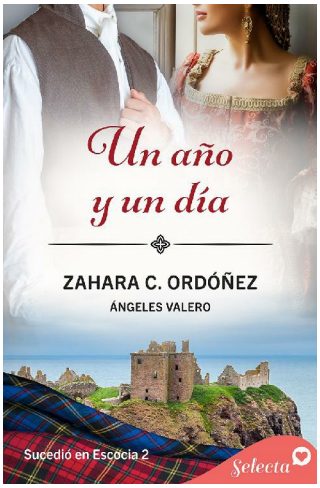







El caballero de la armadura naranja
MAYEDA LAURENS
Selecta


Abrazos entre el brezo
ÁNGELES VALERO
ZAHARA C. ORDÓÑEZ
Sucedió en Escocia 1
Selecta


Un año y un día
ZAHARA C. ORDÓÑEZ
ÁNGELES VALERO
Sucedió en Escocia 2
Selecta


RUTH M. LERGA
CAPULLO... ¿de seda?
Por la autora de
Ligar es como montar en bici
Selecta

No te pierdas la nueva novela de Ana Álvarez. Una historia entre dos protagonistas obstinados que no están dispuestos a dar su brazo a torcer.



Una herencia inesperada para Freya, una escocesa indeseada para Dylan y una atracción inconveniente…

La tranquila vida de Freya en las Tierras Altas se ve interrumpida por un acosador, así que, cuando recibe la noticia de que ha heredado una casa en Brighton, hace las maletas, dispuesta a trasladarse al sur de Inglaterra a recuperar la paz… pero el vecino de arriba le declara la guerra nada más llegar.
Para Dylan, descubrir que la casa de su tío va a pasar a manos de una desconocida es una ofensa doble: ni soporta a los escoceses ni a los arribistas, y la vecina de abajo parece ser ambas cosas, así que prepara una batalla para echarla de allí.
Pero cuando la vida de Freya corre peligro, Dylan descubrirá que, tal vez, las primeras impresiones no siempre son las acertadas y que la relación con su atractiva vecina es mucho más excitante de lo que esperaba.

¿Pueden dos enemigos declarados acabar enamorados? Freya y Dylan van a descubrir que del odio al amor también hay un paso…

Ana Álvarez nació en Sevilla, el 2 de Abril de 1959. Cursó estudios de bachillerato y auxiliar administrativo, tarea que realizó un tiempo.
Después ejerció de ama de casa y ha escrito desde los veinte años, siempre novelas románticas contemporáneas.
Durante años estas novelas permanecieron en un cajón hasta que animada por familia y amigas, envió un par de ellas a La Selección RNR, donde empezó a publicar.
En la actualidad tiene publicadas un buen número de novelas, entre ellas:

Novelas independientes:

• Miscelánea
• La Serpiente peluda
• Luces y sombras
• Arcoíris
• La chica que se subía a los árboles
• Ella, él … y el danés
• Sin derecho a roce
• Cuando sube la marea

Serie amigos:

• ¿Solo amigos?
• Más que amigos
• Amigos y algo más
• Amigos, sin más
• Amigos y nada más
• ¿Solo enemigos?

Bilogías

Dos más dos:
• Dos copas y una noche
• Dos cafés y una aventura

Besos en Richmond:

• Algún día te besaré. Digital
• Si un día me besaras. Digital y papel

Ladrón de guante blanco

• Te robaré el corazón
• Robaré todos tus besos

Ha publicado también dos novelas en la serie conjunta con otras autoras “Ebrias de amor”:

• Un vodka para Vero y que la ayude el del tercero (Digital y papel)
• Limoncello para Lena y… adiós a su pena

Y otra más en la serie “Adonis tour”:

• Un escritor veronés para la profe de francés

Relatos cortos

• El violinista en el balcón
• Nueve manzanas y media.



Edición en formato digital: febrero de 2024

© 2024, Ana Álvarez
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10012-10-3

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] ¡Joder!

Índice

Un refugio en Brighton

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Epílogo
Nota de autora
Próximamente

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Ana Álvarez
Créditos
Notas